

Condesa Zamoyska

EL

TRABAJO

GUSTAVO GILI.—EDITOR  
BARCELONA





# EL TRABAJO

---

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

*Por lo que á N6s toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el libro titulado: EL TRABAJO, escrito por la EXMA. SRA. CONDESA ZAMOYSKA, y traducido por la SEÑORITA CORINA DE CARLOS, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, seg6n la censura, cosa alguna contraria al dogma cat6lico y á la sana moral. Impr6mase esta licencia al principio 6 final del libro, y entr6guense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la curia de nuestro Vicariato.*

*Barcelona 4 de Febrero de 1905.*

EL VICARIO GENERAL,  
Ricardo, Obispo de Eudoxia.

Por mandato de Su Señoría,  
Lic. José M.<sup>a</sup> de Ros, Pbro.  
SRIO. CANC.



CONDESA ZAMOYSKA



# EL TRABAJO

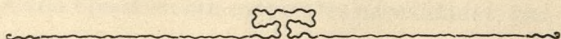
TRADUCCIÓN POR

Corina de Carlos

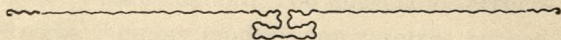
CON UN PRÓLOGO DEL

Ilmo. Sr. D. Antolín López Peláez

OBISPO DE JACA



TRABAJO EN GENERAL  
TRABAJO MANUAL  
TRABAJO INTELECTUAL  
TRABAJO ESPIRITUAL  
OBSERVACIONES



GUSTAVO GILI, Editor

Universidad, 45

BARCELONA

MCMV

COMBRESA ZAMOYSKA

# EL TRABAJO

TRADUCCIÓN POR

Contra de Cortes

CON UN PRÓLOGO DEL

Auto. Sr. D. Felipe López Peláez

OBJETO DE LA OBRA



TRABAJO MANUAL  
TRABAJO INTELLECTUAL  
TRABAJO ESPIRITUAL  
OBSERVACIONES



GUSTAVO GILL, Editor

Universitat, 43

BARCELONA

MCMV



## PRÓLOGO

---

Al modo que el verdadero campo de batalla para los grandes combates de la inteligencia es hoy la prensa periódica, la acción social reclama actualmente los esfuerzos aunados de las voluntades generosas y levantadas.

Cada época siente especiales necesidades, particulares llagas, aspiraciones propias; conocerlas es lo primero que ha de hacerse para remediarlas. Trabajos muy útiles en anteriores tiempos no lo serán tanto cambiadas las circunstancias peculiares que determinaron su existencia, á la manera que armas habidas antiguamente por de la mayor precisión y alcance para defender la verdad, están ya mandadas recoger como punto menos que inservibles para combatir con eficacia los errores modernos. Siempre tendréis con vosotros pobres, ha dicho con innegable verdad el que es la Verdad infalible; pero no siempre los pobres tienen la misma necesidad de nosotros.

Hoy la humanidad está como nunca necesitada de amor cristiano. Si el mundo físico perecerá abrasado por un incendio, el mundo moral perece

de frío: frío en las inteligencias, sumidas en las nieblas de la duda; frío en la imaginación, que dominada por un pesimismo hipocondríaco ve la naturaleza á través del velo de las lágrimas; frío en la voluntad, herida de parálisis para hacer el bien desinteresadamente; frío en el corazón, cuyas tibias influencias apenas alcanzan más allá de los lindes del hogar doméstico; frío en los afectos, que se encierran dentro de sí propios buscando en lo más profundo del egoísmo un calor que les falta fuera en este invierno de la vida.

Hemos vuelto en cuanto á las relaciones sociales á la época glacial, á la edad del hielo; y éste sólo puede fundirse con el fuego que Jesucristo vino á traer á la tierra y en el que quería abrasarla. Se precisa una inmensa efusión del amor á Dios, que no puede estar separado del amor al prójimo, un desbordamiento de la caridad cristiana, una como explosión del sentimiento religioso que, uniendo en el Corazón deífico todos los corazones y aproximando al foco divino del amor inextinguible las clases de personas que van separándose de día en día hasta tocar á los opuestos polos, logre resolver prácticamente la pavorosa cuestión social, llegada hoy á su crisis más aguda por desechar los únicos remedios eficaces que hace ya veinte centurias reveló, propuso y se esfuerza en aplicar el cristianismo. Para que el pobre ame al rico, natural es que el rico muestre su amor al pobre. Si se quiere evitar que los hambrientos acudan á la



violencia para destruir un estado de cosas en que el trabajo no logra la debida recompensa, hay que darles á tiempo el pan que necesitan. La limosna, con el sacrificio que exige, con el amor que revela, con el bien que hace, con la necesidad que socorre, es factor importantísimo en la solución de los trascendentales problemas económicos. Pero hay mucha diferencia, en cuanto á sus resultados, en el modo de practicarla.

Buena como es cuanto no puede encarecerse la limosna individual, produce efectos de importancia social mucho más grande la limosna colectiva dirigida á un fin general y encarnada en una institución permanente mediante la acción moderadora de una voluntad ilustrada y perseverante. El mismo vapor que esparcido en la atmósfera es juguete de los vientos, constituye fuerza inmensa oprimido en una máquina; el agua que se parte en ocultos y débiles arroyuelos ó se desparrama formando charcos y lagunas, alcanza, siguiendo un cauce conveniente, á impulsar los motores gigantes de la industria moderna.

La caridad es ingeniosa y admirablemente fecunda: en sus manos se multiplican los recursos y se aumentan los medios naturales; comprendiendo que las necesidades son muchas y permanentes, procura dar á la limosna carácter de permanencia que agrande su esfera de acción y la permita sobrevivir á los males que socorre. Nadie como la Iglesia, que es la caridad viviendo en el mundo,

ha conocido la importancia de la asociación y del espíritu de solidaridad; y de ahí las incontables instituciones que por mil medios y de mil modos hacen sentir en la sociedad la influencia bienhechora del cristianismo.

El amor á la humanidad, el deseo del bien de nuestros hermanos, que es el resultado de la creencia en un padre común que está en los cielos, suscitó en cada época apóstoles fervorosos, personas de voluntad férrea y de energías incansables, que, buscando la forma de ser más útiles á los demás, transmitiendo el fuego de su entusiasmo en torno suyo, han fundado obras benéficas maravillosas é instituído agrupaciones que con agrandar y fortalecer extraordinariamente los trabajos individuales, contribuyen cuanto no es decible, por modo más ó menos directo, pero eficaz siempre, á mantener en orden, en equilibrio y en armonía las fuerzas del organismo social más expuestas á seguir direcciones contrarias y chocar entre sí con mutuo perjuicio.

La condesa Zamoyska merece de toda justicia un puesto de honor entre los grandes bienhechores de la humanidad producidos por la inagotable fecundidad de la religión católica. Desterrada en Francia con su esposo el hidalgo general del mismo apellido, pudo notar que en la raza latina, lo propio que en la raza eslava, anda muy decaída y desmedrada la virtud del trabajo, y que á su reflorecimiento ha de fiarse en parte muy prin-



principal la salud de las naciones, agitadas por mal-estar hondísimo y extenso. La frivolidad de la educación femenina, la deficiente dirección que suele darse á los talentos de las jóvenes, la inutilidad de las ocupaciones en que muchas señoras consumen su vida entera, le inspiraron el pensamiento de fundar escuelas de economía doméstica para la mujer, consagrando á la ejecución, perfeccionamiento y propaganda de esta idea su dinero, sus fuerzas, sus relaciones, su existencia toda.

Como á todo lo que es de Dios, no faltaron á la nueva obra las correspondientes persecuciones para probar su positivo valer y aquilatar su relevante mérito, debiendo cesar en algunos sitios por las órdenes tiránicas del *Canciller de hierro* Bismarck. La escuela central y modelo funciona hoy en las haciendas de la condesa, en Zakopane, bajo el patronato de Nuestra Señora del Buen Consejo; y con qué excelentes frutos y maravillosos resultados no hay palabras para decirlo, y ya lo anunciaba León XIII al bendecir é indulgenciar en 26 de Enero de 1886 ésta que él calificaba de *optimum opus pietatis*.

El admitir en una misma vivienda y educar juntamente personas de las más distantes clases sociales sirve á maravilla para estrechar los lazos que á éstas unen y para realizar cabalmente las revelaciones divinas acerca de la fraternidad humana; el haber de emplearse las jóvenes ricas, aunque

por menos tiempo que las pobres, en todas las ocupaciones y trabajos manuales de la casa, tiene por resultado el que sepan gobernar la suya y dirigir las faenas de ella cuando se encuentren al frente de la misma; el estudio de la contabilidad no es allí letra muerta, pues con la práctica de las lecciones y con el ejercicio se comprende la importancia del ahorro y se cobra afición á la economía; la higiene se observa tan exacta y escrupulosamente como se estudia, adquiriéndose así hábitos perdurables de ella. Además del aprendizaje general de los oficios propios de la mujer, cada una es libre de elegir ocupación determinada en que especialmente se la instruya, y á fin de que la educación sea más práctica, antes de volver definitivamente á sus familias las alumnas,—á las que para que principien á gobernarse á sí mismas se les concede prudente libertad,—suele en las propias casas de éstas ó en otras de confianza absoluta destinárselas durante algún tiempo á que se ensayen en dirigir ó practicar los trabajos aprendidos. Por último una esmerada y sólida instrucción religiosa, deducida particularmente de las Santas Escrituras y adecuada para afianzar la devoción, es garantía de perseverancia en el buen camino y defensa segura contra los peligros del mundo.

La ilustre dama que, llevada de su caridad ardiente y estimulada por el conocimiento de las necesidades más apremiantes de la época, en el

nombre de Dios y con la ayuda de cristianos generosos y mujeres fervorosas que por medio de la vida común pero sin los votos monásticos aspiran á la perfección, ha emprendido obra social tan interesante y digna de ser propagada é imitada, une al vigor de la acción el vigor del ingenio, y á la fuerza de voluntad la fuerza de la inteligencia. Es notabilísima escritora, de ingenio vivo, de imaginación brillante, de erudición nada común, de juicio firme y seguro, de sensibilidad exquisita, de estilo delicado, y de unción tan dulce, tan atractiva, tan agradable, tan tierna, que á veces hace pensar en los encantadores escritos de San Francisco de Sales: su modestia la llevó á ocultar cuidadosamente su nombre, queriendo para solo Dios la gloria; pero la violeta, por mucho que se guarde y se retire, pronto es conocida por lo subido de su fragancia.

Nadie como la meritísima aristócrata que tanto ha trabajado porque los demás trabajen con fruto podía escribir *acerca del trabajo* en su triple aspecto, manual, intelectual y espiritual. Su libro sobre este asunto, de no menos interés en España que en Polonia, porque no es aquí, desgraciadamente, donde menos falta hacen alientos, estímulos y exhortaciones á trabajar, no necesita de nuestra pobre y desautorizada recomendación: lo es suficiente el hallarse ya traducido al inglés, al italiano, al francés y al alemán; y nada podríamos, de otro lado, añadir á lo que tan hermosamente ha



dicho el P. Baudrillart, cuya introducción seguidamente se inserta, sino es felicitar, como se merece, á la ilustrada traductora, en quien nos complacemos en saludar á una digna discípula de la insigne Condesa Zamoyska.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

Obispo de Jaca.

---

## INTRODUCCIÓN

---

“No hay hilandera en Francia que no hilara una rueca para pagar mi rescate“. Todos conocen esta altiva y tierna respuesta de Bertrán Duguesclin al Príncipe Negro que se extrañaba al ver al héroe prisionero fijar tan alto el precio de su libertad. No fué ni hacia los funcionarios, ni hacia los soldados, sus compañeros de armas, ni hacia los cultivadores, ni hacia los artesanos de las ciudades, hacia quienes se volvió el pensamiento del defensor de la patria contra el inglés; fué hacia las mujeres de Francia. Anécdota que, con otras muchas, ha encantado nuestra infancia, y cuyo alcance comprendimos más tarde al conocer mejor, por la experiencia y la historia, todo lo que Francia debe á sus mujeres.

Nos vino dicha frase á la mente al leer por vez primera las páginas de este libro sobre “*El trabajo*“, debido á la pluma de una noble mujer, noble, más aun que por su nacimiento, por la elevación de su inteligencia, la generosidad de su corazón,

la grandeza de su alma, y por ser ilustre representante de una nación vencida y oprimida, pero firme siempre en sus esperanzas.

¿Qué es lo que se propone esta mujer cristiana y patriota? extender el reino de Dios y restaurar la Polonia. ¿Y cómo? por medio del trabajo. ¿Y á quién se dirige? á las mujeres. ¡Triple audacia, pero bien justificada!

Leed esta conmovedora página del libro: "Cuando se hinchen nuestras manos por el calor ó el frío, cuando flaqueen nuestras piernas, acordémonos de las manos y pies de Cristo clavado en la cruz por amor nuestro, y de las manos de nuestros compatriotas encadenadas á las carretas, en las minas de Siberia, por defender la fe y la patria... Acordémonos de nuestros hermanos que languidecen desterrados, que mueren miserablemente en las prisiones y se ven obligados á servir, con un uniforme extranjero, á las órdenes de amos extraños... ¿Quién no sentirá la necesidad de obrar y sufrir con ellos, á lo menos por medio del trabajo?" (Págs. 74-75).

¡Por el trabajo, sí! pues la autora ha comprendido y tiene el valor de declarar que la gran debilidad de la Polonia, ha sido el desprecio del trabajo (1):

(1) «El desprecio del trabajo significa no sólo bajeza del nivel moral de la sociedad, sino que descubre además ignorancia é indolencia. Tales ignorancia é indolencia son justamente en nosotros la causa de esta invencible repugnancia hacia el trabajo y hasta motivo de una especie de vergüenza por él. Y esta vergüenza es para nuestra desgraciada nación origen de ruina y miseria casi irremediables, porque nos priva de elementos necesarios á nuestra restauración.» (Págs. 44-45).



“El orgullo extraordinario de que está infestada nuestra nación es causa de que innumerables personas se ruboricen de emplear en el trabajo la mano que no se avergüenza de recibir una limosna. Comencemos nuestro divorcio con el espíritu del mundo, rompiendo los hierros con que la pereza y el orgullo han encadenado nuestra nación; acostumbremos nuestras espaldas al trabajo; hagámonos violencia, si es necesario, para trabajar; amemos ardientemente el trabajo, enorgullezcámonos de él, esforcémonos en despertar estos mismos sentimientos en las personas que nos rodean y particularmente en nuestras alumnas. ¡Que al volver al seno de sus familias, lleven las jóvenes, con la estimación del trabajo, la penitencia por el trabajo, la reforma de la vida y la exaltación de la Patria por el trabajo! ¡Que con su ejemplo destruyan ese concepto asiático, según el cual la ociosidad y las manos ineptas son señales de dignidad!” (Págs. 37-38).

Mas ¿por qué el autor se dirige con preferencia á las mujeres? ¿Por qué las invita á todas al trabajo, sin distinción de clases y de rango? En primer lugar, porque el autor es mujer, y sobre todo porque sabe que el hombre es, las más de las veces, hechura de la mujer. Adivinó ella primero, y aprendió después por la experiencia,—pues como sus obras lo demuestran ha estudiado mucho antes de escribir,—que de todas las fuerzas sociales, la mayor es la mujer. Que renuncie ésta

á la frivolidad, que trabaje, que comprenda, según la hermosa expresión de Esteban Lamy (1), que “no basta ser el encanto de una sociedad cuando se puede llegar á ser su conciencia”; y la mujer logrará hacerse obrera discreta é incansable de esta sociedad y capaz de rehabilitarla. ¿No fué ella quien en la Edad Media pulió, civilizó y transformando el carácter de aquellos rudos soldados cuyo único ideal parecía ser la fuerza? ¿No es también ella la que en nuestros días sostiene y conserva el imperio de la religión en la mayor parte de los pueblos cristianos?

El gran enemigo de la mujer y de su influencia es la frivolidad. El trabajo mata la frivolidad. Si la mujer quiere ejercer sobre el mundo una acción saludable y profunda, es necesario que trabaje. Además, ¿no es la ley del trabajo la primera que Dios impuso á la humanidad? y ¿no es sabido que de dicha ley no está exceptuada la mujer? Pero ¿á qué trabajo deben dedicarse las mujeres?

\* \* \*

Poseemos tres clases de aptitudes, que responden á los tres géneros de vida que Dios nos ha destinado á llevar: aptitud física, intelectual y espiritual. “Para responder á estas aptitudes, el trabajo debe, pues, ser triple: manual, intelectual, espiritual.” (Pág. 34). La idea principal del libro que presentamos al público es precisamente ésta, la necesidad para todos, hasta para las mujeres,

(1) *La femme de demain.*

lo mismo para las ricas que para las pobres, de juntar, en grados distintos por supuesto, estas tres clases de trabajo. Sólo á este precio se completará la obra de la mujer y podrá desempeñar, en toda su plenitud, la misión que le ha reservado la Providencia.

En primer término está el trabajo manual. ¡Cuán encantadoras son las páginas en que lo rehabilita nuestra autora á los ojos de las muy perezosas polonesas! “Si algún trabajo—escribe—repugna, no es culpa del trabajo en sí, sino de la inhabilidad de aquellos que lo desempeñan... Si dándose al trabajo se vuelve uno vulgar, grosero repugnante, es culpa del trabajador, no del trabajo. El alma y la inteligencia buscan siempre su nivel, y si se rebajan, la causa de su caída está en ellas mismas, no en las condiciones en que se han hallado.” (Pág. 38).

“Cuando, antes de efectuar un trabajo grosero, los poloneses dicen “que la corona no se les caerá de la cabeza”, parece que saben y reconocen que el hombre que desciende al nivel de las cosas materiales más comunes, no pierde la realeza de espíritu y de inteligencia. Y sin embargo, esta afirmación la desmentimos con todos nuestros actos. A veces una polonesa tiene que elevarse á un grado de perfección heroica para desempeñar deberes que entre los extranjeros entran en el círculo de la virtud más elemental”. (Págs. 43-44).

¡Ay! la falta de exactitud y de precisión, forzo-



so es confesarlo, es uno de los rasgos salientes del carácter polonés, y causa de que casi ningún trabajo sea ejecutado de manera satisfactoria; resulta “burdo”—que me dispensen la palabra,—entregarse á estos trabajos manuales que no agradan ni aún á aquellas mismas que los emprendieron. He aquí un hermoso cuadro del libro: “Cada una se dedica con ardor á las ocupaciones que no requieren esta exactitud, y se aparta de aquellas que la exigen particularmente. Es fácil convencerse: todas recorrerán gustosas un jardín ó una pradera para formar una guirnalda ó un ramillete con el objeto de satisfacer, aunque les ocasione verdadero cansancio, un capricho de momento; pero pocas veces se encontrará una que quiera sembrar ó plantar simétricamente un cuadro de estas flores. Todas coserán ó prenderán con gusto objetos de adorno; pocas empezarán y concluirán con perfección una simple costura. Todas arreglarán con gusto la casa para una fiesta extraordinaria; pocas sabrán poner y conservar en orden el mobiliario de uso corriente. Coser y marcar una docena de pañuelos, de manera que todos los dobladillos sean de igual anchura y las letras estén en el mismo ángulo y á la misma distancia y altura, es labor muy superior á sus aptitudes y fuerzas.

“No es pues sólo el cansancio material lo que las asusta, sino la disciplina necesaria para hacer el trabajo regular, ordenado y perseverante.

“Diríase que existe en nosotros una verdadera

repugnancia por "la medida, el peso y el orden." Y sin embargo, no solamente ha creado Dios el mundo de esta manera, y no de otra, sino que además lo ha especificado en la Sagrada Escritura para enseñanza nuestra, queriendo demostrarnos que no existe otro medio para ejecutar obras duraderas y de valor real. Si, pues, nada puede crearse sin la disciplina, no es extraño que sin ella no se logre conservar nada íntegro, y que, por carecer de tan necesaria virtud, nuestro país haya sucumbido. El único medio para levantarlo, es esforzarse en mantener en nosotros y alrededor nuestro ese ambiente de trabajo, del que depende su resurrección." (Págs. 47-48).

Sin duda para corregir el defecto de falta de voluntad y precisión, y para predicar con el ejemplo, el autor no teme entrar en los más minuciosos detalles. Quizás algunos harán sonreír; pero personas más competentes que yo, me han asegurado que no eran superfluos.

También á la mujer aristocrática debe exigirse un trabajo *útil*: "¿No es perder el tiempo y el dinero lastimosamente el hacer laborcitas, adornos y mueblecitos que no sirven para nada, y que, no siendo obras de arte, ni siquiera contribuyen á la comodidad y ornamentación." (Pág. 62).

Una enumeración muy completa de las ocupaciones y profesiones á que pueden dedicarse las mujeres, acaba de dar carácter enteramente práctico á esta parte de la obra, sin quitar nada al

atractivo que le prestan gran número de observaciones ingeniosas y delicadas.



¿La mujer es incapaz de un trabajo intelectual serio? A muchos hombres les gusta persuadirse de ello, y á muchas mujeres dejarse persuadir. ¿No es para los primeros una manera fácil de afianzar y mantener la superioridad de su sexo, y en las otras una excusa cómoda para justificar su pereza? pereza de espíritu que evidentemente no excluye la ambición, como lo prueban ciertas reivindicaciones contemporáneas. Pero como dice muy bien la autora de este libro, "el derecho al aprecio y á la independencia de acción, no se obtiene mediante el favor de los legisladores, se conquista por el valer personal." (Pág. 79).

Que la pereza intelectual de la mayor parte de las mujeres tiene excusas, es cosa evidente, mas, ¿no podrían ponerle remedio mediante un mejor empleo de su tiempo? En ellas la pereza no consiste en no hacer nada, sino en dedicarse tan sólo á ocupaciones que atrofian las facultades de su inteligencia: "Las mujeres ricas no solamente emplean el tiempo, sino que lo llenan demasiado con una infinidad de pretendidas obligaciones, del mismo modo que llenan sus casas de muchos objetos, cuya necesidad no es más que aparente. Visitas, correspondencias sin fin ni provecho, compras sin objeto, laborcitas que no sirven más que para



entorpecer la inteligencia, he aquí las ocupaciones habituales de las mujeres que no están obligadas á trabajar en su casa, ni á ganarse el pan. Esta confusión y entorpecimiento de la inteligencia, son causa de que lleguen á una especie de suicidio intelectual..... Por la fuerza de las circunstancias, el tiempo de las mujeres pobres resulta también perdido, y á la vez demasiado lleno. Tienen tantas ocupaciones en sus casas con sus quehaceres, sus hijos, su ropa, que si no se procuran, gracias á una voluntad enérgica, algunos momentos para su educación intelectual, lejos de desarrollar su inteligencia, olvidan lo que aprendieron de niñas, y se vuelven cada día más ignorantes." (Págs. 79-80).

Desgraciadamente, el problema para la mujer pobre está muy lejos de ser resuelto. Lo ha sido para la mujer rica, y también para toda aquella que disfrute de regular posición y sienta el deseo del trabajo. Y que no se pretexto la necesidad de seguir cursos ó de tomar lecciones particulares, lo que no está al alcance de todo el mundo. Con un sentido práctico muy justo y un conocimiento exacto de los medios, enseña nuestro autor la manera cómo puede rehacer su educación, *completamente sola*, toda mujer que lo desee. ¡Hay tantos y tan buenos libros elementales y precisos, fáciles de obtener! Solo es cuestión de elegir y de distribuir la lectura con arreglo al tiempo de que se dispone y al centro social en que se vive.

¡Cuán feliz sería la mujer que supiera todo lo que aquí se le propone que aprenda! ¿No es una verdadera enciclopedia del saber humano, puesta al alcance de las mujeres, esta revista de todos los conocimientos útiles, que ocupa unas cincuenta páginas de nuestro volumen? Estaría tentado á decir á la autora, "es demasiada ciencia", si no tuviera ella cuidado de advertir, muy categóricamente, que el trabajo intelectual no puede ser el mismo para todas, y que incumbe á cada una hacer su elección y tomar lo que le convenga de todo esto. Por otra parte, ¡cuán prudentes reflexiones y cuántos buenos consejos se engranan de paso, á propósito del saber y del estudio! Se nos habla de economía política, de sociología, y hácese atinadas observaciones, que tienen seguramente más sabor y mérito debidas á la pluma de una señora aristocrática, que brotadas en los labios de una mujer humilde:

"Aquel que consagre á estas ciencias la atención que merecen, y observe atentamente los cambios que se operan en ellas, adquirirá la inmensa ventaja de que, siguiendo paso á paso el desarrollo de la sociedad y comprendiendo que no se la puede tener á raya, no perderá sus fuerzas oponiéndose á corrientes inevitables, y llegará frecuentemente á gobernar el timón y á dirigir la sociedad en medio de las olas que no podría contener. Se ha reprochado á una familia reinante el no haber aprendido ni olvidado nada. Esta dispo-

sición es más general de lo que se cree. Difícilmente olvidamos nuestros privilegios y derechos, aun los ya caídos en desuso, y que no nos reportan nada en realidad; y con dificultad nos familiarizamos con los deberes que el estado y la sociedad imponen á cada uno. La consecuencia de este aferramiento á las ideas viejas, es que aquellos que permanecen en ellas, tórnanse las víctimas del movimiento, en lugar de tomar parte y ejercer sobre él una influencia saludable. No se le puede reprochar á un muchacho que se desarrolle y crezca, y no se contente en la edad madura con lo que le bastaba en la infancia; huiría de aquellos que quisieran oponerse á su desarrollo y no le permitieran usar los derechos que le son necesarios. De la misma manera, en la sociedad, aquel que quiere llegar á tener voto, no debe intentar detenerlo en el camino, sino que debe caminar á la par que él. Así y solamente de esta manera, sabrá librarlo de más de un peligro y conquistarle más de una ventaja. Los hombres tienen sed de bienestar y de independendencia. A nadie pueden reprochársele los esfuerzos hechos para mejorar las condiciones de su vida, ni el deseo de conseguir su independendencia. No solamente tenemos todos ese derecho, sino que para todos es un deber procurar que se respete. Las naciones y las sociedades están compuestas de individuos, por cuya fuerza y virtud se elevan y se crean aquellos la situación que les corresponde en el mundo, aumentando en



ellas el saber y el bienestar. Pero con objeto de que estas justas tendencias constituyan un estímulo para el trabajo y la economía, y no para la pereza, la codicia y la rapiña, para que se conviertan en bien y no en mal de la sociedad y de la nación, deben estar sometidas á las leyes morales, como todos los hechos materiales lo están á las leyes físicas." (Págs. 101-103).

M. Fonsegrive, que ha escrito preciosos artículos sobre la manera de leer los periódicos, no desdeñaría las prudentes prescripciones que da, sobre este delicado asunto, una mujer muy apta para comprender las exigencias de una época tan distinta de los buenos tiempos pasados, en los que la mujer no estaba obligada á abrir á la política las ventanas de su inteligencia. Hoy, su influencia discreta puede ejercerse hasta en semejante materia, y no conviene que permanezca en una ignorancia que la empequeñece ante su marido y sus hijos, privándola de dejar oír consejos útiles cuando la ocasión lo requiere: además, ¿no es el porvenir mismo de cuanto le toca más de cerca lo que pone la política todos los días sobre el tapete?

Pero la gran obra de la mujer es y será siempre la de la educación de los hijos, y siempre se verá la mujer precisada á emprender esta obra aún antes de que se haya instruído por la experiencia. Por lo tanto, no serán nunca excesivos los esfuerzos empleados en prepararse por medio de las conversaciones y de la lectura. ¡Oh! que no se

limite á conservar con sus cuidados la vida de su hijo y á poner en esa alma, tierna todavía, los gérmenes de nuestra religión, que pudieran ser arrastrados por los primeros extravíos del razonamiento y de la pasión; que verdaderamente esté dispuesta á formar, á educar, todo el ser moral de aquel á quien ha puesto en el mundo; á enseñarle con su ejemplo, que la fe religiosa puede coexistir con un desarrollo intelectual de la mayor extensión; á responder á sus dificultades de otra manera que con suspiros y exclamaciones. Obrando de este modo, su corazón satisfecho no descubrirá en la conducta de su hijo, hecho ya un hombre por el estudio y los años, esa marca de piedad desdeñosa que se observa hoy muy á menudo. Que el joven pueda reconocer en ella la madre de su inteligencia.

“Cuanto más abundantes son las fuentes de donde viene el agua y más elevado el nivel de donde caen, da mayor fuerza á las ruedas que mueve con su impulso, y permite que trabajen con más éxito las máquinas potentes. Del mismo modo, cuanto más altos, puros, profundos y extensos sean los manantiales donde la inteligencia beba su inspiración, tanto más las fuerzas morales ejercerán una acción saludable y enérgica sobre los asuntos en que se interviene y sobre los hombres entre quienes se vive.” (Págs. 123-124).

“El trabajo manual y el intelectual no pueden ser suficientes á facilitarnos el cumplimiento del fin para el cual Dios nos ha puesto en el mundo, si no les acompaña y dirige el trabajo interior ó espiritual.” (Pág. 125).

La que ha de formar á los demás, debe ante todo formarse á sí misma; debe aspirar á la perfección. Y ¿por qué camino? por la imitación del Salvador, que hará de ella “otro Cristo”. ¿No es éste el ideal sublime que el Nuevo Testamento propone á todo cristiano? Y si la acción moral de la mujer en el hogar y en el mundo es y debe ser ante todo una acción religiosa, si es preciso que la mujer sea cristiana para ser lo que debe ser y hacer cuanto puede hacer, ¿llegará nunca á creerse demasiado religiosa y cristiana?

¡Qué proceda á la manera del pintor y del escultor! y “veremos que estos artistas comienzan su tarea adquiriendo con cuidado y examinando el modelo conveniente, y procurándose luego la materia é instrumentos necesarios para su arte. Dios nos ha facilitado todo esto; el modelo, que es Jesucristo; la materia, que somos nosotros mismos; y los instrumentos, que lo son la palabra y la ley divinas, la enseñanza de la Iglesia, los medios que nos procura para santificarnos, y por último todas las personas, las circunstancias y los acontecimientos en medio de los cuales nos ha puesto Dios.” (Pág. 128).

Nuestro primer deber es, pues, contemplar á



Jesucristo y seguirle paso á paso, haciendo, á ejemplo suyo, de cada uno de los actos de nuestra vida, el cumplimiento de una voluntad divina, de tal manera que en la hora de nuestra muerte, al abandonar nuestra alma al juicio de Dios, podamos decir con la conciencia tranquila: "Señor, cuanto nos mandaste, hemos procurado ejecutar; todo lo que teníamos que hacer, hemos procurado cumplir." (Pág. 129).

Todo ser humano tiene una vocación particular y recibe de la liberalidad divina lo que le es indispensable para mantenerse en ella: "Al nacer recibimos, como en germen,—dice con mucho juicio nuestro autor,—junto con la vida, lo que necesitamos para cumplir la misión que nos aguarda, según la voluntad de Dios. Esta misión es diferente para todos, y la obligación del trabajo interior es conocer la voluntad de Dios acerca de los hombres en general y de cada uno de nosotros en particular." (Págs. 129-130).

Conocerse, tal es en efecto en el trabajo espiritual, como en cualquier otro, el punto de partida inevitable. El estudio de la doctrina y de la ley, es pues la primera obligación que nos incumbe. Por medio de la Escritura, del catecismo y de la liturgia, nos penetraremos de ello. Nuestra prudente consejera tiene el sentido demasiado católico para no advertir, junto con la Iglesia, el peligro que habría en hacer, con sólo la ayuda de la Santa Escritura, nuestra educación primera. Ella, que re-

comienda á las mujeres que no pasen un solo día sin leer algunas páginas del libro divino, sabe y repite que la enseñanza inicial debe ser dada por la Iglesia, en sus manuales auténticos, ó por mediación de las fiestas á las cuales nos convida. ¡Cuánto me complacen estas líneas en que se refleja el sentimiento profundo, hoy muy raro, de la formación cristiana por las ceremonias litúrgicas! “Hijos de la Iglesia católica, debemos vivir de su vida, ir á su casa, no como forasteros, sino como habitantes de la misma, comprender lo que se hace en la Iglesia y unirnos á ella con el espíritu y el pensamiento.” (Pág. 132).

El estudio es la base y la preparación; después de él, ó por mejor decir, junto con él, el esfuerzo y la acción, fruto natural de una convicción firme. Cuanto más se cree, más vigorosamente se obra; y la acción, á su vez, fortifica la fe. “Una palabra, aunque divina, es ¡ay! para muchos, letra muerta, si no se traduce en actos por el esfuerzo de la voluntad. Además, el trabajo espiritual no comienza sino cuando, imbuídos en los principios de la fe, nos esforzamos en hacerlos penetrar en todos los detalles de nuestra vida.” (Págs. 137-138).

Aquel que nos rescató ha querido que fuéramos sus colaboradores: “Hay que tener en cuenta que no podemos aprovecharnos de una manera pasiva de la ofrenda que Jesucristo hizo de sí mismo por la salvación de los hombres.” (Págs. 138-139).

Contemplar á Cristo, conocer su doctrina, di-

rigir nuestros esfuerzos hacia El y poner en práctica sus divinas enseñanzas, eso es lo que queremos. Mas, ¿cómo saber si acertamos, si seguimos el buen camino?; haciendo frecuentes reflexiones sobre nuestro modo de ser, y examinando nuestra conciencia, ese *yo* humano, en el que debemos hallar el sello de Jesús y de su doctrina. Por la comparación que establezcamos, sabremos lo que hemos de transformar en nosotros, lo que debemos arrancar ó plantar. “Se trata de suprimir aquello que estorba al reinado de Jesucristo en el alma, fomentando á la vez lo que pueda ayudarlo. Con harta frecuencia se exagera uno de estos actos con detrimento del otro. Algunas personas luchan constantemente con sus malas inclinaciones, apuntan sus caídas con gran dolor, se confiesan y hacen penitencia hasta extenuarse, y al fin se desaniman al ver el poco resultado obtenido... En el orden divino, se debe, al mismo tiempo, reformar los defectos y adquirir virtudes, ó mejor, hacer lo uno con ayuda de lo otro. *Se triunfa del mal por el bien.*” (Págs. 140-141).

¡Qué regla más hermosa y conforme á la mejor tradición de los más grandes maestros de la vida espiritual! Nuestra autora la desarrolla con una gracia que no desdeñaría S. Francisco de Sales: “Un jardinero poco cuidadoso destruye á veces, al arrancar las malas hierbas, las plantas que quería conservar. Con frecuencia sucede lo mismo en la lucha desordenada contra las malas in-



clinaciones. Las personas que quieren, á cada paso, contener sus ímpetus naturales para corregir una imperfección, pierden muchas veces al mismo tiempo parte de su actividad y *la grandeza de alma* tan necesaria en las luchas espirituales; caen en una especie de tristeza, de ansiedad, de timidez; tienen la atención continuamente fija en sus personas, filtran y analizan sus pensamientos y sentimientos, y dan vueltas al rededor de ellas mismas como en un círculo sin salida. Por el contrario, aquel que basa la reforma de sus defectos en la práctica de las virtudes opuestas, al evitar estos escollos, se colocará en las mejores condiciones de progreso." (Págs. 141-142).

¡La grandeza de alma! Palabra magnífica y que me agradaría encontrar más á menudo en los libros de piedad. El presente está inspirado por ella, y la inspira á su vez. No quiero prolongar más este análisis; espero haber hecho comprender que la última parte del libro acerca de "*el trabajo*" constituye un pequeño tratado de ascética, prudente, práctico, moderado, generoso, tan propio para favorecer la acción cristiana, como para alejarla de todo misticismo falso, sutil y pernicioso. ¡Que sea felicitada la autora, y, sobre todo, bendecida!



He aquí muchas páginas escritas para las mujeres... de Polonia. ¿Interesan á las mujeres de

Francia? Si no las hay en Francia perezosas ni frívolas, si todas se dedican con entusiasmo y habilidad á los trabajos manuales propios de su sexo, si todas realizan en sí mismas ese trabajo espiritual capaz de acercarlas al divino Modelo, de unir las á Dios, de nada puede servirles este librito; que lo dejen para las polonesas! Mas si hay algunas que escudriñando en sus conciencias, reconocen que les falta alguna cosa que hacer en cualquiera de estos puntos, ó quizás en los tres, que tengan muy presentes las útiles lecciones que la eximia autora de este libro da á sus hermanas de Polonia.

También vosotras, mujeres de Francia, habéis comprendido el llamamiento que se hace á las polonesas; escuchadlo, pues, atentamente, y no lo olvidéis. En su país, como en el nuestro, se han establecido amos que es preciso expulsar; los nuestros no son extranjeros de nacimiento; pero, tanto aquí como allá, esos amos persiguen los mismos adversarios, la fe religiosa y la idea nacional. Defended esta fe y esta idea, y, sobre todo, sed dignas de defenderla; en una palabra, ¡trabajad!

¡A la obra, mujeres de Polonia, mujeres de Francia! una vez más, *hilad vuestra rueca* para libertar á dos grandes prisioneros, la Iglesia y la Patria.

ALFREDO BAUDRILLART

Sacerdote del Oratorio





## I

### EL TRABAJO EN GENERAL

¿Quién no comprende la obligación que hay de obedecer á Dios? Y sin embargo, es extraordinariamente difícil apreciar toda la importancia de uno de sus mandatos, del primero de todos, de aquel que nos impone el trabajo y que tiene una significación excepcional y jamás puede ser eludido.

Si Dios, en cierta manera, deja al hombre la voluntad libre, en el cumplimiento de este deber como en el de todos los demás, concede sin embargo gran importancia al trabajo, y ha hecho al hombre tan dependiente de él, que no le permite sin el trabajo proveer á ninguna de las necesidades de la vida. Dios ha puesto bajo la dependencia del trabajo, no solamente la vida física, sino todo desarrollo y todo progreso material, intelectual ó espiritual.

“Someteos la tierra“, dijo Dios á nuestros primeros padres, al dársela en herencia. Y ¿cómo hubieran podido poseerla sin cierto grado de trabajo, aunque sólo fuera para recoger sus frutos?

Si de suave se tornó este trabajo cansado, y de fructuoso muchas veces ingrato, es porque el Señor, al colocarlo, desde la caída del hombre, en la balanza de su justicia como una satisfacción del pecado, cambió las condiciones inherentes á él en un principio. En la persona de Adán avisó al género humano que en lo sucesivo debía cultivar la tierra con el sudor de su rostro, y que, á pesar de esto, la tierra le produciría espinas. Desde entonces el trabajo ha llegado á constituir, no solamente un deber y una necesidad de la vida, sino también una satisfacción por nuestros pecados, y, por lo tanto, una condición para la gloria eterna.

Más todavía; el trabajo es un campo de méritos para aquellos que se aplican á él de buena voluntad. Es además una de las condiciones para conseguir la salud y bienestar en la vida, que, á decir verdad, constituye ya por sí sola un trabajo. Toda fuerza que no alimentamos ni desarrollamos por el trabajo, bien sea físico ó de otra clase, es infaliblemente aniquilada.

Las aptitudes del hombre son triples: físicas, intelectuales y espirituales. Para responder á estas aptitudes, el trabajo debe pues ser triple: manual, intelectual y espiritual.

Jesucristo en Nazaret trabajó con sus manos en el taller paterno. En el templo, leía y explicaba los Libros sagrados, trabajando intelectualmente. Sufrió sin cesar, ayunó, luchó contra Satanás; por lo tanto, trabajó también espiritualmente. De modo

que nos ha dejado ejemplo de los tres géneros de trabajo.

Los hombres del tiempo presente, aún los más penetrados del espíritu del mundo, entienden y aprecian el trabajo de la inteligencia porque no ofende su orgullo; por el contrario, lo satisface. El amor y el deseo por la ciencia forman parte de las señales que caracterizan á nuestra época.

En cuanto al trabajo interior, al trabajo espiritual, el mundo no lo comprende ni puede comprenderlo.

Por último, el mundo desprecia el trabajo manual. Quizás el respeto hacia este trabajo sea la señal distintiva del nuevo siglo.

Pero estas tres clases de trabajo son inseparables. Ninguna posee su valor verdadero mientras no esté unida á las otras dos. Parece que la experiencia diaria debería excluir toda duda sobre ese particular, y, sin embargo, reinan en este punto preocupaciones de singular obstinación. Creeríase que en la educación, como en todo el organismo social, los hombres han adoptado por principio, no la unión, sino la desunión de estas tres formas de trabajo.

A unos los ocupa de tal manera el trabajo material, que corren á él por la mañana desde que despiertan, y por la noche están demasiado cansados para tener tiempo y fuerzas de arrodillarse, aunque no fuese más que un momento, para hacer una oración. A estos no hay que proponerles si-



quiera el desarrollo de su inteligencia bajo ningún concepto. No entienden ni las leyes físicas que rigen su trabajo, ni las morales que deben regir su vida.

A otros los absorbe hasta tal punto el trabajo intelectual, que igualmente no "tienen tiempo" de sacar la luz y la inspiración de la verdadera fuente de toda ciencia. No tienen tampoco "bastante tiempo" para comprobar con el contacto de la vida diaria la exactitud de las ideas personales adquiridas en el estudio.

Por último hay personas, y esto es lo más extraño, que teniendo fe y cierto conocimiento de la fe, la interpretan sin embargo de una manera tan falsa, que basan su piedad únicamente sobre actos exteriores. Descuidan los deberes de su estado, el esmero de su propia educación, y después de haber enterrado, como en la parábola del Evangelio, los talentos que les fueron confiados, malgastan su vida sin provecho para ellos mismos, sin utilidad para el prójimo, sin gloria para Dios, y no hacen más que exponer esta falsa piedad, á la burla y al desprecio. La Sagrada Escritura dice de ellas: "Este pueblo me honra con los labios."

Si todos deben tener en consideración este triple trabajo, á la mujer particularmente le es más necesario no olvidarlo para llenar sus diferentes deberes y mantener además en equilibrio su salud y su inteligencia.

Y todavía nos es más necesario á nosotras que

trabajamos en nuestra "Escuela de trabajo doméstico", puesto que hemos elegido el trabajo por nuestra principal tarea.

Queremos contribuir á extender el reino de Dios sobre la tierra. Queremos servir á Dios y á nuestra Patria. ¿Cómo podremos realizar este deseo si no ponemos mano en todos los trabajos manuales necesarios, si no nos formamos intelectualmente, y si no santificamos nuestro trabajo por medio de la oración?

Para satisfacer nuestro propósito, hemos de pensar que lo mismo que hay tres clases de trabajo, hay tres clases de pereza: la pereza física, la intelectual y la espiritual, y que este triple trabajo es á la vez el único medio de vencer la pereza, y el castigo más propio para expiarla; castigo que no puede ser más proporcionado á la falta, puesto que él mismo se gradúa. En efecto, cuanto más perezoso es uno en una materia, tanto más penoso es su esfuerzo para trabajar en ella.

En cuanto al trabajo manual, debe tener para nosotras una significación tanto más grande cuanto es menos apreciado y estimado. El orgullo extraordinario de que está infestada nuestra nación es causa de que innumerables personas se ruboricen de emplear en el trabajo la mano que no se avergüenza de recibir una limosna.

Comencemos nuestro divorcio con el espíritu del mundo, rompiendo los hierros con que la pereza y el orgullo han encadenado nuestra nación;

acostumbremos nuestras espaldas al trabajo; hagámonos violencia, si es necesario, para trabajar; amemos ardientemente el trabajo, enorgullecámonos de él, esforcémonos en despertar estos mismos sentimientos en las personas que nos rodean y particularmente en nuestras alumnas. ¡Que al volver al seno de sus familias, lleven las jóvenes, con la estimación del trabajo, la penitencia por el trabajo, la reforma de la vida y la exaltación de la Patria por el trabajo! ¡Que con su ejemplo destruyan ese concepto asiático, según el cual la ociosidad y las manos ineptas son señales de dignidad! ¡Que se acuerden de que la ociosidad es el principio de todas las caídas materiales y morales, y que por el amor al trabajo se elevan las familias y las naciones!

En nosotras mismas deben encontrar nuestras alumnas el ejemplo de este amor al trabajo. Convenzámoslas de que se pueden desempeñar aún las ocupaciones más groseras, con orden, decoro y hasta con elegancia. Si algún trabajo repugna, no es culpa del trabajo en sí, sino de la inhabilidad de aquellos que lo desempeñan. Un hombre instruído y de espíritu elevado ennoblece, y si fuera permitido expresarse de esta manera, *espiritualiza* el trabajo, elevándolo hasta él. Si dándose al trabajo se vuelve uno vulgar, grosero, repugnante, es culpa del trabajador, no del trabajo. El alma y la inteligencia buscan siempre su nivel, y si se rebajan, la causa de su caída está en ellas mismas, no en las condiciones en que se han hallado.



Convenzamos también á nuestras alumnas de que el trabajo manual no excluye la educación de la inteligencia; por el contrario, tiene necesidad de ella para alcanzar la perfección deseada. Cuando aquel que es instruído se dedica á un trabajo manual, y cuando el que trabaja con sus manos posee una instrucción suficiente, entonces el trabajo se eleva, se perfecciona, interesa, atrae y hasta glorifica.

Por lo tanto, aquel que cultiva solamente su inteligencia y no está acostumbrado á emplear sus manos en nada, cae en una especie de inutilidad material é intelectual, y, á pesar de todo lo que haga, su instrucción no es completa; de la misma manera, aquel que sólo aprende á trabajar con sus manos, la instrucción que adquiere respecto al trabajo intelectual es también incompleta. El hombre rico, aunque no esté obligado al trabajo manual, no puede dispensarse de él sin causar cierto perjuicio á su salud, á su inteligencia y á su carácter; y el pobre, obligado á ganarse el pan mediante un trabajo rudo, no puede descuidar cierto cultivo intelectual y espiritual, sin que disminuyan, no solamente su dignidad humana, sino también su capacidad para ganarse la vida, capacidad tanto más grande cuanto que le hace comprender los principios y las condiciones del trabajo que desempeña.

¿A quién se debe estar agradecido por tantos descubrimientos que facilitan y mejoran el tra-

bajo del hombre, sino á aquellos que, trabajando con sus manos, trabajaron al mismo tiempo con la inteligencia, y que, luchando personalmente con las dificultades que acompañan al trabajo manual, buscaban los medios de facilitarlo?

Cuando con más inteligencia el espíritu dirigía la mano, tanto más la mano arrancaba eficazmente al espíritu los esfuerzos necesarios para prestarle su ayuda. Y de esta manera, la mano se constituía por lo menos en dueña del espíritu, tanto como el espíritu dominaba en ella.

¿No son bienhechores de la humanidad, en toda la extensión de la palabra, aquellos que, comprometidos personalmente en la lucha contra las dificultades del trabajo manual, han descubierto las leyes de la mecánica y sus diferentes aplicaciones? ¿No están llamados con sus inventos á levantar el nivel intelectual y moral de los que trabajan con sus manos, librándolos del pesado yugo de una labor verdaderamente bestial, economizando las fuerzas humanas y reemplazándolas por las poderosas fuerzas de la naturaleza? ¿No es cierto que en realidad estos trabajadores han contribuido más con su trabajo material á levantar al hombre desde el punto de vista intelectual y moral, que todos los ideólogos, utopistas y filántropos que se pierden en consideraciones abstractas sobre los derechos de la humanidad? ¿No es verdad que la obra de estos trabajadores, no solamente no los rebajó, sino que ha avivado en ellos un sen-

timiento de solidaridad fraternal? Esta obra ha producido al mismo tiempo el trabajo intelectual, que legó á las generaciones futuras los nombres de los inventores, y el trabajo espiritual que, en último término, les ha proporcionado alivio en sus sufrimientos, un aumento de bienestar y la libertad de sus almas.

Sin duda no nos es posible á todos llegar á tanto, pero, sea en la medida que fuere, todo desarrollo, todo progreso humano, para que resulte real y duradero, debe basarse sobre este triple trabajo. Si las obras de los hombres tienen más ó menos alcance, y sus resultados son más ó menos provechosos y verdaderos, es en razón del mayor ó menor apoyo que han tomado en esta triple base.

Sólo el perfecto cumplimiento de lo que la inteligencia y el alma han inspirado, da á las concepciones y á las inspiraciones su completo valor. Podría decirse que el trabajo material en las obras del hombre, es en cuanto al trabajo intelectual y al espiritual, lo que Dios ha querido que fuera el cuerpo humano respecto á la inteligencia y al espíritu. Ambos son mutuamente indispensables para alcanzar su completo desarrollo y producir los frutos deseados.

La mitología no es más que una parodia de la verdad, pero esta parodia encierra á veces singulares luces. Entre los dioses asirios hay algunos que expresan admirablemente lo que queremos decir. Tienen una cabeza humana que representa



el pensamiento y la voluntad, dos alas extendidas que significan el vuelo hacia el cielo, y cuatro pies robustos, que parecen aprisionar la tierra bajo su poder. Poseer la tierra para que ella nos pague con sus dones, penetrar con el pensamiento las leyes que gobiernan el mundo y á los hombres, y elevarnos por medio del espíritu hasta Dios: he aquí toda nuestra tarea.

Esto ha sido perfectamente comprendido en el mundo cristiano por los fundadores de las diferentes Ordenes religiosas. Bastaría nombrar á los Benedictinos. ¿Quién distinguirá los límites entre las tres clases de trabajo, en las obras de arte salidas de sus manos y que han llegado hasta nosotros? Los espléndidos manuscritos y los admirables edificios que han dejado, son á la vez obra de sus manos, y obras de arte, que atestiguan la educación intelectual y la vida espiritual de sus autores.

¿Y qué diremos de los Cartujos y de los Trappenses que, entregados al silencio y á la oración, convierten, por medio de la ciencia y del trabajo, los desiertos de arena en llanos fértiles, sanos y habitables?

No tratemos de igualarnos á ellos, pero estos ejemplos deben servirnos de preciosas indicaciones para enseñarnos á qué grado de perfección puede conducir todo trabajo sabiamente dirigido, si se desempeña por Dios y con Dios.

## II

### EL TRABAJO MANUAL

Si el mundo desprecia el trabajo manual, no considerándolo bueno más que en aquellos á quienes es necesario para proveer á las necesidades de la vida, ¿qué tiene de extraño que las personas penetradas del espíritu del mundo y dirigidas por él, participen de tal modo de ver y desprecien esta clase de trabajo? No tiene nada de extraño tampoco que el cuerpo rehuya lo que le es penoso. Basta, en fin, que el trabajo sea una penitencia y nos abra el cielo, para que Satanás, enemigo de nuestra salvación, mueva contra él todos los resortes de nuestro natural orgullo.

Este triple impedimento debe hasta cierto punto ser conocido por todos los hombres; pero existe en nuestro país, acerca de este particular, una repugnancia especial, mucho mayor que en ninguna parte, y el desprecio por el trabajo manual alcanza proporciones extraordinarias.

Cuando antes de efectuar un trabajo grosero los poloneses dicen "que la corona no se les caerá de la cabeza", parece que saben y recono-

cen que el hombre que desciende al nivel de las cosas materiales más comunes, no pierde la realeza de espíritu y de inteligencia. Y sin embargo, esta afirmación la desmentimos con todos nuestros actos. A veces una polonesa tiene que elevarse á un grado de perfección heroica para desempeñar deberes que entre los extranjeros entran en el círculo de la virtud más elemental.

¿De dónde nos viene esta inferioridad?

La Sagrada Escritura nos enseña que Dios, después de haber creado el mundo, consideró su obra "y vió que todo era perfecto según su género".

¿Y de dónde provenía esta perfección, sino de que Dios, como nos enseña más lejos la Escritura, había creado todo "según medida, peso y orden", es decir, según principios exactamente definidos?

Así pues, de la misma manera que Dios no tuvo aversión hacia lo que había creado, pues todo era perfecto en su género, lo mismo los hombres no tienen aversión hacia el trabajo manual, sino que se glorifican por él, tantas y cada una de las veces en las que, conformándose con sus principios, lo elevan al máximun de perfección posible.

La perfección del trabajo da la medida del respeto y amor que se le tiene, como el amor y respeto hacia él dan la medida de su perfección. Inversamente, el desprecio del trabajo significa



no sólo bajeza del nivel moral de la sociedad, sino que descubre además ignorancia é indolencia.

Tales ignorancia é indolencia son justamente en nosotros la causa de esta invencible repugnancia hacia el trabajo, y hasta motivo de una especie de vergüenza por él. Y esta vergüenza es para nuestra desgraciada nación origen de ruina y miseria casi irremediables, porque nos priva de elementos necesarios á nuestra restauración.

En presencia de este infortunio no debemos descuidar ningún factor, por pequeño que sea, de los que pueden contribuir á nuestra restauración.

Si nosotros los poloneses no tenemos para la perfección del trabajo un gusto innato, si las más de las veces nos contentamos con una medianía, al contrario de lo que sucede en otras naciones celosas del progreso, poseemos sin embargo cierto sentimiento y amor de lo bello que podríamos y deberíamos emplear en provecho del trabajo manual.

Dios, y sólo Dios, posee la belleza perfecta, pero á medida que nos acercamos á Él y contemplamos sus perfecciones, se dilata en nosotros la necesidad de lo bello, y el amor á esta belleza nos conduce á buscarla bajo todas sus formas.

Si los maestros en el arte tienen el privilegio de expresar lo bello hasta el más alto grado, aquellos á quienes no les es posible elevarse tan alto, pueden, sin embargo, crear cierta belleza re-

lativa, realizando perfectamente en su especialidad hasta el más modesto trabajo.

Fácilmente se descubren en nuestro pueblo las huellas de cierto sentimiento del arte, particularmente allí donde la fe se conserva más viva. Hay que respetar estas manifestaciones, pero al mismo tiempo dirigir el sentimiento de lo bello que han despertado, en provecho, no solamente de adornos en cierta manera superfluos, sino en los detalles más familiares de la vida y en los ramos más comunes del trabajo.

Dios lo ha creado todo con orden y armonía. Cuantas veces hacemos algún trabajo con orden y exactitud, tantas veces nos acercamos á la belleza que colora y ennoblece la vida, dando á sus actos más vulgares cierta poesía y tinte pintoresco.

Basta considerar las celdillas de las abejas para comprender la belleza verdadera que encierran estas modestas y simétricas construcciones. Este trabajo no tiene propiamente por término la belleza, pero la alcanza por la perfección de su hechura. Y aun cuando un trabajo excluyera toda posibilidad de belleza material, puede alcanzar, por la precisión y exactitud de su ejecución, la belleza moral, cien veces más preciosa que la otra.

Esta exactitud y precisión repugnan á nuestro carácter polonés. La experiencia diaria nos lo demuestra en nuestras alumnas.

No tienen precisión, ni en el carácter ni en la

mano; no la consideran necesaria y no sienten su falta.

Cada una se dedica con ardor á las ocupaciones que no requieren esta exactitud, y se aparta de aquellas que la exigen particularmente. Es fácil convencerse: todas recorrerán gustosas un jardín ó una pradera para formar una guirnalda ó un ramillete con el objeto de satisfacer, aunque les ocasione verdadero cansancio, un capricho de momento, pero pocas veces se encontrará una que quiera sembrar ó plantar simétricamente un cuadro de estas flores. Todas coserán ó prenderán con gusto objetos de adorno; pocas empezarán y concluirán con perfección una simple costura. Todas arreglarán con gusto la casa para una fiesta extraordinaria; pocas sabrán poner y conservar en orden el mobiliario de uso corriente. Coser y marcar una docena de pañuelos, de manera que todos los dobladillos sean de igual anchura y las letras estén en el mismo ángulo y á la misma distancia y altura, es labor muy superior á sus aptitudes y fuerzas.

No es, pues, sólo el cansancio material lo que las asusta, sino la disciplina necesaria para hacer el trabajo regular, ordenado y perseverante.

Diríase que existe en nosotros una verdadera repugnancia por "la medida, el peso y el orden". Y sin embargo, no solamente ha creado Dios el mundo de esta manera, y no de otra, sino que además lo ha especificado en la Sagrada Escri-



tura para enseñanza nuestra, queriendo demostrarnos que no existe otro medio para ejecutar obras duraderas y de valor real. Si, pues, nada puede crearse sin la disciplina, no es extraño que sin ella no se logre conservar nada íntegro, y que, por carecer de tan necesaria virtud, nuestro país haya sucumbido. El único medio para levantarlo, es esforzarse en mantener en nosotros y alrededor nuestro ese ambiente de trabajo, del que depende su resurrección.

La Sagrada Escritura repite muchas veces palabras de trascendental importancia y en las cuales nos fijamos muy poco: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto." ¿No pueden aplicarse estas palabras de un modo particular á este trabajo desempeñado con medida, peso y orden, por medio del cual Dios ha creado el mundo?

Y puesto que se trata de imitar á Dios Padre, ¿no debemos imitarle en lo que ha hecho en el orden material, en lo que Él mismo nos ha enseñado, trabajando también con peso, medida y orden? Debemos de la misma manera descansar como Él, y no dejarnos llevar por la imprudencia y el orgullo que nos gobiernan harto á menudo.

Después de haber considerado que la falta de precisión es la cualidad más negativa de nuestro carácter nacional, debemos esforzarnos en crear en nosotros la disposición contraria. Las dolencias de las naciones son curables. Empecemos nuestra

curación por nosotros mismos. Que la exactitud y precisión distingan nuestro trabajo. En la enseñanza de nuestras alumnas insistamos sobre lo que exige más particularmente la precisión. Esto nos ayudará á formar en nosotras y en las demás las cualidades tan necesarias á nuestro renacimiento.

Dominemos también nuestra pasividad esclava. La fuerza pasiva puede, hasta cierto punto, servir á la resistencia; sin embargo, jamás consigue la victoria.



Si desea uno aplicarse al trabajo manual con "peso, medida y orden" es necesario determinar exactamente los principios generales, y después atenerse fielmente á ellos para concluir todos los detalles del trabajo, á fin de obtener la mayor perfección posible, junto con la mayor economía de dinero, tiempo, fuerza y materia.

Hay que tener un tiempo señalado para cada cosa, y hacer cada cosa á su tiempo, sin adelantar el momento oportuno y sin diferir para más tarde lo que debe hacerse en seguida; guardémonos de la precipitación, como también de perder el tiempo. Cuanto más importante y preciso es un trabajo, con mayor calma debe uno entregarse á él. La calma asegura la previsión que atiende á todo en primer lugar, que cuenta y que prepara. Por

consiguiente, no debe emprenderse á la vez más de lo que se puede hacer. Hay que calcular anticipadamente cuantas horas ó días son necesarios para un trabajo determinado, y arreglarse de manera que cada vez que la noche ó el domingo sean un obstáculo para su continuación, no se resienta ni se atrase el trabajo por este descanso.

Antes de empezar un trabajo determinado debe prepararse en primer lugar la instalación, los materiales y los útiles, y después ver si cada cosa corresponde en cantidad á la labor emprendida. El trabajo sufre enormemente con las interrupciones necesarias para buscar, traer, limpiar, arreglar todo lo que anticipadamente debía estar preparado. Cada recipiente ó instrumento debe emplearse tan sólo para el uso á que está destinado.

Si varias personas han de trabajar juntas en la misma labor, es conveniente repartir primero el trabajo entre ellas, según sus fuerzas y aptitudes, de manera que cada una sepa claramente á lo que debe atenerse, que la una no estorbe á la otra, y que, por exceso de celo ó de complacencia, no destruya las disposiciones tomadas, haciendo lo que no le corresponde.

Para las ocupaciones domésticas deben usarse vestidos que se puedan lavar, sin encajes ni adornos, ni muy largos ni demasiado anchos, de manera que los movimientos sean libres; las mangas de los vestidos serán confeccionadas de manera que se puedan levantar fácilmente. Cuando se trabaja,



es preciso recogerse el vestido con alfileres para no pisarlo al inclinarse.

Según el trabajo que se ha de hacer, debe usarse un gran delantal que cubra todo el vestido: de lienzo si se trata de la cocina; azul oscuro para el jardín, el barrido, la pintura, etc.; de percal blanco para servir á la mesa, ocuparse de la ropa blanca, del planchado, de la costura.

El delantal ofrece la doble utilidad de librar los vestidos de las manchas, del polvo, etc., y preservar la labor que se lleva entre manos del polvo que pudiera desprenderse del vestido. Para ambos fines el delantal debe estar limpio; por lo tanto, no puede una emplearlo para limpiarse las manos, ni como paño ó plumero. No deben frotarse con él los utensilios, ni secarlos, ni quitarles el polvo, las migas de pan, etc.

Debe usarse en la cabeza un gorro ó un pañuelo, con objeto de que el polvo, la harina, los olores de la cocina no se peguen al cabello, y para evitar también que éstos caigan en lo que se prepara. Los cocineros, panaderos y salchicheros tienen en esto especial cuidado; con la misma razón deben tenerlo las mujeres.

Antes de emprender un trabajo hay que lavarse las manos para que estén irreprochablemente limpias. Esto es necesario para la cocina, la panadería, la lechería y la costura, pero particularmente es de mucha importancia en el cuidado de los enfermos, sobre todo cuando se ha de

curar alguna herida, pues un descuido en este requisito puede ser en tal circunstancia causa de complicaciones mortales.

Todo trabajo, una vez empezado, debe, en cuanto sea posible, acabarse sin retraso. La labor que se difiere de un día para otro se resiente habitualmente. Si es imposible evitar este retraso, al menos es menester garantizar lo que se trae entre manos, del polvo, de las moscas, gusanos y ratones; por consiguiente, hay que taparlo, resguardarlo del sol, de las heladas, de la humedad; así pues, buscad un sitio acondicionado para guardarlo y defenderlo de manos torpes; es decir, cerradlo bajo llave. Acordémonos de que ciertas cosas, si están próximas, se perjudican recíprocamente. Por ejemplo, hay colores que se destruyen mutuamente, objetos que se impregnan de un olor extraño aun que se hallen bastante separados el uno del otro. Tienen que ponerse en sitios completamente opuestos. Hay que señalar un lugar á cada cosa, y tener cada cosa en su sitio, cuidando de colocar los objetos de manera que sea fácil encontrarlos sin desarreglar ni remover los otros. Sin esta precaución, jamás se conservará el orden.

El orden requiere tiempo, y aunque el tiempo se vuelva á recobrar luego ampliamente y constituya más tarde una economía, no es posible sin embargo exigir siempre la paciencia necesaria para coger cada objeto con orden, sin desarreglar los inmediatos, y volverlos á colocar ordenadamente

en su sitio. La prudencia nos recomienda pues que nos facilitemos el orden y coloquemos cada cosa en un lugar fácilmente accesible.

Tan luego como hayamos usado un objeto, es preciso limpiarlo, y, si es necesario, componerlo antes de guardarlo, sin esperar á que nos vuelva á hacer falta. Hágase así con la ropa de invierno y verano, remendándola y limpiándola antes de guardarla, y no cuando precisa usarse de nuevo. Lo mismo digo respecto á los coches, arneses, baúles, que deben arreglarse á la llegada, y no en el momento en que se necesitan para el viaje.

Hay que trabajar con orden y método, pero el orden no exige sólo que después de concluir una labor se arregle todo con cuidado, aunque esto es de gran importancia: exige también que se trabaje lo más cuidadosamente posible para tener después menos cosas que arreglar. Las personas que saben trabajar con orden, organizan y acaban su labor con tanta seguridad, que á cualquiera hora que se las vea se las encuentra ocupadas en sus quehaceres, teniendo siempre limpia toda la casa; en su trabajo nunca falta cierta armonía que le comunica un verdadero atractivo; pero esto exige también ciertas condiciones. Hay que aceptar el principio de no poner nada en el suelo, ni sobre las sillas, y colocar cada cosa en sitio seguro, con objeto de que no se barra por descuido ningún objeto útil.

Si por casualidad se deja caer algo, se vuelca



ó derrama alguna cosa, hay que recogerlo y limpiarlo en seguida para no pisarlo y no ensuciar el suelo con los pies.

En cuanto sea posible, débese tener para las ocupaciones domésticas grandes vasijas ó bandejas, que sirvan para guarecer las mesas y el piso, de las manchas que pudieran hacerse al trasegar, verter y colar lo que deba trasegarse ó colarse. Regularmente todo trabajo manual se compone de materia primera, producto de la fabricación y desperdicios. Por ejemplo, cuando se corta ropa blanca, tendremos el género que se corta, los pedazos ya cortados y los recortes. La persona que cose economizará tiempo, si á medida que corta señala á cada una de estas cosas un sitio aparte.

Para los recortes, lo mejor es tener un cesto al lado y echarlos en él en seguida. Para limpiar las legumbres se necesita: 1.º una cesta con las legumbres que se han de limpiar; 2.º una vasija para echar las que están ya limpias; 3.º una cesta para las mondaduras. Cuando se despluman las aves se necesita también: 1.º una cesta con el ave que se ha de desplumar; 2.º una vasija donde se pone el ave ya desplumada; y 3.º una cesta para las plumas.

Generalmente debe uno regirse por dicho orden en todos estos quehaceres.

Téngase siempre al alcance de la mano un trozo de tela mojado en un lebrillo, para lavar en seguida todas las manchas. Ese mismo trapo ser-

virá también para limpiarse las manos llenas de harina, mantequilla, etc.

Cuando se tiene intención de recortar cierta cantidad de trozos de tela ó de un tejido cualquiera, de papel, cartón ó de otra cosa, es preciso cortar siempre con el primer modelo, si no, los pedazos serán cada vez más grandes ó más pequeños.

Con la sabia organización del trabajo se puede economizar mucho tiempo y fatigas. Así, al lavar, pasar por la calandria ó planchar la ropa, es preciso, en cuanto sea posible, lavar, tender, secar, etc. á un tiempo todas las piezas iguales: las sábanas con las sábanas, los pañuelos con los pañuelos, y así sucesivamente. Para la encuadernación, es menester doblarlo todo, ordenarlo, coserlo, pegarlo, sin dejar una labor para coger otra. Cuando se cose, toda la costura del mismo género debe hacerse igualmente una tras otra: todos los dobladillos juntos, los ojales, etc.

Supongamos que se tenga que coser una docena de camisas: se concluirán más aprisa, mejor y más primorosamente cosidas de dicha manera, que si se cosieran una por una. La mano adquiere más maña haciendo muchas veces seguidas la misma costura.

Si pareciera á algunas personas que las prescripciones que preceden no son más que tonterías indignas de inteligencias elevadas, que se acuerden del aviso de Jesucristo de que “aquel que no

es fiel en las cosas pequeñas, no lo será tampoco en las grandes“.

Trátase de que al cumplir los deberes más insignificantes, se hagan comprendiendo su significación eterna y para obedecer á la voluntad de Dios y á su designio general sobre el mundo moral y físico. En una máquina, las ruedas más pequeñas no son menos importantes que las mayores, y el trabajo producido depende de la precisión con que tanto las ruedas accesorias como las principales desempeñan su respectiva función. En el mundo orgánico, los seres más pequeños tienen una misión tan importante y tan exactamente definida como los más grandes, y, por su multiplicidad y extensión, son aquellos relativamente los factores más importantes de la organización general de la naturaleza. De la misma manera, en el mundo moral, los deberes pequeños, pero innumerables, tienen una significación más importante que las grandes acciones aisladas y excepcionales.

\* \* \*

Al hablar de la necesidad del trabajo manual, no queremos decir que todo trabajo doméstico deba hacerse á mano, excluyendo la ayuda y descanso que pueden proporcionar las máquinas. Por el contrario, hay que apreciar en mucho estos auxiliares.

Deben emplearse las máquinas en todo trabajo en el que la mano pueda ser reemplazada por



aquellas, no tratándose de una obra de arte; obtiéndose así una gran economía de fuerza, tiempo y dinero. Aunque una máquina ocasiona cierto gasto al comprarla, lo compensa pronto y no exige cuidados costosos para su conservación.

De aquí resulta que no depende uno de la mala voluntad ajena, ni de la necesidad de que no falte trabajo á los obreros, porque claro es que esta necesidad ofrecerá caracteres menos graves cuanto menor sea el número de obreros. Un solo mecánico puede dirigir máquinas destinadas á diferentes trabajos que, hechos á mano, exigirían muchos obreros especialmente instruidos en cada ramo; y con menos ciencia y personal, se tiene más exactitud en la ejecución.

Creem algunas personas que las máquinas quitan el pan al obrero. Esta idea, ya anticuada, debería haber desaparecido. Todo el mundo sabe que si el invento del ferrocarril privó, por breve tiempo, de cierto provecho á los postillones y cocheros, ha facilitado de tal manera los viajes y disminuído su coste, que, por el número creciente de viajeros, es sin comparación mucho mayor hoy la cantidad de empleados, obreros, jornaleros, dependientes de los ferrocarriles, que en tiempo de las diligencias. Se temía que las máquinas de coser privasen á las costureras de su ganancia, y el efecto ha sido contrario, sin contar el provecho de los fabricantes de estas máquinas y de los que hacen su comercio.

Por último, piensan algunas personas que el que se acostumbra al trabajo de una máquina no sabe luego hacer nada á mano. Ciertamente hay en esto algo de verdad, pero cada día es más difícil encontrar sirvientes y obreros; por consiguiente, que quieran ó no, la necesidad de las máquinas aumenta de día en día y necesariamente tiene que aumentar.

Así como no se encuentra hoy una casa ni una familia sin máquinas de coser, no las habrá tampoco más adelante sin otras máquinas indispensables á los usos domésticos. Así como la costura á máquina no excluye la costura á mano, en otras ocupaciones, al mismo tiempo que se acostumbra uno al trabajo mecánico, es preciso habituarse al trabajo manual. La habilidad de la mano es además igualmente muy útil para el trabajo en las máquinas.

Pero dejando á un lado todo lo que puede hacerse con esta ayuda, queda aún vasto campo para el trabajo manual, al que las máquinas no suplirán nunca.

Tales son, por ejemplo, el modo de asear las habitaciones, componer y remendar los objetos; y, en general, la manera de servirse á sí mismo.

Si esto nos parece á veces difícil, es porque nos rodeamos de toda clase de objetos inútiles, y el arreglo exige en realidad mucho esfuerzo y mucho tiempo.

Así pues, la persona que se decide á empre-

der un trabajo de este género, debe, para facilitarse el servicio personal, deshacerse en primer lugar de las cosas inútiles, difíciles de preservar del orín, de la polilla y de los ladrones; desprenderse de esa cantidad de muebles viejos y de recuerdos que se rompen, se llenan de polvo, se deterioran y ocupan inútilmente el tiempo y la inteligencia. Cuanto más sencillo sea el mobiliario, más fácil será mantenerlo en buen orden.

Se debe tener una cama pequeña y fácil de hacer, la menor cantidad posible de cortinas, de alfombras y de todo lo que recoja el polvo y haga difícil el barrido, y no conservar en las habitaciones medicamentos inútiles, perfumes, etc.

Las personas que por falta de tiempo ó de fuerzas, ó porque graves motivos se lo impiden, no pueden asear su cuarto, debieran sin embargo hacer cada día alguna cosa por el estilo, por lo menos conservar en orden perfecto su escritorio, armarios y cómodas.

Además debe vigilarse la ropa, guardarla en buen estado, sin tener gran provisión de ella, no comprar otra sino cuando sea tiempo de desprenderse de la primera, y en cuanto se tiene la nueva, deshacerse de la vieja, dándosela á un pobre, ó reservándola para otro uso. Por el contrario, conviene hacer gran provisión de ropa de casa y sábanas; pero desde el punto de vista de la economía y orden del conjunto, no hay que ponerla en uso toda á la vez, como hacen algunas personas que



creen, sin razón, que las cosas duran más de esta manera; lo que sucede es que se usa toda á la vez, y cuando sobreviene alguna enfermedad ú ocupación extraordinaria, durante la cual falta tiempo para el zurcido y el repaso diarios, toda la ropa se rompe.

Hay que tener la previsión de no destinar al uso corriente más que cierta cantidad de ropa, y conservar la mayor parte en reserva. En caso de enfermedad, de viaje, de acontecimientos extraordinarios, se sirve uno de esta ropa reservada, que no tiene necesidad de continuos arreglos, y se guarda la más usada para los días ordinarios, esmerándose en cuidarla y remendarla convenientemente. Para componer las cosas no debe esperarse el momento en que se necesiten, sino hacerlo, en cuanto sea posible, á medida que se usan.

—“Un punto á tiempo economiza tiempo,” Debe dedicarse todos los días un momento al repaso de la ropa y de los vestidos. Hay que poner en un sitio especial las cosas que se han de remendar, y tener una cestita ó caja con los objetos necesarios, á fin de encontrar en seguida la labor y aprovechar así todos los ratos libres, sin sentarse jamás con las manos ociosas. Además conviene remendar primero las piezas que tienen poco que hacer, con objeto de ponerlas cuanto antes en su sitio.

Muchas personas trabajan gustosas para las iglesias y para los pobres. La nobleza y santidad

de este trabajo las realza á sus propios ojos, pero, sin embargo, no coserán nunca para ellas mismas; y si alguna vez ponen mano en alguna invención de la moda, no hay que hablarles de remendar su ropa ó la de la casa. No comprenden que precisamente esto es agradable á Dios, porque es un trabajo humilde, pobre, que nadie agradece ni alaba.

Si tener en orden las cosas y servirse uno mismo es conveniente para todos, nos es particularmente necesario y obligatorio á nosotras, que hemos escogido el trabajo por divisa.

Todas las congregaciones religiosas, sobre todo las más antiguas, han tenido fundadores, no solamente sabios, sino santos, que no abrigaban otro pensamiento sino el buscar los mejores medios para el desarrollo de sus congregaciones y para la santificación de los que formaban parte de ellas.

Imponiendo á los religiosos, á veces á los más ilustres y sabios, el deber del trabajo manual, nos recomendaron á todos, de una manera particular, el trabajo doméstico, cuyo ejemplo nos ha dejado la Sagrada Familia según las tradiciones más respetables.

Honrémoslo, y, por medio de él, aproximémonos á aquellos que trabajan para ganarse la vida, de la misma manera que el Hijo de Dios durante su vida temporal se aproximó á nosotros.

Trabajando con los humildes, recibimos sobre nuestras espaldas parte de su carga; pues Jesucristo nos ha ordenado que llevemos los unos el

peso de los otros. Y, aproximados así nosotros á ellos, comprenderemos todos que formamos una sola familia, que somos hijos de un mismo Padre, miembros de un mismo Cuerpo, y que Cristo es nuestra Cabeza.



Hay que tener presente en la elección de trabajo que su fin es el provecho moral ó material, y que lo mejor es unir estas dos ventajas. Las mujeres se imaginan que han satisfecho la obligación del trabajo hasta cuando llegan á cansarse en provecho de su glotonería ó de su vanidad. Olvidan que esta clase de trabajo, en lugar de ser una fuente de economía, de bienestar y orden, es causa de desorden y de despilfarro.

¿No es perder el tiempo y el dinero lastimosamente el hacer laborcitas, adornos y mueblecitos que no sirven para nada, y que, no siendo obras de arte, ni siquiera contribuyen á la comodidad y ornamentación?

¿La confección de una considerable cantidad de postres y golosinas, aunque esté compensada con el valor del producto, ¿no nos ocasiona más perjuicio que beneficio, al quitar el verdadero sabor á un alimento que fortifica, poner en peligro nuestra salud y causarnos gastos completamente inútiles? ¿Una inteligente ama de casa no trabaja con más utilidad cuando se esmera en variar la cocina, preparando con inteligencia los alimentos



con arreglo al uso recomendado de las legumbres, frutas, harina, etc., etc.? ¿Cuántas maneras hay de aprovechar la carne, olvidadas completamente por nosotras? ¿Cuántas legumbres no nos son desconocidas? Dicen que aquel que procura al hombre un nuevo alimento es un bienhechor de la humanidad, pues la variación de la cocina es fuente de salud y á veces de economía. He aquí para la mujer un vasto campo de trabajo inteligente y útil.

Existe otra clase de trabajo manual, accesible á todas las mujeres que habitan en el campo, y muy provechoso respecto al punto de vista material y moral.

Es el trabajo de jardinería. Aunque de mucha utilidad, no bastan la vuelta diaria por el jardín y las indicaciones y órdenes dadas al jardinero para dirigirle y vigilarle: es preciso poner mano en el trabajo mismo.

Quien no lo ha experimentado, no puede comprender la influencia que ejerce este trabajo en la salud, en el honor, en la inteligencia, en el alma y en todo el carácter del hombre. Es un verdadero remedio, y muchas veces el mejor, no solamente para varias enfermedades del cuerpo, sino también para las del alma. ¡Cuántas cosas inevitables hay en la vida que hieren, irritan, inquietan y nos quitan todo imperio sobre nosotros mismos, toda facilidad para dedicarnos tranquilamente á las ocupaciones intelectuales! Estas fermentaciones internas tienen necesidad de desahogo.

Algunas personas lo buscan en las diversiones y placeres, en el juego, el vino, la morfina. Otras, más prudentes, no queriendo reñir, enfadarse, llorar ó tener ataques de nervios, se entregan á un movimiento cualquiera, ó pasean hasta cansarse.

El tiempo y la fuerza así malgastados no se recobran. En lugar de un movimiento que no conduce á nada, vale más procurarse una válvula de seguridad en el trabajo físico. Se puede encontrar principalmente en el jardín: sembrar, plantar, trasplantar, escardar, podar, recoger las piedras, etc.

Si un campo bien cultivado honra al labrador, un jardín bien atendido demuestra la laboriosidad de su propietaria. La jardinería practicada científicamente, eleva el nivel moral del individuo, ya que por sus afinidades con la agricultura, la industria y el arte, reúne en sí misma la triple influencia que se desprende de aquellas tres manifestaciones del trabajo; influencia que se deja sentir, no sólo sobre el jardinero, sino sobre los testigos de su trabajo, quienes se ven invitados á seguir tan hermoso ejemplo, y, aun no pudiendo imitarlo, aprenden en él á formarse idea del orden y del arte.

El campo, ó por mejor decir el trabajo del campo, es el gran maestro del espíritu, porque nos hace saber que el verdadero cultivador es Dios, que, sin la gracia divina, toda fatiga es vana, que

Él da al rocío y al sol la influencia que ejercen sobre el suelo; y el trabajo agrícola desarrolla al mismo tiempo en nosotros la voluntad y el conocimiento necesarios para dirigir aquellos agentes de la Providencia hacia el fin que queremos alcanzar, sin entregarnos al fatalismo.

El que se dedique una sola vez á las labores campestres, comprenderá al punto que, sea servidor ó dueño, administrador ó propietario, está obligado, para recoger el producto de su trabajo, á esperar pacientemente el momento en que Dios abra las flores y haga madurar los frutos, y comprenderá también que las espinas que le hieren han nacido las más de las veces, como dice Byron, sobre el árbol que había plantado y cuya semilla centuplicada madura en la excelente tierra que él mismo cultivó.

Por último, encontraremos avisos é indicaciones de gran valor en esa multitud de enemigos que aguardan el momento de aniquilar el trabajo del hombre. Basta olvidar algunos días un cuadro, para que se llene de multitud de hierbas malas, y para que una legión de enemigos se disponga á destruir, roer y cortar por encima y bajo tierra las desgraciadas plantas. ¿No es esto imagen del alma y del perjuicio que causa en ella el más pequeño descuido?

Si en el trabajo material no pueden pasarse por alto los provechos morales que de él se desprenden, y que debemos apreciar siempre, el primer



objetivo de este trabajo es, sin embargo, el provecho material, y será por consiguiente necesario conocer ante todo hasta qué punto se alcanza aquel fin.

La jardinería en gran escala es una ocupación costosa, en la que no siempre se obtienen intereses ni se cubren gastos, pudiendo por tanto resultar un lujo peligroso. Un estudio perfecto del asunto, debe enseñarnos lo que vale la pena de ser cultivado en un sitio y en condiciones determinadas, lo que produce más dinero, si las flores, arbustos, legumbres y frutas ó la elaboración de conservas y confituras, etc.; finalmente, qué extensión puede darse á este trabajo, si hay que limitarlo á las necesidades y al bienestar de la casa, ó debe convertirse en un ramo de industria doméstica.



Mujeres que poseen cierta ilustración, suelen quejarse de no poder ganar dinero, ni aun con el trabajo; no menos á menudo se oyen quejas de personas que buscan auxiliares aptos y laboriosos y no logran encontrarlos. ¿A qué debe atribuirse esto sino á que el trabajo manual no ha conquistado en nosotros la estimación que merece? Sólo se dedican á él los que, por no poseer ninguna ó casi ninguna educación intelectual, no tienen otra manera de vivir. ¿No es natural que la falta de industrias que resulta de esto produzca general miseria, y sea la causa de que nuestro dinero vaya

al extranjero, para quedarse en él, y de que exportemos pocos productos, y sólo materias primas, que después nos devuelven convertidas en productos manufacturados?

Si las personas dotadas de cierta educación quisieran aplicarse á un trabajo industrial inteligente, ¿quién sabe lo que lograrían para su bienestar y el de la nación?

Inglaterra constituye la mejor prueba de ello. No es por sus ejércitos, ni por sus funcionarios, sino principalmente por sus labradores é inteligentes obreros, por lo que ha dominado la mayor parte del globo y se ha hecho la primera potencia del mundo.

Gran número de ramos del trabajo están desatendidos entre nosotros, por más que hayan ampliamente remunerado, y con pocos gastos, á los que se ocupan en ellos con la inteligencia necesaria. Procúrese sobre todo crear objetos no expuestos á los cambios de la moda, útiles para la generalidad y no á individuos determinados; en fin, tales que puedan encontrar despacho seguro y remunerador.

Si las grandes empresas no consiguen éxito sino cuando están dirigidas por hábiles directores, pagados con esplendidez, las pequeñas empresas no reportan provecho sino ocupándose en ellas personalmente, sin escatimarles las fatigas que sean necesarias.

A decir verdad, las mujeres, aun las nuestras,

se dedican á veces á ciertas industrias manuales, pero es raro que se tomen el trabajo de hacer el aprendizaje que requieren, y que se creen las relaciones necesarias para dar salida á los productos y hacer con acierto la compra de las primeras materias. Es raro también que sepan abrirse camino para conseguir un beneficio verdadero, que aprendan á llevar las cuentas con orden, y á conciliar los gastos con las rentas. Así, mal preparadas para luchar con los competidores, irrevocablemente tienen que concluir por perder en funestos ensayos un capitalito que, sabiamente dirigido, les hubiera proporcionado una posición desahogada.

No se debe interesar nadie en una empresa particular, sin adquirir antes los conocimientos necesarios. El tiempo empleado en prepararse y en disponer las condiciones del trabajo, jamás es tiempo perdido; el trabajo da tanto mayor producto cuanto más exactamente organizado haya sido desde el punto de vista del tiempo, lugar, método é instrumentos precisos.

Sobre todo en el comercio es más necesario que en otros asuntos dirigirse con prudencia y paciencia, y decir con los italianos: "quien va despacio, va seguro é irá lejos".

En un país agrícola como el nuestro, en el que los pequeños cultivos son la base principal de la existencia del pueblo, hay multitud de ramos de trabajo que, como en otras partes, deberían ser fuentes de importante riqueza.



Difícil es mencionarlos todos. Indiquemos, no obstante, algunos.

Además del cultivo de las legumbres, semillas, árboles frutales, plantas medicinales, y de todo aquello que se refiere á la jardinería propiamente dicha, hay:

1.º El cultivo del mimbre para cestería, y la cestería por sí misma.

2.º El cultivo del lino, del cáñamo, la industria de tejerlos, y la cordelería.

3.º La cría de abejas, y todas las industrias á que da lugar, como la preparación de la cera para diversos usos, el aguamiel, la fabricación de tortas, etc.

4.º La cría de gusanos de seda.

5.º La piscicultura.

6.º La cría en gran escala de aves, su venta y el comercio de huevos. El norte de Francia envía anualmente á Inglaterra por valor de algunos millones de estos productos.

7.º La cría de cerdos, con la salchichería, la fabricación de gelatina, conservas de carne, etc.

8.º El comercio de la leche, que comprende muchos ramos y exige por sí solo un detenido estudio. La fabricación de manteca en Dinamarca, y de los más variados quesos en Suiza y Francia, es una importante y rica fuente de beneficios para la población.

La panadería, en la cual no nos ocupamos sino para proveer á las necesidades de la casa, puede,

aun en los pueblos, ser objeto de empresas provechosas en todos conceptos. Haciendo con inteligencia, y con ayuda de amasaderas mecánicas, un pan sano y de buen sabor para la gente del campo, se evitaría á las amas de casa un cansancio que muchas veces excede á sus fuerzas, y, suministrando en buenas condiciones la parte fundamental del alimento del pueblo, se realizaría una ganancia modesta, pero segura. Se puede considerar como un desarrollo de la panadería, en el sentido comercial, la fabricación de pastas para sopa, de galletas y bizcochos, y un sinnúmero de productos análogos que se hacen con harina.

Otros ramos de la industria manual son más convenientes en la ciudad que en el campo. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el que no puede hacer los gastos que exige el trabajo en las grandes poblaciones, puede emprender con provecho en un pueblo una empresa del mismo género.

La encuadernación, ordinaria ó elegante, tan accesible y propia de manos femeninas, puede, en las grandes ciudades, dar de vivir á centenares de mujeres, y en las pequeñas asegurar á unas pocas bastantes beneficios. Lo mismo debe decirse de la pasamanería, de la fabricación de medias, etc.

La guantería resulta también productiva cuando las condiciones son favorables. La cría de cabritos y la tenería, han enriquecido en Bélgica á localidades enteras, antes pobres.

Las mujeres que poseen la instrucción nece-

saria, pueden encontrar un campo de trabajo en los talleres de relojería, en las imprentas y en las farmacias.

Por último, la instalación de tiendecitas de comestibles en los pueblos y aldeas, defiende la población pobre contra la codicia y pernicioso influjo de comerciantes de poca conciencia, lográndose así, además del provecho material, efectos morales.

En cuanto á nosotras que hemos emprendido la enseñanza del trabajo doméstico, á él debemos consagrar ante todo nuestras fuerzas físicas é intelectuales.

Los resultados de nuestra experiencia están resumidos en manuales minuciosos que enseñan cómo se desempeña cada trabajo. Debe uno cumplir fielmente las prescripciones contenidas en los manuales, acordándose de que todo lo que vale la pena de hacerse, merece hacerse bien. Sin duda, con el tiempo, mejoraremos estos manuales, esforzándonos, en cuanto nos sea posible, en poner cada clase de trabajo á la altura de las exigencias de la enseñanza moderna, pero en tanto que los mejoremos y los ampliamos, hay que atenerse á ellos rigurosamente, y buscar ante todo la unidad de la enseñanza.

Cada una de nosotras debe, en cuanto le sea posible, familiarizarse teórica y prácticamente con todo lo que se hace en nuestra casa, á fin de poder vigilar con inteligencia é intervenir en los trabajos de las alumnas.



No se trata de trabajar siempre con ellas; á menudo la edad, la salud ú otras causas, no nos lo permiten. Además, si la persona que debe vigilar y dirigir el trabajo se ocupara de un solo detalle, olvidaría y perdería de vista el conjunto; basta con que, yendo de una alumna á otra, trabaje aquí ó allá un momento para comunicar atractivo al trabajo, alentar con el ejemplo á las alumnas, y hacer con su presencia agradable lo fastidioso.

Esta parte personal en el trabajo de las alumnas es extremadamente importante. Tenemos que exponernos con ellas al calor y al frío, al cansancio de las manos, de los pies, de la espalda, de la cabeza, á fin de darnos cuenta de lo que debemos y podemos exigir. Preguntaban á un jefe romano por qué medio alcanzaba tan grandes victorias: "Porque—respondió,—no digo jamás á los que están bajo mis órdenes: ¡Id! sino ¡vamos!; no digo ¡haced! sino ¡hagamos!; ¡combatid! sino ¡combatamos!" Estas palabras encierran grandes enseñanzas para nosotras.

Armémonos para esta lucha, acordándonos, no obstante, de que si la inteligencia es necesaria para dirigir prudentemente el trabajo, no son menos precisos el celo por el servicio de Dios, por el bien de la Patria y del prójimo y nuestra propia santificación, para que el trabajo manual no nos inspire tedio ni cansancio.

Sin este estímulo, no podríamos mantenernos en nuestro puesto. Lo que al principio nos pare-

ció fácil, lo que era una especie de pasatiempo, conviértese á menudo en pesada monotonía; lo que se hace con gusto en verano mortifica en invierno, y vice-versa; lo que era agradable mientras se tenían alumnas inteligentes, serias y de buena voluntad, se volverá odioso cuando se haya de repetir de continuo la misma cosa y resolver el mismo error, luchando continuamente contra la incapacidad, el disimulo, el desorden, la disipación, la falta de memoria y de voluntad.

¡Cuántas veces se tendrán tentaciones de dejarlo todo y de decir que este trabajo es ingrato é inútil!

Ni la mano, ni la inteligencia triunfarán de esta tentación, si el trabajo interior no les viene en ayuda.

Acordémonos de cuánto sufrió Jesucristo por amor de nuestras almas con este solo auxilio. "No habéis sufrido aún hasta derramar sangre" dice San Pablo, dando á entender con esto la medida

el sufrimiento y trabajo que Jesucristo tiene derecho á exigir de aquellos á quienes ha rescatado con su sangre.

Que el trabajo del espíritu que debe vivificar nuestro trabajo manual, nos recuerde los tormentos cruentísimos de los mártires, las penalidades de los confesores...; que nos recuerde que "el siervo no debe estar mejor que su señor", y que, por muchas que sean las fatigas que soportemos por amor de Cristo, estamos todavía lejos de lo que Cristo

sufrió por nosotros, y de lo que tantos mártires padecieron por la fe.

Cuando una embajada polonesa fué á Viena á pedir al Papa (Gregorio VIII, 1572-1585) reliquias para las iglesias de Polonia, este Papa, al entregar á los embajadores las reliquias romanas, dijo: "Cada puñado de vuestra tierra puede servir de reliquia, pues está impregnada de sangre de mártires."

En efecto, en presencia de lo que nuestros compatriotas han sufrido por su patria y su fe, ¿quién no sentirá la necesidad de obrar y sufrir con ellos, á lo menos por medio del trabajo?

Unamos nuestra fatiga á la de Jesucristo, cayendo bajo el peso de la cruz; á la fatiga de nuestros hermanos condenados al duro trabajo de las minas. Cuando se hinchen nuestras manos por el calor ó el frío, cuando flaqueen nuestras piernas, acordémonos de las manos y pies de Cristo clavado en la cruz por amor nuestro, y de las manos de nuestros compatriotas encadenadas á las carretas, en las minas de Siberia, por defender la fe y la patria. Cuando entre nuestras alumnas alguna se muestre perezosa, poco concienzuda, falsa, acordémonos de cómo se portaron con Cristo sus apóstoles y discípulos. Cuando el disgusto, el aburrimiento, la nostalgia, comiencen á invadirnos, cuando el mundo, Satanás y nuestro cuerpo nos murmuren tentaciones de desaliento, acordémonos de que el alma de nuestro divino Redentor es-



tuvo "triste hasta la muerte", que suplicó al Padre que "apartara de Él el cáliz de dolor" y que, sin embargo, lo bebió hasta el fondo.

Acordémonos de nuestros hermanos que languidecen desterrados, que mueren miserablemente en las prisiones y se ven obligados á servir, con un uniforme extranjero, á las órdenes de amos extraños. Pidamos entonces, por ellos y por nosotros, que se aparte el cáliz de la amargura y del desaliento. Y el ángel que consoló á Jesucristo en el jardín de los Olivos, nos traerá también á nosotros la confianza, el valor, la paciencia y la perseverancia. Así, el espíritu luchará contra las tentaciones y alcanzará la victoria.

---



### III

#### EL TRABAJO INTELECTUAL

Es evidente que en la época actual se concede importancia cada vez mayor á la instrucción de la mujer. La costumbre de sufrir exámenes, cuyos extensos programas están atestados de gran variedad de materias, se propaga más cada día. Y sin embargo, á juzgar por los frutos de estos estudios, debiera creerse que las escuelas no alcanzan el fin que se proponen, porque después de haber impuesto á la juventud el yugo de un programa de instrucción que alcanza algunos años, superior muchas veces á las fuerzas de las alumnas, no excitan el amor al trabajo intelectual, ni despiertan la necesidad de adquirir más conocimientos, ni desarrollan siquiera la inteligencia del trabajo, punto de partida de toda iniciación personal.

¿Y qué decir de los resultados prácticos de esta enseñanza por programas?

En efecto ¿hay muchas mujeres que sepan ocuparse de su propia fortuna, que puedan escribir correctamente una carta de negocios, hacer un balance y darse exacta cuenta de su "debe y ha-



ber"? ¿Hay muchas que logren distribuir su tiempo con acierto para calcular á qué hora deberán salir de casa y cuándo han de volver? Al tratarse de una cuestión judicial, ¿no firman, las más de las veces, cuanto les ponen delante, sin inquietarse para nada de las consecuencias? Si tienen que tratar algún asunto con un arquitecto, un albañil, un ebanista, ¿hay alguna capaz de dar medidas exactas y de dibujar el objeto que desea? Es raro también encontrar una mujer que comprenda los principios jurídicos que rigen los incidentes más comunes y la vida entera.

¿Por qué? Porque después de haber adquirido en su infancia, con una precipitación febril, infinidad de conocimientos superficiales, son las mujeres demasiado ligeras y perezosas para aumentar más tarde su instrucción por medio de un trabajo continuo.

Muchos impedimentos excusan la pereza intelectual y la incapacidad de la mujer, pero, sin negar su realidad y hasta cierto punto su número, es necesario buscar un medio para salir de este círculo vicioso: la pereza causa la incapacidad, y la incapacidad aumenta la pereza. Tanto la una como la otra rebajan á la mujer de la situación que le corresponde, y la exponen á muchas lágrimas superfluas.

Una mujer incapaz, que no posea en sí misma ningún recurso, es siempre algo inferior dentro de la familia, y al paso que, guiada por su pru-

dencia natural, podría ser prudente consejera del marido, no la pide éste parecer alguno, porque, á su juicio, carece en absoluto de valor. Persona tan insuficiente, no tendrá en circunstancia alguna autoridad á los ojos de sus hijos ni á los de los demás.

Esta situación secundaria de la mujer, á pesar de los esfuerzos actualmente consagrados á la defensa de sus derechos, es todavía muy común. El derecho al aprecio y á la independencia de acción no se obtiene mediante el favor de los legisladores, se conquista por el valer personal.

La pereza de las mujeres no consiste en permanecer sentadas sin hacer nada en absoluto. Por el contrario, hacen una infinidad de cosas que no desarrollan sus facultades intelectuales. Las mujeres ricas no solamente emplean el tiempo, sino que lo llenan demasiado con una infinidad de pretendidas obligaciones, del mismo modo que llenan sus casas de muchos objetos, cuya necesidad no es más que aparente. Visitas, correspondencias sin fin ni provecho, compras sin objeto, laborcitas que no sirven más que para entorpecer la inteligencia, he aquí las ocupaciones habituales de las mujeres que no están obligadas á trabajar en su casa, ni á ganarse el pan. Esta confusión y entorpecimiento de la inteligencia, son causa de que lleguen á una especie de suicidio intelectual... Por la fuerza de las circunstancias, el tiempo de las mujeres pobres resulta también perdido, y á la vez demasiado

lleno. Tienen tantas ocupaciones en sus casas con sus quehaceres, sus hijos, su ropa, que si no se procuran, gracias á una voluntad enérgica, algunos momentos para su educación intelectual, lejos de desarrollar su inteligencia, olvidan lo que aprendieron de niñas, y se vuelven cada día más ignorantes.

Y sin embargo, para comprender toda la importancia de la instrucción necesaria á la mujer, basta considerar el vasto campo de su acción y la variedad de cosas en las cuales debe poner las manos ó la inteligencia, si quiere cumplir sus deberes.

Por lo común, los hombres eligen una carrera determinada y se instruyen tan sólo para ella. La mujer, en especial la mujer casada y que disfruta posición independiente y fortuna, tiene centenares de deberes distintos, y, si no necesita profundizar ninguna materia especial, le son necesarios, sin embargo, infinidad de conocimientos, elementales pero precisos, acerca de todo aquello en que debe ocuparse.

Cuanto más absorbentes sean estos deberes materiales, más necesario es crear, por medio de una educación adecuada á la inteligencia, el equilibrio deseable. La mujer debe esforzarse tanto más en alcanzar este equilibrio, cuanto le es más difícil conseguirlo. La impresionabilidad, la sensibilidad de los nervios, la imaginación, todo le amenaza constantemente con la pérdida del equilibrio. No podrá obtenerlo sino mediante una sabia distri-



bución de su tiempo y de sus ocupaciones, no *sobrecargándose* en ningún concepto, y pensando en cada género de trabajo, y, por consiguiente, en el trabajo intelectual. En cuanto ame este trabajo, encontrará en él un consuelo y una distracción; por él se formará la memoria, la fuerza de observación, la lógica tan útil y deseable en la vida.

Sólo al hombre le es concedido el privilegio de instruirse y de perfeccionarse hasta el fin de su existencia; el que no aprovecha este privilegio, responderá ante Dios de todos los fracasos que le sucedan por su culpa. No se justificará por la falta de luz ni de ciencia, puesto que no habrá hecho lo que dependía de él para adquirir esta luz y esta ciencia.



Parece que toda mujer que haya buscado lo que le falta desde el punto de vista intelectual, debiera corregir el daño y esforzarse en llenar el vacío que ha descubierto en ella. Pero la mayoría de las mujeres, apenas conciban este deseo, chocarán con una dificultad, de cuya solución depende todo el trabajo futuro y los felices resultados que pueda tener. Más de una se convencerá desde luego de que esta dificultad de llevar más adelante su instrucción, nace de la falta de bases y de principios elementales en los que debe apoyarse el desarrollo intelectual.

Muchas mujeres llegan á la convicción de que

no saben nada de todo lo que quisieran y deberían saber, bien sea porque se casaron demasiado pronto, sea porque les faltó la salud en su infancia, ó porque su instrucción fué mal dirigida. Dichas mujeres deberían emprender esta tarea recomendando su educación por el principio. Que no se desanimen por la inmensidad de la empresa, pues los estudios elementales que en un niño requieren muchos años y esfuerzos, pueden hacerse con más facilidad, y en espacio de tiempo relativamente corto, cuando se ha llegado á una edad más madura, en la que se presta mayor atención al estudio.

Las mujeres se figuran á menudo que es imposible instruirse sin seguir cursos ó sin tomar lecciones particulares. Si viven lejos de una gran ciudad, ó no son bastante ricas para procurarse profesores particulares, ó les faltan tiempo y libertad para recibir lecciones en horas regulares y fijas, se imaginan que ya no pueden hacer nada por su educación. Sufren con su indigencia intelectual, y no intentan siquiera ponerle remedio.

No cabe duda que es difícil adquirir sin maestro los principios de la instrucción: la lectura, la escritura y la aritmética. Pero una persona que sepa leer y escribir algo, y que posea una idea del cálculo aritmético, puede, aun con estas débiles bases, llevar extraordinariamente lejos su educación, con tal que tenga una voluntad paciente y perseverante.

Hay tantos y tan buenos libros para la instruc-

ción elemental, que no se necesita más que escoger y trazarse un programa. La elección de este programa es quizás lo más difícil. Cuanto menos se sabe, más complicado es darse cuenta de lo que se debe saber, del estudio por el que se debe empezar, del orden que ha de seguirse, de la materia en la cual se debe insistir más particularmente. Pero ninguna mujer vive tan fuera de poblado, que no llegue á encontrar, á lo menos alguna vez, personas instruídas y de buena voluntad que puedan darle consejos.

Lo mejor es empezar por los elementos y no descuidarlos en nada, pues cuanto más firme sea la base, tanto más sólidamente establecida estará la instrucción futura. Por consiguiente, leer bien, escribir con claridad y corrección, contar tan aprisa como lo exige la vida cotidiana, poseer los primeros elementos de las ciencias naturales y de la geografía, saber bien el catecismo y la historia sagrada, he aquí el punto de partida para aprender luego las lenguas, las matemáticas, las ciencias naturales, la historia y hasta la filosofía.

Quienquiera que se lance al estudio de las ciencias sin poseer estos principios, no podrá asimilárselas.

Se debe, pues, ante todo, examinar concienzudamente si se poseen con solidez estos conocimientos elementales. Si no se poseen perfecta y sistemáticamente, es preciso empezar por ahí el trabajo intelectual.



Si se escribe mal y no se saben las reglas de la ortografía, es necesario procurarse los ejemplos de escritura y libros elementales que se usan en las escuelas primarias, y copiar con cuidado los modelos que contienen. Aunque no se consagre á esto más que cinco minutos diarios, si se persevera cierto tiempo, mejorará la escritura.

La ortografía se aprenderá buscando en el diccionario las palabras que no se está seguro de escribir correctamente, aprendiéndolas y escribiéndolas de memoria. También convendrá copiar todos los días con atención cortos pasajes de poesía ó de prosa; es un medio sencillo para aprender á escribir correctamente, sobre todo las palabras que no están sujetas á las reglas fijas de la gramática.

Las reglas de ortografía necesariamente hay que aprenderlas en una gramática. Para un estudio rápido la mejor será la más corta y que tenga sólo por objeto la enseñanza elemental. Un conocimiento preciso, aunque elemental, de la lengua patria, es condición indispensable para el estudio de las lenguas extranjeras. Sin esta base, es difícil y casi imposible aprenderlas. En efecto, aunque existen infinidad de idiomas y cada uno posee su espíritu propio, las principales reglas de la gramática son las mismas para todos.

En el estudio de idiomas extranjeros, es difícil abstenerse de lecciones para la pronunciación y el acento; pero si se trata solamente de leer y comprender un idioma, se puede conseguir con

la simple ayuda de libros y el esfuerzo personal. Es posible también aprenderlo fácilmente y con rapidez por medio de traducciones al pie de la letra, leyendo atentamente, primero el texto, y después la traducción, frase por frase, examinando con cuidado los cambios de forma y las diferencias de construcción.

El estudio de idiomas, sin contar otras muchas ventajas, ejerce positiva influencia en el desarrollo de la inteligencia. Pero no todo el mundo tiene condiciones ni posee la facilidad necesaria para emprenderlo. En este caso vale más consagrar el tiempo y las fuerzas á otra cosa, y no empeñarse en una tarea útil, pero no indispensable, y que se presenta llena de dificultades. Si por el contrario se tienen aptitudes para este estudio, sacarán de él los que lo practiquen, inmensa satisfacción; convenciéndose con sorpresa de que cuantos más idiomas se aprenden, más facilidad se tiene para ellos.

El latín es la lengua de la Iglesia, y la Iglesia es nuestra madre. Si no conviene olvidar la lengua patria, hay que acordarse también de la de nuestra Madre. Aunque no se llegue á leer y á comprender los clásicos latinos, lo que exigiría quizás demasiado tiempo y trabajo, el simple conocimiento del latín de la Iglesia ofrece para los católicos grandes ventajas.

La lengua griega, sin referirnos á su admirable literatura, tiene la utilidad de que sirviendo en to-

das las ciencias para la formación de las palabras técnicas, da la explicación exacta y precisa de ellas, y esta precisión influye mucho en el desarrollo intelectual. Pero no sería prudente inducir á la mujer á tal estudio si no tiene mucho tiempo libre y verdadero gusto por el trabajo. En este caso, se le puede asegurar que encontrará en ello una gran satisfacción.

Lo que más importa es aprender las lenguas vivas cuya literatura pueda influir más felizmente en nuestro desarrollo intelectual y espiritual, y las que facilitan los viajes y las estancias temporales en el extranjero. Los viajes obran en la educación de una manera muy útil; pero para sacar de ellos completo provecho, hay que conocer lo mejor posible la lengua nativa de las personas con quienes se vive accidentalmente.

Después de haber hablado de las lenguas extranjeras, volvamos á los estudios fundamentales, y en primer lugar al de la aritmética. Los números son tan indispensables en la vida como la palabra misma, á la cual superan muchas veces en elocuencia. Así, el más sencillo y menos instruído de los hombres llega á contar con la misma destreza con que habla; la necesidad es la maestra en ambos casos. Sea para defenderse, para lograr algún provecho, ó bien por ambición, se aprende á contar, y á veces se paga amarga y duramente el conocimiento tardío de esta ciencia.

Así como una persona bien educada se aver-



gonzaría de expresarse en un lenguaje rústico y grosero, y no podría de esta manera expresar todos los matices de sus ideas y de sus sentimientos, el desconocimiento de la aritmética, que agarrota é incapacita la inteligencia, debería también ser motivo de vergüenza.

El estudio de los números, ó sea la aritmética, tiene un fin importante. Enseña el orden y la economía, ayuda á mantener y acrecentar la fortuna y á dirigir la casa, y, por consiguiente, influye en la tranquilidad, la armonía, el orden de la vida, etc. Para evitar equivocaciones, tan frecuentes en las casas polonesas, es convenientísimo y muy de desear que todos sepan que dos y dos no son más que cuatro, y que cuatro menos dos son dos.

Además de la influencia que este estudio tiene en la vida práctica, ejerce también otra de no menor importancia en el desarrollo intelectual. Comunica lógica, precisión en las deducciones, presencia de espíritu; enseña á concebir rápidamente un asunto; es, en fin, una gimnasia intelectual de primer orden, y el descuidarla rebaja mucho el nivel de las inteligencias femeninas.

La aritmética enseña la verdad, la ordena, la exige. Podrían útilmente buscarse en la Sagrada Escritura todos los pasajes que se refieren á los números, para convencerse de la importancia que Dios les atribuye.

Las mujeres se imaginan á veces que son ca-

paces de llevar sus cuentas con orden sin conocer casi los principios de la aritmética. Es evidente que para apuntar y sumar los gastos basta con poseer la primera regla de aquella ciencia, así como se puede saber deletrear y no saber leer. ¿Pero qué diríamos de los que pretendiesen limitar sus estudios literarios al deletreo?

La mujer que se preocupa por su educación, sino posee la aritmética, no vacile en comenzar por el principio. Que lea despacio, capítulo por capítulo, una aritmética elemental; que trate de comprender las definiciones, que se las aprenda de memoria, que resuelva sucesivamente por escrito todos los problemas desde los más fáciles; que se señale ella misma otros sobre las reglas que conozca, y que los solucione hasta que esté segura, no sólo de comprender perfectamente aquellas reglas, sino de ser capaz de explicarlas fácilmente á otros.

Que aprenda asimismo á llevar con orden sus libros de cuentas, á fin de poder comparar en cualquier instante las salidas con las entradas, conocer sus gastos en general, y en particular, por día, por mes y por año. Sólo de esta manera sabrá lo que amenaza la economía de su casa, lo que la prudencia ordena, y lo que degeneraría en avaricia. Sólo por este medio se puede ver cuáles son las mejores fuentes de renta, cuál es el momento oportuno para decidirse á hacer gastos, y cuándo deben aplazarse.

A las ciencias elementales muy necesarias, pertenece también el dibujo geométrico. Si es inútil aprender la pintura, la escultura, la música y el canto sin tener verdaderas aptitudes, es muy conveniente, sin embargo, aprender dibujo, lo bastante á lo menos para las necesidades regulares de la vida, aunque no se sobresalga en este particular.

La imposibilidad de dibujar las cosas que se piensan, constituye una especie de impotencia y de mutismo. El pensamiento se expresa no sólo por medio de la palabra, de la escritura y de los números—que tienen también su elocuencia,—sino por medio del dibujo, que, en ciertas circunstancias, puede ser la manera más conveniente de exteriorizar las ideas.

Todo aquello que contribuye, por poco que sea, á la precisión de las ideas, de la palabra, de la vista y del trabajo manual, nos instruye, y sin formar propiamente parte del trabajo intelectual, tiene sin embargo gran afinidad con él, y facilita mucho el desarrollo de la inteligencia.

Una mujer debe también adquirir ligeras nociones de las ciencias naturales, de cosmografía, de física, de química, de botánica, etc. Su espíritu tendrá de este modo otros tantos recursos que le harán comprender con más claridad los misterios de la naturaleza, y sabrá dirigir mejor las cosas en provecho propio, y guardarse de los inconvenientes que ofrece á menudo la falta de instruc-



ción. Por último, este estudio desarrollará su mente, le comunicará penetración, presencia de espíritu, frescura, y, en cierta manera, la juventud, siempre renovada, de la naturaleza. El conocimiento profundo de las cosas materiales ayuda al propio tiempo á concebir las cosas sobrenaturales y espirituales, de las cuales las primeras son generalmente una especie de imagen.

Las ciencias naturales fortifican la fe en los hombres de buena voluntad. Además, para enseñar la fe á los otros, para confirmarla en los que la poseen, es necesario que los hombres del tiempo presente hablen la lengua moderna, según las exigencias actuales, y, por consiguiente, con un conocimiento de las ciencias naturales, históricas y filosóficas, que no se deje vencer por ningún sofisma. Es cierto que la fe se apoya en la revelación y no en la ciencia sola; sin embargo, fortaleceremos nuestra fe dándonos cuenta de que la ciencia no destruye la revelación, sino que, por el contrario, la confirma.

La ciencia sin la fe, ofuscando el criterio y haciéndolo vivir en las tinieblas, sirve más para extraviar la inteligencia que para formarla, pero esa misma ciencia, apoyada en la fe y acompañándola, centuplica los beneficios que de ésta se derivan.

Un perfecto conocimiento del catecismo debe preceder á toda ciencia, pues encierra en sí solo el germen de toda verdad.

Se puede asegurar sin miedo que una persona que posea á la perfección el catecismo sabe ya mucho, aunque carezca de otros conocimientos; por el contrario, la que tenga la cabeza llena de mil ideas y no se haya familiarizado con las verdades del catécismo, no posee una verdadera ciencia, porque no saca provecho moral de lo que sabe, ni para sí misma, ni para los demás.

Al lado del catecismo se encuentra la historia sagrada, que es la transición entre la ciencia de la fe y la historia general. La historia es la más viva de las ciencias, la verdadera maestra de la vida; es la experiencia comprada con la sangre y las lágrimas de las generaciones pasadas que abrieron camino á las generaciones futuras; es tesoro inagotable de enseñanzas para llegar á conocer lo que constituye la fuerza de las naciones, lo que acarrea su caída y lo que puede ser fuente de su renacimiento. Es una ciencia que comunica más profundidad á la inteligencia, y la hace comprender mejor la importancia de nuestros actos.

Importante para las naciones florecientes, lo es más aun para las que viven en la opresión. Por ella puede y debe formarse toda la vida. Pero para no perder el hilo principal en medio de tan gran número de acontecimientos, hay que asegurar ante todo en la memoria el conjunto de los hechos, á lo menos en sus principales rasgos.

Lo mejor es empezar por aprender una historia universal abreviada. Cuando se tenga ya idea

exacta, pero general, se podrá escoger una época ó nación particular, como objeto de un estudio determinado.

La historia universal, como las demás, debe estudiarse teniendo siempre delante los mapas á que se refiere, y consultándolos lo más á menudo posible. Hay que tener al alcance de la mano una cronología universal, á fin de saber siempre, al estudiar un país, lo que pasaba en los otros en aquel entonces. Debe consultarse también un diccionario ó una enciclopedia, para saber quiénes eran, qué hacían, dónde habitaban y en qué época vivían los personajes cuyos nombres se mencionan en el libro. Finalmente, hay que buscar la exacta significación de las palabras que no se entiendan, particularmente si son de origen griego ó latino. Esto ayuda mucho á adquirir precisión en las ideas y en las expresiones.

Se debe aprender bien la cronología, no para recargar la memoria de infinidad de fechas, sobre todo si se tiene dificultad en retenerlas, sino para conservar por lo menos las principales, contentándose con recordar los hechos con medio siglo de aproximación.

Los libros elementales contienen muchas veces, al final de cada capítulo, preguntas á las cuales deben responder las alumnas. Es muy conveniente esforzarse por sí mismo en dar respuestas exactas.

Una vez aprendida la historia universal, hay que emprender el estudio de un compendio de la



historia patria. Este estudio, que no empleará verosímilmente mucho tiempo, debe ser acompañado del de la cronología y geografía nacionales. Después de una ojeada general sobre esta historia en sus relaciones con la universal, puede abordarse con provecho la historia patria particular de una época, de una provincia, ó en su conjunto, leyendo trabajos extensos, monografías, diseños, memorias, etc.

Pero para que la lectura de la historia nacional alcance su fin y aporte los frutos deseados, es decir, para que influya sobre nuestra conducta en provecho de la nación, hay que acordarse de que no debe servirnos únicamente para satisfacer una curiosidad, aunque sea razonable, y que no se trata sólo de conocer fechas y hechos aislados, sino de apreciar el alcance general de la historia, cosa, en verdad, sumamente difícil.

Diariamente vemos cómo los más pequeños incidentes son relatados de distinta manera por diversas personas, y cuán difícil es llegar á la verdad. Lo mismo pasa, en mayor escala, cuando se escribe la historia. Cada historiador tiene su manera de ver, y, quiera ó no, presenta los hombres y los acontecimientos bajo el prisma con que él los mira. Para aproximarse un tanto á la verdad, es preciso leer otras historias escritas desde diferentes puntos de vista, y aun contradiciéndose.

Hay que tener presente también que, para comprender la historia patria ó de otra nación, nece-

sariamente se debe confrontarla con la historia universal, y principalmente con la de los estados vecinos.

No bastando conocer los hechos políticos de una época, debe uno también familiarizarse con la historia de la Iglesia, de la literatura, del arte, y con el desarrollo de la industria en ese tiempo. Cuanto más extensos sean los conocimientos de este género, más fácilmente nos formaremos idea precisa de los sucesos aislados.

Las obras de historia, ó las que tienen con ella alguna relación, se deben leer siguiendo, en cuanto sea posible, el orden cronológico. Por este medio, la continuación de la historia se graba mejor en la inteligencia, y el resultado que se obtiene es más exacto.

\* \* \*

La ciencia, en la estricta significación de la palabra, exige mucho trabajo, tiempo y aptitudes favorables. Quien no pueda consagrarle todas sus fuerzas, debe necesariamente contentarse con un número limitado de materias, en un círculo muy reducido; en una palabra, con una ciencia elemental. Pero podrá uno familiarizarse, por medio de la lectura, con la infinita extensión de los conocimientos humanos.

Los estudios elementales deben tener por objeto preparar el espíritu para una lectura instructiva y provechosa, acostumbrarnos á recoger la

atención, á educar la memoria, á formarnos perfecta idea de lo que leemos, despertando en nosotros el deseo de adquirir nuevos conocimientos, y curiosidad y gusto por las obras serias y de verdadero valor.

Si el estudio es la base de la instrucción, la lectura es el primero y más importante de los medios de completarla. Los niños empiezan sus estudios por la lectura, y podría decirse de las personas mayores que el grado de su educación depende de esto: ¿leen y saben leer? ¡A cuántas se podría preguntar, aun cuando se las ve con un libro ó un diario en la mano, si saben leer, y qué pocas darían en conciencia contestación afirmativa á esta pregunta!

Son aplicables á la lectura las palabras del apóstol Santiago á propósito de la lengua, porque de ella salen también la bendición y la maldición. La lectura es una espada de dos filos que debemos saber manejar, si queremos que nos ilustre en vez de atontarnos.

La lectura puede iluminar, fortalecer, ennoblecer, santificar, pero puede también descarriar la inteligencia, manchar el corazón, dar muerte al alma con sus envenenados dardos, y si su asunto es vano, embota y debilita todas las fuerzas vivas de la inteligencia, del cuerpo y del alma.

“Dime con quién andas y te diré quién eres“, dice el proverbio. Esto es aplicable también al influjo ejercido por los libros de que se nutre la



inteligencia, y cuya lectura nos absorbe de tal manera, que lo que sacamos de ella se convierte en nuestro propio fondo.

La lectura es para la persona moral del hombre, lo que el alimento para su persona física. El alimento da salud y fuerzas; la lectura forma, si es permitido expresarse de esta manera, el temperamento espiritual, la salud y las fuerzas morales.

Basta reflexionar un momento para comprender cuán importante es elegir bien los libros que merecen ser leídos, sobre todo en la juventud, cuando la inteligencia es más curiosa é impresionable, y la memoria fresca y fiel.

¿Qué se ha de leer, y qué libros deben evitarse para que la lectura aproveche en lugar de hacer daño?

Aplicando al trabajo intelectual el principio establecido para el trabajo manual, de que cada objeto debe servir para el uso á que está destinado, leamos en primer lugar lo que sea necesario para nuestros estudios y para iluminarnos acerca del objeto de la vida, de la situación de la patria y la nuestra, y sobre los deberes de estado que se desprenden de esto. Leamos después lo que pueda servirnos á hacernos mejores, á fortificarnos, animarnos, consolarnos y á darnos, por último, las distracciones sanas, tan necesarias á veces en la vida.

Según el estudio que queramos emprender, el

punto en el cual nuestra instrucción sea deficiente, conforme á lo que nos proporcione consuelos y distracciones, encontraremos la respuesta á la pregunta: ¿qué debemos leer?

Siendo la fe la primera, la más importante y necesaria de las ciencias, pues sólo ella enseña al hombre el fin de su vida sobre la tierra, los libros más importantes serán aquellos que conducen á la fe. En primera línea está aquel cuyo nombre, sacado del griego, significa que es libro único, el libro de los libros, la Biblia, la Sagrada Escritura, escrita toda ella bajo la inspiración de Dios. Pero como la Biblia es ante todo la base del trabajo espiritual, y como su lectura exige cierta preparación, no solamente intelectual sino espiritual, trataremos de ella más adelante, al mismo tiempo que de los otros libros que tengan analogía con el estudio de la fe: el catecismo, la liturgia, etc.

Después, entre las obras que más eficazmente pueden influir sobre la educación intelectual, podrían citarse en primer lugar las filosóficas. La filosofía abre á la inteligencia horizontes sumamente extensos, despierta el gusto á la verdad, y nos obliga á penetrar en nosotros mismos y en las leyes que rigen á todos los seres.

No obstante, se duda en inducir á la mujer á leer obras filosóficas. Para la filosofía, como para la luz, cuanto más brillantes son los rayos, más negra es la oscuridad. Y así como los mejores frutos son

el pasto más seductor de los gusanos, de la misma manera esta ciencia, la más bella y la más elevada de todas, pues está inspirada en el amor á la sabiduría, se ha convertido en pasto de inteligencias perversas y no pudo resistir á la corrupción. O por mejor decir, no es ella la que se ha corrompido, son la corrupción y la perversidad las que colocándose en el sitio de la verdadera ciencia y rodeándose de su atractivo, combaten á la sabiduría en nombre de la sabiduría. De este modo, falsos principios publicados en nombre de la filosofía, parecen venir de ella y ser obra suya, y despiertan suspicacias en las inteligencias rectas.

Sin embargo, si aceptamos las definiciones de la filosofía dadas por los principales autores, veremos que ellos la han llamado "la ciencia de los principios y fundamentos, la ciencia de la existencia en sí, es decir, de la materia, de la forma, de la causa y del fin, la ciencia de la aspiración á la felicidad". Otros, en virtud del principio de que Dios es la sabiduría y de que los hombres son amantes de la sabiduría, han dicho que la filosofía (*phileo*, amor, *sophia*, la sabiduría) es la ciencia con la ayuda de la cual el hombre busca conocer á Dios, la Sabiduría eterna.

Efectivamente; ¿no es esta ciencia una luz para la inteligencia? ¿hay alguna otra más digna de atención? ¿es posible hacerse mayor perjuicio que apartarse de un faro de donde nos puede venir tanta luz?



“La sabiduría, dice Bossuet, consiste en conocer á Dios y conocerse á sí mismo.

“El conocimiento de nosotros mismos debe elevarnos al conocimiento de Dios“ (1).

Entre estos dos términos, conocerse á sí mismo y conocer á Dios, ocupan lugar algunos ramos de esta ciencia, que podrían considerarse como ciencias separadas: la psicología, que estudia las facultades del alma y su acción; la lógica, que define las leyes que rigen la inteligencia y las aplica á la averiguación de la verdad; la ética, ciencia de los principios que deben dirigir la voluntad del hombre; la metafísica y la teodicea, ciencia de los principios y causas que nos conducen al conocimiento de Dios.

En una palabra, puede decirse que el objeto de la verdadera filosofía es ayudarnos á conocer y comprender nuestros propios sentimientos, y por consiguiente á gobernarlos; permitirnos el conocimiento de nuestras aptitudes intelectuales y enseñarnos á dirigir las sabiamente; formar nuestra voluntad é inclinarla á cumplir el fin para el que Dios nos ha puesto sobre la tierra, y por último aproximarnos á la fuente inagotable de toda sabiduría, de la única verdad y de la vida eterna.

Se dirá quizás que el catecismo basta para esto. Sí, y no. Sin duda vale más el catecismo sin la filosofía que la filosofía sin el catecismo. Sin

(1) Del conocimiento de Dios y de sí mismo.

embargo, estos dos estudios no se estorban, antes bien se completan recíprocamente.

Los hombres de este tiempo, se guían con más frecuencia por la razón que por la fe, pero justamente la razón les ha sido dada para que, oponiéndola á las razones, prueben con ella que no solamente la fe no es contraria á la razón, sino que la sirve gustosa. Es más, la fe respeta de tal manera á la razón, que la defiende contra los extravíos que la amenazarían si sólo se apoyara en sus propias fuerzas.

La filosofía aplicada á la historia de la humanidad se convierte en una ciencia distinta é importante. Sin ella la historia no es más que un cúmulo de sucesos sin ilación. La filosofía reúne los hechos en una sola cadena insoluble de causas y efectos; nos muestra los factores de la naturaleza y los de la Providencia, no sólo en el resultado final sino también en el momento presente; y emplea la experiencia del pasado en provecho del porvenir.

De la filosofía aplicada al organismo de la sociedad, se desprenden á su vez dos ciencias relativamente nuevas, como lo son, también relativamente, las tendencias que las han originado; la economía política, y la sociología ó ciencia de las cuestiones sociales.

La economía política enseña las leyes que rigen el trabajo y la riqueza, ó por mejor decir, es la ciencia de la riqueza, que proviene siempre, in-

mediatamente ó no, del trabajo. Esta ciencia es de orden moral, puesto que su principio y su fin es el hombre, cuyo trabajo crea la riqueza, y el constante objeto de sus investigaciones es aplicar las fuerzas y los conocimientos humanos á la producción del bienestar particular y social. Es una de las ciencias más importantes para la humanidad, puesto que permite saber de qué dependen y de dónde provienen la prosperidad y la miseria, y por consiguiente puede contribuir á hacer durable la una, y á vencer, ó por lo menos á disminuir, la otra.

La sociología se ocupa de la organización, de la constitución, del desarrollo de las sociedades. Profundizando los hechos, apoyándose en ellos y no sobre ideas particulares, trata de las condiciones de existencia que preceden á la creación de las sociedades y que acompañan á su prosperidad; se ocupa, en fin, de los principios que influyen en el desarrollo moral, intelectual y material de los pueblos.

La economía política y la sociología deben desarrollarse con su siglo, como se desarrollan y progresan las sociedades mismas. Aquel que consagre á estas ciencias la atención que merecen y observe atentamente los cambios que se operan en ellas, adquirirá la inmensa ventaja de que, siguiendo paso á paso el desarrollo de la sociedad y comprendiendo que no se la puede tener á raya, no perderá sus fuerzas oponiéndose á corrientes



inevitables, y llegará frecuentemente á gobernar el timón y á dirigir la sociedad en medio de las olas que no podría contener.

Se ha reprochado á una familia reinante el no haber aprendido ni olvidado nada. Esta disposición es más general de lo que se cree. Difícilmente olvidamos nuestros privilegios y derechos, aun los ya caídos en desuso y que no nos reportan nada en realidad; y con dificultad nos familiarizamos con los deberes que el estado y la sociedad imponen á cada uno. La consecuencia de este aferramiento á las ideas viejas, es que aquellos que permanecen en ellas, tórnanse las víctimas del movimiento, en lugar de tomar parte y ejercer sobre él una influencia saludable.

No se le puede reprochar á un muchacho que se desarrolle y crezca, y no se contente en la edad madura con lo que le bastaba en la infancia; huiría de aquellos que quisieran oponerse á su desarrollo y no le permitieran usar los derechos que le son necesarios. De la misma manera, en la sociedad, aquel que quiere llegar á tener voto no debe intentar detenerlo en el camino, sino que debe caminar á la par que él. Así, y solamente de esta manera, sabrá garantizarlo de más de un peligro y conquistarle más de una ventaja.

Los hombres tienen sed de bienestar y de independencia. A nadie pueden reprochársele los esfuerzos hechos para mejorar las condiciones de su vida, ni el deseo de conseguir su independen-

cia. No solamente tenemos todos ese derecho, sino que para todos es un verdadero deber el procurar que se respete. Las naciones y las sociedades están compuestas de individuos, por cuya fuerza y virtud se elevan y se crean la situación que les corresponde en el mundo, aumentando en ellas el saber y el bienestar.

Pero con objeto de que estas justas tendencias constituyan un estímulo para el trabajo y la economía, y no para la pereza, la codicia y la rapiña, para que se conviertan en bien y no en mal de la sociedad y de la nación, deben estar sometidas á las leyes morales, como todos los hechos materiales lo están á las leyes físicas.

Se ha de procurar conocer estas leyes, sin admitir á ciegas la primera teoría que se ofrezca, y sin perder de vista los eternos principios de la verdad y de la justicia. Es de suma importancia para los hombres comprender las corrientes del siglo y de la sociedad en los cuales viven, y no es tampoco cosa indiferente para la mujer. Pero existe otra ciencia, hermana de las anteriores, á cuya posesión debe aspirar la mujer con todas las fuerzas de su inteligencia: la ciencia que le enseña cómo y hacia dónde deberá dirigir los futuros miembros de la sociedad, la ciencia de los niños y de su educación: la pedagogía.

\* \* \*

Podría decirse de la pedagogía, que es una filosofía, enteramente aplicada y limitada á la educa-

ción, que del estudio de los actos exteriores, deduce las disposiciones interiores y las aptitudes del niño, sirviéndose de lo que es exterior y cae bajo el poder de los sentidos para formar la inteligencia y el carácter.

*Ars artium*, arte de las artes, dice un proverbio latino, es el de dirigir el alma humana; en la educación se trata de dirigir sabiamente las fuerzas del alma de un niño, tarea difícil, y confiada particularmente á la mujer, que nunca debe resolver con ligereza las dificultades que se le presenten, ni desanimarse al ver su impotencia, sino esforzarse en adquirir las aptitudes necesarias para el cumplimiento de su misión.

Los niños, por lo menos en los comienzos de su vida y de su educación, tienen ordinariamente padres, y sobre todo madres, jóvenes. Y esto es providencial, porque el trabajo de la educación necesita fuerzas juveniles, aunque ofrécese por ello el grave inconveniente de que el problema más importante del mundo, la educación, se halla confiado á manos inexpertas. Humanamente hablando, es difícil comprender por qué Dios confía tarea tan importante á personas jóvenes y sin experiencia. Esta disposición de la Providencia, aparentemente incomprensible, se concibe muy bien si recordamos que Dios puede dar á cada uno la gracia necesaria, y que ha prometido concederla á los humildes.

Por lo tanto, es necesario que las madres jóve-



nes no se desalienten ante la inmensidad de la tarea que les ha sido confiada, y que se acuerden de que pueden contar seguramente con la gracia necesaria, si la piden como conviene, con humildad. Reconociendo siempre la importancia de su obra, deben buscar remedio á su insuficiencia, estudiando libros de educación inspirados en fuentes serias, y profundizándolos atenta y prudentemente, sin apresurarse á aplicar á la ligera lo que en ellos lean. Sucede á menudo que se expían con dureza tales ensayos, pero no desesperen por esto; después de haber hecho en conciencia todo lo que depende de ellas, rueguen á Dios que complete su obra, y abandónense á El.

Se oye decir muchas veces que la educación del niño comienza en su nacimiento; con más verdad puede decirse que empieza mucho antes. Los niños heredan hasta tal punto las cualidades de sus padres, que cabe decir sin vacilar á toda madre, que la educación de su hijo debe empezar por la suya propia. Formar su juicio, su voluntad, su prudencia, sus fuerzas físicas y morales, he aquí la mejor base de la educación de los hijos. La mujer no debe detenerse nunca en la senda de este progreso, si quiere cumplir bien sus deberes.

Considerada la mujer como ser racional, como miembro de la sociedad, educadora de las nuevas generaciones, dueña de su casa ó soberana del hogar, ¿hallará en la ciencia humana secreto alguno del que no pueda obtener provecho, confor-

mándose al pensamiento de Dios? Todas las ciencias naturales, lo mismo que la higiene, la jardinería, el arte de construir, los diferentes ramos de comercio, todo debe interesarla; en todo encontrará provechoso alimento para su inteligencia, si el amor hacia sus deberes, grandes ó pequeños, y el constante deseo de mejorar cuanto la rodea, son los móviles en que inspira sus estudios.

Mientras no se posee cierto grado de ciencia, es difícil apreciar, y por consiguiente sentir, su necesidad, pero basta adquirir los principios de aquella, para comprender sus ventajas y sus aplicaciones.

Es tal el parentesco entre las diversas ramas de los conocimientos humanos, que cada una de ellas ayuda á conocer y profundizar las otras. Pero si cada estudio particular se robustece con los que se relacionan con él, ¿no es principalmente el estudio de la vida el que más necesita fortalecerse por medio de todos los demás? La vida es tanto más fácil, cuanto más se posee la ciencia que se desprende de ella; más dulce, cuanto más se está en situación de satisfacer con mayor conocimiento á sus exigencias; más provechosa, cuanto se saben cumplir mejor las propias obligaciones; tanto más noble, tanto más rica, cuanto más el alma se encuentra en posesión de la verdadera riqueza intelectual y espiritual.

Ni aun la ciencia más profunda y extensa llega á concentrar en ella sola todas las facultades del espíritu humano. Los hombres, creados á imagen de Dios y para el cielo, tienen necesidad innata de lo bello, y si los gérmenes de belleza que Dios ha puesto en el hombre, al darle vida, no adquieren el desarrollo preciso, la educación, aun la más extensa, no será todavía completa.

La necesidad de lo bello existe en todos. El niño pequeñito que despierta á la vida, vuelve los ojos hacia la luz, que es hermosa por sí misma y una de las cualidades de lo bello. Pero el sentimiento, la inteligencia y la apreciación de la belleza, son tan distintos como lo son las condiciones en que el hombre se educa y vive. Dicho sentimiento puede encontrar su más alta satisfacción en las baratijas de vidrio y en las abigarradas plumas con que se adornan los reyezuelos de África, ó en las obras maestras de Homero, de Miguel Angel y de otros genios, y hasta en los cuadros de la corrupción y del cinismo humanos.

Esta necesidad de lo bello, que se revela en el niño cuando busca la luz y en el salvaje cuando desea lo que brilla, se puede desenvolver, llevar á su completo apogeo y dirigir convenientemente para convertirla en palanca de la vida.

Tal es la misión de la literatura y de las bellas artes, que elevan el nivel de las naciones hasta el punto de que su desarrollo es señal del progreso



de las sociedades, y su decadencia signo de próxima ruina.

El sentimiento y el gusto de lo bello tienen capitalísima importancia, tanto para el individuo como para la sociedad. Si los hombres poseen el sentimiento y el deseo de la belleza, si comprenden que ésta descansa sobre una verdad eterna, sobre principios inmutables que deben conocer y respetar, entonces se halla en sus obras y en su vida la verdadera belleza apoyada en el equilibrio, la armonía, la perfección y el orden.

La Bruyère ha dicho que el buen gusto proviene del buen sentido. ¿No podría decirse inversamente que, educando el gusto y manteniéndolo bajo la disciplina de los principios, se obra con eficacia en la formación del buen sentido? ¿No podría también afirmarse con razón, que el gusto es el principio de donde depende con el tiempo la dirección de la vida del hombre?

En efecto, ¿qué buscan los hombres sino lo que su gusto y su fantasía les muestran como apetecible? ¿De qué provienen su alegría y su tristeza sino de haber alcanzado ó perdido lo que deseaban? El gusto ejerce poderosa influencia en el arreglo de nuestras habitaciones, en la elección de estado y profesión, de amigos, de trajes, de régimen de vida, de estudios y diversiones. No se insistirá nunca demasiado en el deber de educar el gusto, basándolo en principios sólidos. Es el fin primordial

de la literatura y de las bellas artes, que son las fuentes en que se debe buscar el gusto.

El conocimiento y aprecio de lo bello son muy convenientes para todos, pero quizás aun más para la mujer, que ávida de toda suerte de belleza, y falta de inteligente comprensión, cae sin cesar en lo que la Sagrada Escritura denomina con exactitud "la ceguera de la vanidad".

El mejor medio de sustraerse á lo que es malo, feo y sin valor, es excitar en nosotros mismos y en cuantos nos rodean, el amor hacia lo elevado, puro, noble y verdaderamente hermoso. Es imposible que una inteligencia formada por Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Skarga (1), Mickiewicz (2), Krasinski (3), pueda sumergirse con gusto en los abismos de la corrupción humana y respirar libremente en medio de sus miasmas envenenados; lo mismo cabe decir de la pintura, del dibujo y de la escultura. Para librar á la inteligencia de lo que puede perjudicarla y extraviarla, hay que educar su gusto y su juicio en lo que es bello en esencia y forma.

La belleza, en las obras literarias y artísticas, consiste en la reproducción fiel de lo que es verdaderamente bello. No debemos poner los ojos, ni

(1) Famoso jesuita y orador polaco (1536-1612).

(2) Poeta polaco, autor de una célebre *Oda á la juventud*, de varias obras dramáticas y de composiciones patrióticas (1798-1855).

(3) Poeta, también patriótico, conocido en Francia con el nombre de «Poeta anónimo de Polonia» (1812-1859).

ocupar la imaginación, con imágenes que, aunque quieran expresar hermosos pensamientos, lo hacen exagerada y afectadamente, chocando con lo verdadero y natural. Débese también huir de lo que, bajo pretexto de rendir homenaje á la verdad, nos presenta, con más ó menos exactitud, las miserias morales ó materiales. No hay belleza sin verdad, pero las verdades de la vida no son siempre bellas; y como el objeto del arte es expresar la verdadera belleza y hacer sentir el amor hacia lo bello, no se debe considerar como obra de arte la que no satisface estas condiciones.

El hombre que se preocupa de su salud, no consiente en tomar un alimento alterado, ni en vivir en una casa malsana; de la misma manera, quien se preocupe de su ser moral, espiritual é intelectual, debe huir de toda fealdad, y hasta de cuanto sea mediocre. Es necesario no leer, ó leer obras dignas de ser leídas; tener las paredes desnudas y los álbums vacíos, ó adornar éstos y aquellas con cosas de verdadero mérito; no ocuparse en absoluto de música, ó escuchar é interpretar sólo lo que merezca ser oído é interpretado.

Cuando se ha hecho conocimiento con las obras maestras de la literatura y del arte, hay que observar el debido orden cronológico. La literatura, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, tienen su historia y principio, su desarrollo y decadencia, su juventud y madurez.

Se debe estudiar las producciones artísticas por



este orden, á fin de apreciarlas y formarse de ellas conveniente juicio. Los espíritus educados solamente en los ejemplos contemporáneos de la literatura y de la moda, difícilmente vuelven hacia atrás para apreciar, como es debido, la belleza de la literatura y del arte antiguos. Además, si se forma el gusto en el estudio de las obras modernas que no han sufrido todavía la sanción del tiempo, es casi imposible resistir á las influencias locales, á las corrientes, á las pasiones del momento, á las prevenciones personales, exponiéndose, por consiguiente, á falsear el juicio y á pervertir el gusto.

Es inútil intentar el estudio de las bellas artes si no se poseen aptitudes definidas, y si no se vive en condiciones favorables. Pero de la música puede decirse que se compenetra de tal manera con la naturaleza humana, y que tiene el hombre tantas ocasiones de ocuparse en ella, sea en la Iglesia, sea simplemente para distraerse ó divertirse, que quien fué dotado por Dios con las necesarias aptitudes, debe esforzarse en cultivarlas con esmero.

En este arte, especialmente, es donde son más necesarios el estudio y una dirección acertada, que se preocupe más de la bondad de las lecciones que de su número. Si no se puede llegar á tener gran maestría, es preciso, por lo menos, conseguir fidelidad en la interpretación, limitándose á tocar y cantar obras fáciles, ejecutándolas con el justo

ritmo y medida, comprendiendo y expresando el pensamiento del compositor, sin lanzarse á empresas superiores á las propias fuerzas.

El estudio de la música exige tanta precisión, paciencia y perseverancia, que puede obrar eficazmente en la formación del carácter. A la elección de la música conviene aplicar el principio de no aceptar sino lo mejor. La música influye de tal manera en ciertas naturalezas, que es preciso elegirla con cuidado y tocar solamente obras verdaderamente bellas. La persona que posea suficiente educación musical, llegará á juzgar por sí misma el mérito de las diferentes obras, y á saber elegir las mejores; los principiantes deben dedicarse principalmente á la música clásica, para no exponerse á pervertir el gusto con una mala elección, y no ocasionarse un perjuicio, acaso irreparable. La buena música religiosa forma y educa el alma de los fieles.

El canto tiene la ventaja de que, no exigiendo instrumentos costosos, es más accesible á todos. Además despierta el gusto de lo bello, y, por consiguiente, excluye, hasta cierto punto, lo que se opone á la belleza. Es, pues, necesario propagar con celo la enseñanza y el gusto por el canto.

Es grave error creer que bastan una buena voz y un poco de oído para cantar bien. Nadie se imagina que los colores y los pinceles sean suficientes para pintar con arte, ni que un tintero y una pluma formen un escritor. ¿Por qué, pues, figurarse,

cuando se trata del canto, que las facultades naturales bastan por sí solas, y que no es indispensable el auxilio de la ciencia? En materia de canto, el método tiene tanta ó más importancia que la voz, hasta el punto de que una persona que supla las deficiencias de la voz con la bondad del estilo, resultará agradabilísima con su canto, mientras será insufrible á un buen oído, la que reúna las cualidades contrarias.

No se puede estudiar el canto sin el concurso de un buen maestro, pues es fácil estropear la voz, quebrarla ó falsearla, daños estos que, ordinariamente, resultan imposibles de corregir (1).



El estudio de las bellas artes, aunque va unido al trabajo intelectual y no puede hacerse sin éste, es principalmente un adorno y una distracción.

No se puede, ni se debe, tener continuamente el espíritu fijo en lo que exige mucha tensión intelectual. La inteligencia siente de cuando en cuando la necesidad de descanso. El exceso de trabajo, la fatiga, los disgustos, los obstáculos, las enfermedades, hacen necesario este descanso. Sin embargo, el hombre posee sobre los animales la inapreciable superioridad de que si el caballo y el

(1) Léase, en confirmación de esto, el notabilísimo libro *La Educación Musical*, por Alberto Lavignac (Cap. III, El estudio del canto), obra que deberían considerar como vademécum de lectura diaria, cuantas personas, por afición ó por deber, se dedican al estudio de la música. (N. del T.)



buey, por ejemplo, después de haber trabajado mucho, han de descansar no haciendo nada y verosímilmente no pensando, el hombre, á excepción del tiempo reservado al sueño, descansa, no en la ociosidad, sino mediante un cambio de ocupación. Dotado para el trabajo manual, intelectual y espiritual, encuentra reposo, no solamente cambiando de ocupación, sino imprimiendo variedad á un mismo género de trabajo.

No todos pueden buscar una distracción en las bellas artes, pero sí hallar descanso intelectual y excelente distracción en la lectura, que á la vez instruye y distrae. Diremos, pues, de nuevo, una palabra acerca de ella.

Si lo que se lee para instruirse no ha de ser ni grave ni fatigoso con exceso, á fin de que no constituya un trabajo propiamente dicho, lo que se lee para distraerse no debe ser ligero ni inmoral, sino que ha de contribuir á formar el espíritu por manera interesante y fácil.

Se leerán, pues, en primer lugar, relatos de viajes, memorias y biografías, que, sin cansar la inteligencia, la enriquecen con conocimientos más exactos de geografía ó de historia, y hacen apreciar mejor la vida, dándonos cierta experiencia de ella y ampliando el horizonte intelectual del espíritu. Encontraremos en esta lectura un aguijón, un estímulo y modelos preciosos que imitar. Si el pecado y la corrupción se difunden con el ejemplo, el amor á la virtud y el deseo de imitar-

la se propagan también de la misma manera. El proverbio: "Dime con quien andas y te diré quien eres", se aplica, no solamente á la influencia de los seres vivos, sino también á la de los muertos, cuya vida y actos conocemos por los libros.

No puede pasarse en silencio la lectura de los periódicos, tan esparcidos hoy en toda las clases de la sociedad, pero no es fácil decir ni saber cómo debe hablarse de este asunto, puesto que, bajo el nombre genérico de periódicos, se comprenden muy diversos escritos, de tendencias, maneras de ver é inspiraciones completamente distintas.

Se nos ocurren tres preguntas relativas á los periódicos, á las que será preciso contestar: ¿Quiénes deben leerlos? ¿Hasta qué punto deben leerse? ¿Cuáles deben ser leídos?

Se han de leer los diarios que puedan ayudarnos á cumplir mejor nuestros deberes de estado. La esposa, la hermana, la hija de un hombre que tome parte activa en los negocios públicos, deberán, en cuanto les sea posible, estar bien enteradas de estos, para repetir á su padre, marido ó hermano, lo que dicen los periódicos, economizándoles así muchas veces tiempo y fatiga; deben además formarse una opinión, á fin de poder hablar útilmente, y, en determinados casos, ejercer saludable influencia con sus consejos.

Las personas que viven fuera del círculo de los negocios públicos, se ocupan ordinariamente tan

poco de ellos, que si leen periódicos, no es para enterarse de lo que vale la pena de ser leído, sino para informarse de cosas insignificantes. A éstas personas puede decirseles con franqueza que pierden el tiempo, y que procederían mejor empleándolo en leer cosas que influyan más directamente en lo que han de hacer, en cualquier orden que sea.

La contestación á la segunda pregunta se deduce de lo que precede: el tiempo consagrado á la lectura de periódicos, debe medirse por el provecho que se saca de esta lectura.

Respecto á la cuestión de saber qué periódicos han de ser leídos, conviene decir, que si se desea estar al corriente, en términos generales, de lo que pasa en el mundo, basta leer algunos periódicos; pero si se necesita una idea clara de los acontecimientos y de los asuntos, es preciso no olvidarse tampoco de las diferentes maneras de ver á que dan lugar el número y diversidad de los partidos políticos. Conviene conocer estos distintos puntos de vista, en primer término para no examinar las cuestiones bajo un solo aspecto y no admitir como axiomas indubitables lo que se ha leído en tal ó cual periódico, y en segundo para conocer mejor contra qué y contra quién se tendría que luchar si llegase el caso.

Vamos, por último, á decir una palabra sobre las novelas, á las cuales se puede aplicar las mismas preguntas que á los periódicos, aunque en



orden inverso. Preguntémonos primero; ¿qué novelas conviene leer?

La respuesta es muy sencilla; deben ser leídas únicamente las mejores en la forma y en el fondo, y esto mismo indica que la lectura de aquel género de obras habrá de ser muy limitada, tanto como es restringido el número de autores y de libros que responden á las exigencias de belleza y moralidad completas.

La lectura de novelas no se justifica sino en cuanto se las puede considerar como verdaderas obras maestras de pensamiento y de estilo. Hay cosas que, por ser indispensables á la vida, debemos aceptar de calidad relativa, cuando no las podemos conseguir de clase superior; pero la poesía, las obras de imaginación, las bellas artes en una palabra, no figuran en el número de aquellas cosas absolutamente precisas, y su perfección de forma y de fondo es lo único que las justifica, hasta el extremo de que si no poseen esta cualidad, constituyen un mal para la vida de quien les consagra un tiempo y una atención que deberían emplearse en ocupaciones más provechosas.

Las novelas exaltan la imaginación, estropean el gusto, extravían el juicio, dan una falsa idea de la vida y de su fin, llevan la inquietud al corazón, despiertan las pasiones, y embotan y debilitan la inteligencia, que acostumbrada á recrearse con imágenes falsas, se incapacita para la comprensión y aprecio de todo lo serio y verdadero.

En cuanto á la pregunta de saber á quién aprovecha esta lectura, se podría contestar que particularmente á aquellos á quienes su estado obliga á ocuparse y á conocer las corrientes y las ideas del siglo, de las cuales suelen ser reflejo las novelas contemporáneas; pero aun en este caso, es necesario que los lectores sean instruídos y tengan cierta madurez intelectual. Las bases de toda educación y cultura, deben ser la verdad absoluta y los principios inmutables; se necesitan estudios musicales y ser músico para asistir con provecho á un concierto; es preciso ser inteligente en pintura y escultura para visitar con fruto los museos; de esta manera, estando en condiciones para apreciar lo que se ve y lo que se oye, se hallará en el concierto y en el museo, no sólo un placer, sino también una enseñanza.

Del propio modo, el que conoce bien la historia puede aprovecharse de las buenas novelas históricas, y el escritor leerá útilmente una obra maestra de la literatura, pues la manera cómo en el libro se presenta y desarrolla el asunto, el estilo, la riqueza y la elección de frases, todo constituye una inapreciable enseñanza. Cualquiera que posea de antemano idea precisa de las facultades del alma y de la formación de los caracteres, encontrará con frecuencia en las novelas, el complemento de sus concepciones psicológicas; y por el contrario, aquel cuya educación sea escasa ó mal dirigida, como no tiene capacidad para apreciar las belle-

zas de los libros que caen en sus manos, y sólo busca en ellos la ficción y no el pensamiento inicial de la obra, no saca de las lecturas recreativas más que un vano y perjudicial pasatiempo.

Hay, sin embargo, personas, que á causa de una educación insuficiente, de una cultura descuidada, ó por pereza intelectual, no pueden familiarizarse con ciertas verdades y principios morales si no se les presentan en forma de cuentos y de novelas; se las podría comparar á los niños que no toman una medicina si no se les endulza. Para estas personas, cuya inteligencia no ha madurado todavía, la lectura de novelas puede ser á veces conveniente, con tal de que se concreten á leer las que no se basan en la fealdad, sino en la belleza; en lo falso sino en lo verdadero; las que nos educan en lugar de rebajarnos, y cuya realidad ó ficción nos conduce á conclusiones verdaderamente morales y prácticas.

\* \* \*

Al indicar, en cuanto nos ha sido posible, lo que se debe leer, hemos señalado implícitamente lo que no vale la pena de ser leído, y lo que no debe leerse.

No se deben leer los libros que destruyen la fe. Nada existe que reemplace esta virtud; aquellos que la han perdido por imprudencia, no pueden reconquistarla si no es con grandes dificultades, y como las más de las veces no la recobran, por



ser difícil salir á tiempo de los caminos torcidos y falsas vías á que conduce la incredulidad, ¿de qué modo reemplazaran la fe, en las duras vicisitudes de la vida? ¿de dónde sacarán la luz y los consejos? ¿de dónde el valor y la fuerza? ¿de dónde la paciencia y la perseverancia, la justicia y la moderación? ¿de dónde la tranquilidad y el consuelo? Nadie les dará estas gracias, ni los levantará en sus caídas; solamente la fe puede hacerlo; y sería verdadera locura exponerse á perder una virtud, cuya posesión nos es tan necesaria para librarnos de tanto peligro.

Al evitar la lectura de aquellos libros que amenazan nuestra fe, debemos huir de los que despiertan las pasiones, manchan el corazón y la mente, falsean y obscurecen la conciencia, fomentan el odio hacia lo que es digno de amor, y prestan atractivo á lo que debe ser objeto de odio; y también de los que presentan la vida y los hombres bajo un aspecto quimérico, y de los que, dándonos como verdades las ilusiones de una imaginación enfermiza, nos hacen la realidad fastidiosa y repulsiva.

Debe evitarse del mismo modo la lectura que no persigue un provecho ó un fin práctico, merecedores de que la inteligencia se ocupe de ellos, pues toda pérdida de tiempo causa un perjuicio irreparable; y hay que tener también muy presente que los libros vacuos, cuyo contenido puede inspirar falsas ilusiones y que no nos procuran

pensamientos fructuosos, sirven tan solo para producir una especie de suicidio intelectual, pues nada debilita tanto las fuerzas de la inteligencia como el entretenerse con cosas que no exigen esfuerzo alguno.

Si los jóvenes, aun después de brillantes estudios, causan muchas veces tantas decepciones, es en gran parte porque, gozando de libertad á la salida de las escuelas, leen especialmente malos libros y pésimos periódicos.

La inteligencia no puede estar inactiva; piensa ó sueña, y soñando pierde la facultad de pensar. Estos dos actos se repelen recíprocamente. Se podrían comparar á aguas que, brotadas en un mismo manantial, se separan en seguida, yendo unas por cauces risueños, aumentando su caudal y su fuerza, á cumplir el fin determinado de acrecentar el océano, y extendiéndose las otras por los lados del manantial, para formar, huyendo del cauce, charcas pantanosas emanadoras de miasmas mortales.

No basta leer, aunque sea mucho; hay que leer con orden, prudencia y atención, á fin de familiarizarse con lo que se lee, poder dar cuenta precisa de la lectura, formarse una opinión de ella, y ponerse en estado de expresarla claramente.

Teniendo presente que lo que se relata se graba mejor en la memoria que lo que se lee, es muy recomendable la costumbre de repetir á otros en sustancia, y de una manera interesante y exacta,

lo que ha sido objeto de nuestro estudio; pero en este caso, no hay que contentarse con indicar tan sólo las personas, sino que hay que precisar los lugares y épocas á que se refieren los acontecimientos que se relatan; hay que acordarse de los títulos de los libros, de los nombres de los autores, y, por lo menos aproximadamente, de la fecha de la publicación de las obras.

Es asimismo muy recomendable resumir por escrito, y con toda la concisión posible, la obra que se acaba de leer, expresando el juicio que hemos formado de ella, pues de esta manera se cuenta siempre con un catálogo razonado de todo lo que se ha leído.

Conviene tener un cuaderno destinado á los apuntes, en el que se deben anotar con preferencia los pensamientos y las frases que nos impresionaron por su belleza ó su precisión. No se trata de hacer largos resúmenes, pues esto no sería de gran utilidad, sino de escribir frases cortas que por la exacta expresión de un pensamiento justo, nos enseñen á pensar y á condensar nuestras propias ideas. Esta costumbre, adquirida en la juventud y conservada siempre, contribuye mucho á enriquecer la inteligencia. Una memoria joven y fresca, retiene fácilmente verdades cristalizadas en una frase clara, justa y concisa.

\* \* \*

Las observaciones precedentes pueden convenir á todas las mujeres que quisieran tomarlas en



consideración, pero debemos aplicárnoslas particularmente nosotras que trabajamos juntas en nuestra "Escuela". La experiencia nos enseña cuán difícil es mantener el equilibrio entre las tres clases de trabajo, y la necesidad, por lo tanto, de velar con la mayor atención para que ni el trabajo material, ni los ejercicios espirituales, absorban nuestro tiempo y nuestras fuerzas con exclusión del trabajo intelectual.

El trabajo intelectual no puede ser el mismo para todas; cada una de nosotras es libre de aplicarse á él según sus aptitudes y gustos. Se trata solamente de cultivar la inteligencia, á fin de que se dilate en vez de encogerse; de no considerarse una misma como el fin último de su instrucción, sino de preparar el espíritu, como se afila el instrumento destinado á un trabajo futuro.

Nada contribuiría tanto al mejoramiento de la sociedad presente, tan ávida de progreso, sobre todo material, como el dirigir el gusto hacia todo lo que es honroso y sensato, verdaderamente bello y digno de tiempo y atención.

Quien, siquiera una vez, llegue á gustar, por medio del estudio, la sabiduría y hermosura verdaderas, tendrá un punto de comparación que le permitirá ver lo falso y feo bajo su verdadero aspecto.

Cuanto más abundantes son las fuentes de donde viene el agua y más elevado el nivel de donde caen, da mayor fuerza á las ruedas que mueve

con su impulso, y permite que trabajen con más éxito las máquinas potentes. Del mismo modo, cuanto más altos, puros, profundos y extensos sean los manantiales donde la inteligencia beba su inspiración, tanto más las fuerzas morales ejercerán una acción saludable y enérgica sobre los asuntos en que se interviene y sobre los hombres entre quienes se vive.

---

## IV

### EL TRABAJO ESPIRITUAL

El trabajo manual y el intelectual no pueden ser suficientes á facilitarnos el cumplimiento del fin para el cual Dios nos ha puesto en el mundo, si no les acompaña y dirige el trabajo interior ó espiritual.

Este es el trabajo que el mundo no comprende y respecto al cual abriga ideas más erróneas. Vamos pues á considerar con atención á qué aspira dicho trabajo, sobre qué descansa y de qué manera debemos aplicarnos á él.

Respecto á sus aspiraciones, fácil es conocerlas recordando las palabras de Jesucristo: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto." Mandato extraordinario para nuestra humana flaqueza, pero también lleno de consuelo y de estímulo, si recordamos que Dios no desea cosas imposibles, y que la gracia correspondiente acompaña siempre á sus órdenes.

Evidentemente sólo se trata aquí de una perfección relativa, humana y no divina. "Dios consideró todo lo que había creado, y todo era perfecto



en su género"; es decir, era tal como Dios quería que fuese conforme á su voluntad. Toda perfección estriba en esto, y es á dicha perfección á la que debemos aspirar.

"Vivo, mas no soy yo, sino Jesucristo quien vive en mí", pudo decir S. Pablo; añadiendo: "Sed mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo."

Ved aquí la *perfección perfecta*, si es dado expresarse de esta manera, la perfección puesta al alcance del hombre. He aquí el trabajo de toda la vida humana en la tierra. Dios se hizo hombre por nosotros, á fin de enseñarnos lo que debemos ser, según el pensamiento divino; y nosotros los hombres, por amor á Dios, para cumplir su voluntad, debemos, según las palabras de San Pablo, convertirnos en "otros Cristos."

Este es el fin del trabajo interior, trabajo llevado á cabo "con el sudor de nuestro rostro", y que parece sobrepasar á las fuerzas humanas, si consideramos que hemos de hacer de nosotros, criaturas, una imagen del Creador; de nosotros, pecadores, una imagen del Salvador.

Dicho trabajo, cansado y muchas veces en apariencia infructuoso durante largos años, es doble; podríasele comparar simultáneamente á la pintura y á la escultura. El pintor mancha el lienzo con los colores, y crea de esta manera los contornos y los matices necesarios á la expresión del pensamiento; el escultor logra su fin por medio de un acto opuesto, es decir, cortando y suprimiendo del mármol

lo que estorba á la expresión de su idea. Hay, por último, un arte que procede de los dos anteriores y que consiste en la pintura de las formas previamente esculpidas. Este da la verdadera idea de lo que debe ser el trabajo del alma que quiere esculpir en ella un retrato fiel de Cristo, desechando todo aquello que se opone á su obra, y corrigirse de sus defectos y de sus imperfecciones, adquiriendo las virtudes y los hábitos que producen aquella semejanza. La sola diferencia consiste en que, en este arte, el trabajo del pintor no es posible sino cuando el escultor ha concluído su tarea, mientras que en el trabajo del alma, los dos actos deben ser simultáneos.

El trabajo espiritual es más fácil para aquellos que se han acostumbrado á él desde la infancia por medio de una buena educación. En efecto ¿qué es la educación sino la ciencia y el principio del trabajo interior? Por lo tanto una buena educación facilita nuestra tarea, pero siendo fruto sobre todo de los cuidados de nuestros padres y maestros, el mérito corresponde á ellos, y nosotros no podemos dispensarnos de una acción personal en el asunto de nuestra salvación, de un trabajo interior personalísimo que constituye nuestro propio mérito. A este trabajo deben aplicarse las palabras de San Pablo, cuando nos dice que hemos de completar "lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo"; siendo esto lo que constituye el "combate" que el Apóstol exige de los soldados de Cristo.

Sólo hay que tener presente, que este combate no se refiere al número, ni á la grandeza de los actos, sino á su valor; no se trata de hacer cosas extraordinarias, sino de cumplir lo mejor posible las obligaciones de cada día.

Estudiemos ahora por dónde debe principiarse el trabajo espiritual, y volviendo á la comparación del escultor y del pintor, veremos que estos artistas comienzan su tarea adquiriendo con cuidado y examinando con detención el modelo conveniente, y procurándose luego la materia é instrumentos necesarios para su arte.

Dios nos ha facilitado todo esto; el modelo, que es Jesucristo; la materia, que somos nosotros mismos; y los instrumentos, que lo son la palabra y la ley divinas, la enseñanza de la Iglesia, los medios que nos procura para santificarnos, y por último, todas las personas, las circunstancias y los acontecimientos en medio de los cuales Dios nos ha puesto.

Nuestro primer deber es, pues, contemplar á Jesucristo, conocer su vida y su doctrina; considerar que El, rey, maestro, creador y juez, cambió, para salvarnos, su celestial morada por este valle de lágrimas; que no vaciló en habitar en el seno de una mujer, en un establo, en una prisión, en la cruz, en el sepulcro, y que desde el pesebre hasta el calvario vivió en la pobreza, el dolor, el trabajo, entre hombres ignorantes, ingratos y perversos; que se hizo niño, obrero, prisionero, már-



tir, víctima; y todo por nosotros, por el hombre.

Jesucristo lo sufrió todo, y apuró hasta las heces el cáliz de la amargura; hizo lo que era menester para nuestra enseñanza, para nuestro consuelo y para nuestra salvación, y por consiguiente satisfizo la voluntad de su Padre.—“*Consumatum est!* ¡Todo está consumado!” exclamó en la cruz; y solamente entonces entregó su alma á Dios.

El trabajo, exterior ó interior, no debe tener otro fin que el de satisfacer la voluntad de Dios, para que en la hora de nuestra muerte, á ejemplo de Jesucristo, podamos decir con tranquila conciencia al someter nuestra alma al juicio divino: “Señor, cuanto nos mandaste hemos procurado ejecutar; todo lo que teníamos que hacer hemos procurado cumplir.”

¡Cuánta importancia tiene poseer un conocimiento, no superficial, sino profundo, del por qué nos ha creado Dios, á qué somos llamados, qué órdenes tenemos que cumplir, y qué exige de nosotros en determinadas circunstancias, antes de ser juzgados por El, y de colocar en la balanza de la justicia divina nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros actos, nuestra vida entera!

Al nacer recibimos, como en germen, junto con la vida, lo que necesitamos para cumplir la misión que nos aguarda, según la voluntad de Dios. Esta misión es diferente para todos, y la obligación del trabajo interior es conocer la voluntad de Dios acerca de los hombres en general y de cada uno

de nosotros en particular. Así que se la conoce, debemos dirigir todas nuestras fuerzas hacia la perfecta ejecución de esta voluntad, rechazando virilmente todo lo que le ponga trabas. Nada es en sí mismo malo ó bueno, deseable ni odioso, pues las cosas no tienen valor sino en cuanto conducen á cumplir la voluntad de Dios.

Además, puesto que en el trabajo espiritual constituimos el objeto, debemos hacer de nosotros mismos, tales como somos, otros Cristos. Nuestras disposiciones naturales facilitarán ó dificultarán el cumplimiento de este deber, pero no pueden dispensarnos de él.

Comprendida la obligación del trabajo interior, veamos cómo debemos practicarlo para que nos conduzca al fin deseado.

Si la medida, el peso y el orden, son necesarios en el trabajo material y en el intelectual, lo son todavía más en el espiritual. Es preciso, pues, conocer los principios según los cuales debe cumplirse este trabajo, y acostumbrarse á aplicarlos con inteligencia.

Estos principios son eternos, porque se desprenden de una verdad eterna, y no hay posibilidad de aprenderlos sino por medio de las palabras de Dios, es decir, por la Sagrada Escritura. Parece, pues, que el trabajo espiritual debe comenzar por la lectura y meditación de las palabras de Dios en la fuente misma; pero como para leer las Sagradas Escrituras se necesitan educación, estudios

preliminares y disposiciones especiales, y estos requisitos faltan en muchos casos, no todos pueden empezar por ahí.

La Iglesia, procediendo siempre como una verdadera madre, confórmase á las aptitudes de cada uno de sus hijos, y se pone al alcance de todos para explicar la palabra de Dios; la verdad de Dios, los mandamientos de Dios, según la facilidad de comprensión y las necesidades de cada individuo. Esta es la misión del catecismo.

Desde la primera página, y en términos accesibles á las más sencillas inteligencias, contesta el catecismo á las preguntas que todos nos hacemos diariamente, y á las cuales ninguna ciencia da respuesta decisiva; preguntas de las que depende la orientación de la vida, y que tienen interés vivísimo para todos y especialmente para los que sufren; ¿para qué vivimos? ¿á dónde conduce la vida? ¿cuál es su fin?

El catecismo nos muestra el fin, y también los medios de alcanzarlo; nos ordena lo que hemos de hacer y lo que debemos evitar; nos enseña la ciencia fundamental de lo bueno y de lo malo, de lo que es digno de ser buscado y de lo que debe rechazarse; nos señala la ciencia sin la cual toda otra ciencia es incompleta. El catecismo forma el juicio, la conciencia, la voluntad, y produce las virtudes que, siendo necesarias para alcanzar la vida eterna, constituyen la única base verdaderamente segura de la vida temporal y de las relacio-



nes sociales. Es la sola ciencia que procura la luz para conocer la voluntad de Dios en medio de los acontecimientos de la vida; ciencia cuyo origen divino está probado con su misma inmutabilidad, con la firmeza de las verdades por ella establecidas, y con el hecho de aplicarse á los tiempos presentes y á las naciones que triunfan en el camino del progreso, lo mismo que á los tiempos más remotos y á los pueblos más atrasados.

El conocimiento del catecismo tiene una importancia de primer orden para los niños, y también para las inteligencias maduras; para los que obedecen, como para los que mandan, y á los cuales no es menos necesario el temor de Dios, "principio de la sabiduría".

Por lo tanto, todos deben dedicarse al estudio del catecismo. Se ha de saber de memoria el de la diócesis, á fin de ser capaces de definir exactamente cada artículo de la fe, leyendo al mismo tiempo otro más detallado, para no limitarse á la letra y penetrar su significación, llenando la inteligencia con el espíritu de la fe.

El conocimiento de la liturgia es también necesario. Hijos de la Iglesia católica, debemos vivir de su vida, ir á su casa, no como forasteros sino como habitantes de la misma, comprender lo que se hace en la Iglesia, y unirnos á ella con el espíritu y el pensamiento; debemos conocer el día de la celebración de cada festividad y á lo que ésta se refiere; comprender cada parte de la misa, el sim-

bolismo de los objetos del culto, saber cuándo y para qué se usan, estudiar las oraciones litúrgicas, y, en lo posible, aprenderlas de memoria, á fin de que todas las ceremonias de la Iglesia tengan su significación viva y no sean para nosotros un cuadro inanimado é incomprensible.

Es preciso saber la historia de la Iglesia desde los tiempos más remotos hasta los más recientes. Un conocimiento perfecto de aquella historia nos permitiría contestar á muchos de los reproches que hacen á la Iglesia sus enemigos, y demostraría á los católicos que si, por desgracia, los Judas no han faltado, sus actos, sin embargo, no pudieron destruir las creencias en el origen divino de la Iglesia, sino que por el contrario las confirmaron, como la traición de Judas contribuyó al triunfo de las enseñanzas de Jesucristo en vez de destruirlas. Dios solo, ó lo que viene de Dios, puede servirse de un ser humano, frágil hasta la exageración, para llevar á cabo y confirmar lo que es santo y divino. Las instituciones terrenales no se sostienen sino en cuanto están dirigidas por hombres inteligentes y virtuosos; en cambio la Iglesia sigue su camino, á pesar del crimen del apóstol Judas, á pesar de la traición, de la indignidad y debilidad de otros Judas, probando con su existencia misma, que una fuerza, no humana sino divina, la sostiene.

Es muy útil leer las vidas de los santos que, con los ejemplos que contienen, pueden incitarnos á

una más animosa y exacta imitación de Jesucristo; y ante todo es necesario estudiar el celo y la fidelidad con que los santos se han esforzado en aquella obra, pero sin pretender imitarlos en todos los detalles de su vida, pues no hay que olvidar que el único modelo para todos es Cristo, porque los santos, por razón de gracias particularísimas y de una inspiración y vocación personal, han hecho cosas imposibles á la generalidad de los hombres, y cuya imitación podría ser funesta para quienes no poseen condiciones especiales.

Las vidas de los santos deben ser leídas con circunspección, buscando siempre las mejor escritas, y escogiendo particularmente aquellas que puedan darnos indicaciones más apropiadas á las circunstancias por que atravesamos.

Es conveniente leer la vida de los fundadores de Ordenes, con objeto de conocer las dificultades que encontraron y los medios que pusieron en práctica para crear congregaciones que, gracias al poder de su organización, han durado siglos; se debe conocer también la historia de los misioneros, para saber lo que han hecho y sufrido por amor de Dios y de las almas; la vida de los santos que han vivido en las mismas condiciones que nosotros y tuvieron que cumplir deberes semejantes á los nuestros; y es muy conveniente también leer la de los santos que se distinguieron en las virtudes que más falta nos hacen, bien porque son opuestas á nuestros defectos particulares, ó



porque se relacionan con nuestros deberes y vocaciones.

Es difícil comenzar el trabajo espiritual por la lectura de la Sagrada Escritura, pero aun cuando, como ya hemos recomendado, se le dé principio por el estudio del Catecismo, hay que tener presente que éste es, ante todo, un compendio de aquélla. La imagen del Nuevo Testamento se encuentra en los libros del Antiguo; la historia de la Iglesia tiene su comienzo en la Sagrada Escritura; en ésta leeremos las primeras vidas de los santos.

Así como un niño, educado únicamente por su madre, al llegar á hombre pide que le sean dadas á conocer las últimas voluntades de su padre y todo aquello que pueda ayudarle al completo conocimiento de aquel ser, hacia quien la madre ha hecho germinar en el alma del niño el amor y el respeto, de la misma manera, para nosotros, hijos de la Iglesia católica, llega un instante en el que se despierta un inmenso deseo de conocer los manantiales mismos en los que bebe inspiración la Iglesia, nuestra madre, para hablarnos de nuestro Padre celestial.

Sabido es que para la lectura de la Sagrada Escritura, la Iglesia ha puesto ciertas condiciones, por culpa de los herejes que la interpretaron falsamente. En la actualidad, como decía el abate Kaysiewicz, el peligro no proviene tanto de una explicación errónea de la Escritura, como de la

tendencia á rechazarla completamente y á negar su origen divino.

En otros tiempos, las prescripciones de la Iglesia eran distintas. Más tarde, Pío IX y después León XIII, al aprobar ediciones de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, recomendaron á los fieles su lectura, advirtiéndoles que de no poder estudiar la Vulgata en latín, debían leer exclusivamente las traducciones aprobadas por la Iglesia, á las cuales va unido un comentario igualmente aprobado. El Papa León XIII concedió indulgencias á todos los que lean la Sagrada Escritura.

Para sacar provecho de esta lectura, debemos dedicarnos á ella, no por vana curiosidad, sino humildemente, con el firme propósito de conocer la palabra de Dios, y de aplicárnosla, sabiendo que no se puede comprender todo, ni juzgar de lo que no se entiende, ni escandalizarse por lo que se leyere.

No se trata de leer la Sagrada Escritura una ó dos veces, ni aun diez ó más; es preciso leerla siempre, cada día, durante toda la vida, no obstante las más diversas ocupaciones y á pesar de las enfermedades y viajes. Se debe tener constantemente á mano una parte de las Sagradas Escrituras, y leerla en el momento preciso fijado para esto, "pues todas las cosas han sido escritas para nuestra instrucción" como dice San Pedro.

Santa Cecilia no se separaba nunca del Evan-

gelio, lo llevaba siempre consigo; Santa Catalina de Sena sentía tanto entusiasmo por las epístolas de San Pablo, que le llamaba su "Paoluccio"; San Jerónimo enseñó á Santa Paula y á otras damas romanas á leer las Sagradas Escrituras, hasta aprenderlas de memoria.

Los alumnos de la Escuela Politécnica de París preguntaban á uno de sus discípulos, que más tarde llamóse el padre Gratry, del Oratorio, cómo era siempre de los primeros en matemáticas y al propio tiempo tan inagotable y original en las cuestiones filosóficas: "Es, contestó, porque cada día, no obstante el trabajo que nos imponen en la Escuela, consagro algún tiempo á leer y meditar la Sagrada Escritura, y de esta manera saco la luz de la fuente misma."

San Bernardo leía atentamente la Sagrada Escritura, conservando siempre el orden en que están escritos los santos libros. En la lectura de unos, hallaba la explicación de las dificultades que había encontrado en los otros.

M. Vigouroux, en su Manual bíblico, aconseja que se lea la Sagrada Escritura de un extremo á otro, á fin de tener una idea del conjunto, pudiendo elegir después sucesivamente los libros de los cuales se desea hacer un estudio particular. Cada lectura renovada aporta nuevas luces y gracias.

El estudio de la fe y la lectura no constituyen por sí solos el trabajo espiritual; no pueden más que servirle de base y de preparación. Una



palabra, aunque divina, es ¡ay! para muchos letra muerta si no se traduce en actos por el esfuerzo de la voluntad. Además, el trabajo espiritual no comienza sino cuando, imbuídos en los principios de la fe, nos esforzamos en hacerlos penetrar en todos los detalles de nuestra vida.

La unión de aquella palabra con nuestros actos, nos obliga á meditar acerca de las enseñanzas de Dios y de la Iglesia, relacionándolas con la situación presente y con los deberes de estado.

La meditación es para la vida espiritual lo que es la contabilidad para la agricultura, la industria y el comercio; en aquella se encuentra el balance moral, es decir, la proporción entre lo que el hombre recibe y lo que da á Dios y al prójimo. La meditación sirve á la vez de espuela y freno; nos enseña en qué dirección hemos de trabajar más y en cuál menos; es para nosotros lo que el timón y la vela son para la barca abandonada en medio de las olas; y gracias á ella logramos aprender de qué manera hemos de obrar para que el verbo de Dios aparezca en nuestros actos "y se haga carne".

"Yo soy el camino, la verdad y la vida" ha dicho Jesucristo. Al buscar incesantemente en el catecismo y en la Sagrada Escritura el conocimiento de Dios, de Cristo, de sus enseñanzas y de sus ejemplos, hay que tener en cuenta, que no podemos aprovecharnos de una manera pasiva de la ofrenda que Jesucristo hizo de sí mismo por la sal-

vación de los hombres, ni olvidarnos de que El, no solamente es el Salvador, sino también el Maestro, cuya doctrina debe servirnos de norma en nuestra vida, el modelo que tenemos que imitar so pena de perder la salvación.

Cuando hayamos comprendido que nuestra misión es conocer á Dios, amarle, servirle fielmente; que nuestro modelo es Cristo, que ha vivido, trabajado y sufrido para conformarse con la voluntad del Padre celestial, y que de esta manera debemos vivir, trabajar y sufrir para cumplir la voluntad de Dios; cuando hayamos profundizado, por medio de la meditación, en el amor, la paciencia, la humildad, los sufrimientos y la bondad de Jesucristo, volvamos la mirada hacia nosotros mismos y examinemos nuestra personalidad humana en la que deberíamos hallar las huellas de aquel ejemplo. Veamos lo que hemos de transformar en nuestro carácter, alejar de nuestra vida exterior é interior, y lo que debemos introducir para alcanzar el fin deseado.

Preguntémosnos de dónde proviene la frialdad en el servicio de Dios y del prójimo, qué es lo que disminuye nuestro celo por el bien de las almas, por la conversión de los pecadores, el cuidado de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la instrucción de los ignorantes, y veremos que todo es obra del egoísmo, del excesivo apego á nuestras comodidades, á cuanto redunde en el propio beneficio. Si queremos imitar á Jesucristo, combata-

mos, pues, el egoísmo, porque Jesucristo ha dicho que aquel que quiera salvar su alma debe, á ejemplo suyo, no escatimarse en el servicio del prójimo.

¿Qué razón nos impide ser “suaves y humildes de corazón“, como Jesucristo nos enseña con el ejemplo y la palabra? ¿Cuál es la causa de nuestra susceptibilidad, de nuestra impaciencia, de nuestros arrebatos, y hasta de nuestro odio? ¿No es el orgullo, la idolatría de nuestros propios pensamientos, de nuestra voluntad y de nuestras inclinaciones? Para imitar á Cristo, debemos pisotear este ídolo; destruirlo, en lugar de conservarlo con afán.

¿Por qué dejamos incumplidos los deberes que Dios nos ha impuesto, sino por pereza ó por sensualidad? Castiguemos duramente las rebeliones de la naturaleza y del cuerpo, y tomando con decisión sobre nuestras espaldas el peso de los deberes cotidianos, llevemos nuestra cruz en pos de Cristo, paso á paso, siguiendo sus huellas, hasta que hayamos cumplido enteramente nuestra misión en la tierra.

Acordémonos, sin embargo, de que el trabajo espiritual, como se ha visto más arriba, tiene un fin doble. Se trata de suprimir aquello que estorba al reinado de Jesucristo en el alma, fomentando á la vez lo que puede ayudarlo.

Con harta frecuencia se exagera uno de estos actos con detrimento del otro. Algunas personas



luchan constantemente con sus malas inclinaciones, apuntan sus caídas con gran dolor, se confiesan y hacen penitencia hasta extenuarse, y al fin se desaniman al ver el poco resultado obtenido. Otras, están llenas de ardor y de celo por las cosas santas, pero tampoco su empeño obtiene resultado, porque no empezaron por donde debían, es decir, por reformarse ellas mismas; según el dicho de la parábola, "construyen su casa sobre arena"; á ellas se refieren las terribles palabras sobre los sepulcros blanqueados, que tienen al exterior bella apariencia y esconden la corrupción por dentro.

En el orden divino, se debe, al mismo tiempo, reformar los defectos y adquirir virtudes, ó mejor, hacer lo uno con ayuda de lo otro. Se triunfa del mal por el bien. No se trata de pecados mortales, que por su gravedad deben evitarse á toda costa, sino de defectos y flaquezas muy difíciles de corregir, y con los cuales se lucha victoriosamente, prescindiendo de ellos para esforzarse en adquirir las virtudes que les son opuestas.

Cada virtud encierra el germen de todas las virtudes, como cada defecto encierra también todos los demás. Puede uno, pues, valerse de la virtud que le es más accesible para alcanzar las que en apariencia lo son menos, ya que todas ellas poseen el germen de las otras.

Un jardinero poco cuidadoso destruye á veces, al arrancar las malas hierbas, las plantas que

quería conservar. Con frecuencia sucede lo mismo en la lucha desordenada contra las malas inclinaciones. Las personas que quieren á cada paso contener sus ímpetus naturales para corregir una imperfección, pierden muchas veces, al mismo tiempo, parte de su actividad y la grandeza de alma tan necesaria en las luchas espirituales; caen en una especie de tristeza, de ansiedad, de timidez; tienen la atención continuamente fija en sus personas, filtran y analizan sus pensamientos y sentimientos, y dan vueltas al rededor de ellas mismas como en un círculo sin salida.

Por el contrario, aquel que basa la reforma de sus defectos en la práctica de las virtudes opuestas, al evitar estos escollos se colocará en las mejores condiciones de progreso.

Si nos damos cuenta, por ejemplo, de nuestra susceptibilidad, de que no soportamos un consejo si contiene la menor censura, de que se nos apodera la tristeza en cuanto advertimos que no somos para los demás objeto de interés, de alabanza ó de lisonja, podrá verse, sin necesidad de gran penetración, que un orgullo grande es la causa de tal estado de ánimo; y si consideramos entonces que todo orgullo es desagradable á Dios, que da su gracia á los humildes y rechaza á los soberbios, fácilmente comprenderemos que debe uno corregirse de aquel defecto.

Pero se trata de saber cómo se ha de llevar á cabo esta tarea difícil. ¿Se ha de luchar con el or-

gullo reprimiendo en todo lo posible sus manifestaciones, confesándolas, haciendo penitencia y llorándolas amargamente? Así es como obran de ordinario las almas de buena voluntad, pero es un trabajo largo é ingrato que muchas veces las desanima y hasta las debilita. ¿Qué hacer entonces?; coger, como vulgarmente se dice, el toro por las astas; recordar que el cielo ha sido prometido á los "violentos"; no concretarse á la lucha pasiva y defensiva, sino tomar la ofensiva.

Se ha de buscar la verdad, amarla, penetrarse de ella, confesarla, darla á conocer, aun á expensas de uno mismo; no fingiendo, ni exagerando, ni desfigurando nada en provecho del orgullo. De la verdad saldrá la humildad. La humildad estará ávida de la verdad, aun que ésta sea humillante, y las humillaciones sufridas voluntariamente, buscadas por amor á la verdad, vencerán al orgullo, del que nadie más que aquélla puede triunfar con tanta eficacia.

Así como el amor á Dios, á la Patria, á la ciencia, á todo aquello que es bueno y exige trabajo, nos obliga á ser laboriosos y á desposeernos de la pereza, el amor á Jesucristo, el homenaje que se rinde á su Pasión, convidan á la mortificación, y la mortificación triunfa de la sensualidad. Del amor á los pobres y á los que padecen, nace el deseo de ayudarles, y la generosidad que esto significa dominará el egoísmo y la avaricia; la ocupación de la inteligencia destruye la vana



curiosidad; el útil empleo del tiempo impide la habladería, y así sucesivamente.

Una meditación íntima de la vida y de las enseñanzas de Jesucristo, puestas en oposición con nuestra vida, nos proporciona el conocimiento real de nuestros defectos é imperfecciones. En el trabajo interior no debe desanimarnos la vista de lo que nos falta, siendo esto una gracia de Dios, una señal de progreso próximo.

No hay en los rayos de sol más polvo que en la sombra, pero la luz permite verlo con mayor claridad y deja limpiarlo, mientras que en las tinieblas no se le puede adivinar ni suprimir. Lo mismo sucede en el orden espiritual; no podremos descubrir y conocer nuestras flaquezas sino mediante la ayuda de la luz divina, y cuanto más luz nos dé Dios, mayor será la seguridad de que no ha de rehusarnos la gracia necesaria para emplear esta luz en la enmienda de nuestra vida.

El conocimiento de nuestras imperfecciones y faltas nos incita al pesar; pesar muy necesario, porque, como decía un santo, es el abono que prepara el alma para que florezca en ella la virtud. Para que el pesar nos dé la resolución y fuerza indispensables á la reforma de la vida, es necesario que, lejos de causarnos desaliento, fomente en nosotros la humildad y la contrición.

Si hay alguna cosa que se dé á conocer por sus frutos, es la contrición. Cuando es perfecta, es decir, cuando proviene de Dios y tiende á Dios, no

se concreta á llorar el pasado, no se pierde en sueños de proyectos para el futuro, sino que conduce á la penitencia basada en la reforma inmediata.

El pasado ya no es nuestro; debemos abandonarlo á la misericordia de Dios. Jesucristo nos ha prohibido ocuparnos del porvenir; no nos da para él luces ni gracias. Por eso las más hermosas resoluciones, hechas para un porvenir lejano, no tienen mérito ni dan fruto, y sólo conducen á perder el tiempo lastimosamente; son castillos contruídos con nieve.

Tan sólo el momento actual nos pertenece y es el único que podemos reformar y hacer perfecto. Pensemos, pues, poco en el pasado y en el porvenir, y ocupémonos del presente, concentrando las luces y gracias que recibimos y la voluntad entera, en el día, hora y momento en que nos encontramos. Realicemos cuantos actos de virtud sean necesarios, sin desperdiciar el tiempo ni la ocasión, y acordándonos de que los más pequeños son casi siempre los mejores, porque pueden hacerse más fácilmente, no excitan la vanidad, pasan desapercibidos de los hombres, y por esto mismo conservan todo su valor ante Dios.

Si deseamos adquirir alguna virtud, no se ha de despreciar ninguna ocasión; cada oportunidad que perdemos es causa de un retroceso, y la Sagrada Escritura dice que aquellos que miran hacia atrás no son propios para el reino de los cielos.

A causa de la corrupción de la naturaleza humana, todo progreso en la virtud es imposible sin el castigo de las inclinaciones naturales opuestas. Ninguna virtud puede desarrollarse si no se mortifica la pasión, ó sencillamente el defecto contrario, de suerte que la práctica de una virtud es una mortificación, como el castigo de una mala inclinación se convierte en un acto de la virtud contraria.

No se puede ser justo sin vencer la codicia y el egoísmo, no se puede ser sobrio sin herir la intemperancia, no se puede ser prudente sin mortificar todos los deseos contrarios á la prudencia.

Al hablar de mortificaciones, no nos referimos á las extraordinarias y excepcionales que se leen en las vidas de los santos, y que requieren una vocación particular y una gracia especial de Dios; se trata de las pequeñas contrariedades, cuya ocasión se nos presenta todos los días y á cada momento. Mortificamos nuestra lengua callando una palabra inútil; la gula, no comiendo ni bebiendo fuera de las horas fijadas; la curiosidad, no mirando lo que no nos concierne; la pereza, trabajando en el momento y lugar que sean precisos.

La meditación debe terminar por un propósito claro y definido, no general. No basta prometernos que seremos mejores, que amaremos más á Dios, que procuraremos adquirir una virtud elevada, que haremos bien al prójimo, sino que es necesario precisar en qué se mostrará ese mayor



amor á Dios, qué virtud nos esforcemos en adquirir, á qué prójimo haremos el bien, y de qué manera lo vamos á practicar.

Puede decirse que las resoluciones poco concretas no deciden nada. El negociante sabe exactamente qué objetos ha de adquirir, el labrador qué frutos sembrará, y el sitio, forma y época de la siembra; en esto consiste la esencia misma del trabajo del labrador, en que no puede dejar á la casualidad ningún detalle, y en que ha de preverlo y decidirlo todo por adelantado.

Acontece lo mismo en el trabajo espiritual. La meditación nos hace ver la virtud de que carecemos y los medios que debemos poner en práctica para adquirirla, lo que se opone á nuestro perfeccionamiento y lo que hemos de combatir para lograrlo. La resolución que se toma, como consecuencia de este trabajo, debe determinar cuándo, es decir, en qué momento del día presente, en qué lugar, á qué persona ó á qué cosa, y de qué manera se hará aquello que la meditación nos ha señalado como necesario.

Estas resoluciones detalladas no excluyen la orientación general del alma, que debe, ante todo, ser el fruto de la meditación, y que se da á conocer, á lo menos en todo caso previsto, por una vida cristiana y por la observancia de los principios de la Iglesia.

El vendedor y el labrador no se contentan con pensar de antemano en el trabajo que han de em-

prender; llevan al mismo tiempo con esmero la contabilidad referente á este trabajo, para saber cuáles son las ganancias, y sobre todo los desembolsos y pérdidas. El cristiano celoso de su progreso espiritual, obra de lo misma manera; en el examen de conciencia de cada noche se da cuenta del número, de la importancia, de la causa y de los efectos de sus caídas, y no concluye el día sin un acto de arrepentimiento y cierta expiación de sus faltas, aunque haya de contentarse con aceptar con espíritu de penitencia todas las contrariedades, fatigas y sufrimientos que ha podido tener durante el día, y que, según San Agustín, aceptados con aquel espíritu, bastan para expiar las imperfecciones involuntarias y hasta los pecados veniales.

Se debe recordar este examen de conciencia hecho durante la noche, en la meditación del día siguiente, á fin de tomar las resoluciones que convengan. En una palabra, es menester examinar en la meditación de cada día la virtud que más particularmente hemos de esforzarnos en adquirir, y la mortificación más necesaria; luego, por medio de un propósito claramente definido, debe trazarse el camino de progreso, y ver, por el examen de conciencia, lo que se adelanta en este camino.



Mas todo trabajo espiritual sería inútil si la oración no le acompañara; solo la oración puede

conseguir la gracia indispensable al trabajo; únicamente ella logrará obtener el sol, el rocío del cielo "que hace crecer la semilla". La oración por sí sola ha dado á muchas almas una sabiduría sobrenatural, superior á la que ellas hubieran podido adquirir por medio de la ciencia y de la meditación. Sin la oración, la ciencia y la meditación, aunque necesarias en el orden habitual de las cosas, no conseguirían provecho alguno.

Así lo comprendieron los Apóstoles; por eso solicitaron del Señor que les enseñara cómo debían orar, dando con esto una prueba de humildad y por consiguiente de sabiduría. Sabían que no es siempre fácil orar, que á veces es empeño harto difícil; reconocieron que eran ignorantes, y buscaron un Maestro. A ejemplo de ellos, pidamos también nosotros comprender sobre qué descansa la oración.

Jesucristo tuvo piedad de la flaqueza de los Apóstoles, y les explicó por medio de las breves y fáciles palabras del Padrenuestro todo lo que debemos pedir y cómo hemos de pedirlo. Les enseñó, en aquel día, especialmente la oración de los labios aplicada á ciertos momentos y circunstancias de la vida y encerrada en palabras precisas, y confirmó esta enseñanza con su ejemplo. Durante cuarenta días oró y ayunó en el desierto; fué á la soledad para orar, nos dice el Evangelio; oró antes de la resurrección de Lázaro, antes de lanzar los demonios, antes de multiplicar los panes; oró en



el huerto de los Olivos, en la cruz al entregar su alma á Dios; oró por sus perseguidores, oró por los fieles. Estas oraciones están recogidas en la liturgia, como también otras muchas que contiene la Sagrada Escritura y que fueron inspiradas por el espíritu de Dios.

¡Cuántas oraciones hay en la Sagrada Escritura propias para cada instante, para cada necesidad: oraciones de súplica, oraciones de acción de gracias! Debe uno penetrarse de su espíritu, aprenderlas de memoria, familiarizarse con ellas. En los momentos difíciles, dolorosos ó alegres, repitamos las que expresan mejor los sentimientos y las necesidades del alma, para sacar de dichas plegarias la luz, la fuerza y la tranquilidad. ¿No es con este fin para lo que las inspiró el Espíritu Santo y nos las enseña la Iglesia? Toda la sabiduría de la vida consiste en buscar consuelo y ayuda en tan abundosa fuente.

Es muy conveniente servirse en las ceremonias litúrgicas y en los oficios, de las oraciones de la Iglesia contenidas en los libros piadosos, pero no hay que contentarse con estos libros, que aunque son á veces muy buenos y capaces de ayudarnos en un momento preciso, pueden cansar con el tiempo, por la forma y hasta por su contenido mismo, pues por muy buenos que nos parezcan, no sustituyen nunca con ventaja á las oraciones de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. Sólo éstas convienen á todos los hombres, á

todos los estados, á todos los siglos, siendo tan gran resistencia á la acción del tiempo, prueba evidentísima de su origen divino.

Sin embargo, hay días en los que la oración concretada en términos definidos se nos hace imposible, y si queremos servirnos de ella en el momento señalado, se experimenta un cansancio inmenso que no nos reporta provecho alguno. Es necesario comprender entonces que la oración, aunque se sirve de las palabras; no depende de ellas, porque descansa, no en el lenguaje, sino en la íntima unión del alma con Dios, y esta unión puede hacerse de una manera absolutamente pasiva y silenciosa. Dicha oración consiste en un recogimiento en la presencia de Dios, durante el cual, y séanos permitido expresarnos de esta manera, el ser humano se abisma en el ser divino. Esto tiene lugar durante la misa, en presencia del Santísimo Sacramento, ó en la meditación; entonces la oración puede ser muy saludable al alma, porque proporciona el entero y alegre abandono en la voluntad de Dios, la indulgencia y bondad para con el prójimo, el cumplimiento exacto de los deberes, el dominio sobre sí mismo, la humildad, la tranquilidad, la serenidad. Por estos frutos se da á conocer y hace apreciar aquel íntimo y piadoso recogimiento.

El precepto de Jesucristo que nos ordena orar incesantemente, no puede aplicarse tan sólo á la oración expresada por palabras, ni aún á la silen-

ciosa que consiste en recogerse de rodillas en presencia de Dios, excluyendo cualquier otra ocupación; este mandato, contenido en las palabras "orad sin cesar", se aplica á todos los órdenes de la vida, á la disposición interior, al recuerdo constante de la presencia de Dios, á los móviles que presiden nuestros actos, á fin de que, según las palabras de San Pablo, "sea que comamos ó que bebamos, hagámoslo todo por la gloria de Dios". En efecto, esta oración debe ser incesante.

El fin del hombre es temporal y eterno; por consiguiente, el fin de toda oración es la unión con Dios por el amor, no solamente en el cielo sino ya en la tierra, en cuanto la debilidad humana lo permite. Esta es la "sola cosa necesaria", elegida por la hermana de Marta, que mereció el elogio de Jesucristo.

Aproximarse á Jesucristo mediante la ayuda de la meditación, del recogimiento y de la oración, despierta el amor hacia El. De su propia boca aprendimos que el amor no descansa en palabras huecas, ni en la sensibilidad, sino en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Al convertirse este amor en móvil de todas nuestras acciones, nos las facilita de tal modo, que la "carga" de Cristo se hace verdaderamente ligera, su "yugo" suavísimo, y todos aquellos actos, aun los más pequeños, adquieren valor infinito, hasta el punto de que por un vaso de agua, ofrecido en nombre de Jesucristo, nos está prometido el reino de los cielos.



“Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón“. Jesucristo, conocido y amado en toda la significación de la palabra, será el tesoro de nuestras almas; habitaremos en El y El en nosotros. El amor á Jesucristo excluirá de nuestro corazón todo amor vulgar, apartará nuestros ojos de todo deseo terreno, y cerrará nuestros oídos á las consideraciones humanas. Comprenderemos con Santa Teresa, que es ávido en demasía aquel á quien Dios no basta. Dios basta á todo: se apodera de la inteligencia, del alma, del corazón; reúne en El todas nuestras facultades, de suerte que, purificados ya sobre la tierra en cierta medida y de cierta manera, gustamos lo que ha sido prometido á los corazones puros: vemos á Dios.

\* \* \*

La confesión y la comunión figuran en el número de los agentes más importantes de la vida espiritual. Mas, por consecuencia de esta misma importancia, existen, acerca de la materia, tantos escritos de primer orden, accesibles á todos, que no haríamos más que repetir de una manera incompleta, lo que ha sido ya tantas veces y perfectamente dicho por autorizados maestros.

Concretémonos á recordar algunas indicaciones que á menudo se olvidan con perjuicio del alma.

Hay que tener presente que la confesión es el sacramento de la Penitencia; busquemos, pues,

en ella, ante todo, la penitencia. El alivio, el consuelo y la alegría resultan ordinariamente de una buena confesión, pero no son el fin ni la condición. Por lo tanto, no es preciso buscarlos, ni tenerles afición, y menos aun juzgar por ellos del valor del Sacramento.

Las mejores confesiones son aquellas que se acompañan de mayor contrición. Para obtener esta contrición no se debe huir de las humillaciones que puedan resultar de una confesión exacta, ni tampoco preocuparse del amor propio. Si se trata de algún pecado de impaciencia, de curiosidad, de envidia, deben declararse las palabras y actos á que ha dado lugar. No es necesario confesarse de las impresiones, de los sentimientos, inclinaciones y tentaciones, sino cuando uno mismo las ha motivado; pero se deben confesar las acciones, palabras y pensamientos, las omisiones precisas, y, al mismo tiempo, las ocasiones de pecado, sino se huye de ellas. Tendremos presente, que las emociones y los sentimientos involuntarios, aunque sean malos ó violentos, no constituyen pecado, pero sí los actos, palabras, pensamientos y omisiones en que consentimos plenamente.

La confesión frecuente es buena, pero las confesiones largas y prolijas son perjudiciales, según aviso de los maestros en la vida espiritual. Confesándose á menudo, es imposible hacerlo con excesivo detenimiento sin caer en el confesonario en

conversaciones que no pertenecen estrictamente á la confesión, y que la perjudican casi siempre. Por lo tanto, conviene confesarse con rapidez y claridad, evitando en la confesión relatos y nombres inútiles.

La confesión no debe limitarse á decir simplemente los pecados; es necesario también dar al confesor una idea de las inclinaciones y deseos que Dios ha puesto en nuestra alma.

El deseo de salvarse es común á todos los hombres de buena voluntad, pero el afán por la perfección y por una semejanza más íntima con Jesucristo, es un don de elección del que habremos de dar cuenta particular. Las luces provinientes de Dios y los dones que hace á las almas no son todos iguales; las luces y gracias que poseemos dan la medida de los deberes que tenemos que cumplir. Si se juzgan las ofensas según las luces recibidas, no son tampoco iguales entre ellas, y lo que no es un pecado grave para uno, puede serlo para otro. Ser infiel á la gracia es enterrar "el talento", acto por el cual castigó Jesucristo tan severamente al servidor de la parábola. El confesor ha de saber qué gracias recibió el alma, para comprender lo que Dios desea de ella, juzgarla con conocimiento de causa y dirigirla conforme á la voluntad de Dios.

El Padre Mariote, del Oratorio, por cuya influencia se instituyó nuestra "Escuela", recomendaba á las personas por él dirigidas, que orasen



continuamente por su santificación y repitiesen muchas veces al día: "¡Dios mío, cueste lo que cueste, santificadme!"; cueste lo que cueste, es decir, á cualquier precio que sea. Aconsejaba además que se nombrase el objeto, el trabajo que se aceptaba con más dificultad. ¿En efecto, puede Dios poner un precio demasiado elevado á cosa que, como la santificación, excede en valor á cuanto ha sido, es y podrá ser?

Si lo más importante de la confesión es movernos á una gran contrición, es menester, para obtenerla, orar fervorosamente antes y después del sacramento. Antes de la confesión consagremos algunos minutos á reflexionar en presencia de Dios acerca de la necesidad de la enmienda, los medios para conseguirla y las resoluciones que se deberán tomar. Pero sobre todo hay que aprovecharse de estos minutos benditos en los que, lavados en la sangre de Jesucristo, no somos ya para Dios objeto de cólera y de repugnancia, sino que tenemos el mayor valor á sus ojos. No debemos apresurarnos á comulgar en seguida de la confesión, como creen equivocadamente algunas personas, temerosas de caer en pecado después de recibida la absolución y antes de aproximarse á la santa mesa; este temor nace ordinariamente de un conocimiento imperfecto del catecismo; en el catecismo es dónde hay que buscar también las instrucciones necesarias para acercarse á los Sacramentos.

El confesor decidirá siempre cuándo conviene comulgar; es preciso atenerse á sus órdenes, no permitirse comuniones más frecuentes sin su autorización, ni bajo pretexto de indignidad alejarse de la sagrada mesa, contrariando su parecer. No recibimos al Señor porque seamos dignos, sino porque Dios es misericordioso, y el hombre, infinitamente miserable, tiene infinita necesidad de esta misericordia.

Después de la comunión, como después de la confesión, no conviene salir en seguida de la iglesia, sino consagrar antes, veinte minutos por lo menos, al recogimiento y á la acción de gracias. En este instante sobre todo, es cuando el alma debe recogerse en la posesión y presencia de su Maestro, volviéndose á El por medio de breves aspiraciones y escuchando lo que El le dice interiormente. No le dirige la palabra, pero fortifica su fe, su esperanza, su amor; la excita á mayor contrición, á resoluciones más eficaces, á un deseo más ardiente de la virtud, á la calma en la ansiedad, al apaciguamiento en el dolor; la confirma en la humildad, dándole su luz divina para conocer mejor la verdad.

Por lo tanto, no se deben leer, inmediatamente después de la comunión, las oraciones de los libros piadosos, que aun cuando incitan al recogimiento, no satisfacen la necesidad de expresar á Dios nuestros pensamientos y deseos pidiéndole su auxilio; no es conveniente en aquellos instan-

tes hablar al Padre celestial con palabras de otros, sino con las nuestras, ni exponerle las penas de los demás, sino nuestras propias aflicciones y necesidades.

La dirección de un buen guía resulta muy útil en el trabajo interior. No será siempre posible que este guía sea el confesor ó un sacerdote, pero se ha de procurar cuando menos que los que han de dirigir á los demás tengan plena conciencia de su misión. Únicamente puede guiar á los otros en el trabajo interior quien de ordinario se aplica á este trabajo y tiene de él cierta experiencia; sólo puede enseñar á vencer las pasiones el que procura por sí mismo vencer las propias; á luchar contra las tentaciones, quien lucha contra las suyas. El guía habitual puede ser, por lo tanto, una buena madre, un buen padre, y hasta un buen esposo, pues ya sabemos que San Pablo encomendó á los maridos la instrucción de las mujeres. Cualquiera persona ilustrada, experimentada y virtuosa, puede servir de guía en el trabajo espiritual ordinario.

Fuera muy ventajoso para el alma, que el confesor nos sirviese también de guía, pero esto no es siempre fácil conseguirlo, pues el mismo San Francisco de Sales nos dice que se debe elegir el director "entre diez mil". Se necesita, en efecto, una sabiduría y una prudencia poco comunes, para que este doble poder de confesor y director, reunido en una sola mano, pueda ser provechoso al trabajo espiritual.



Pero á falta de un buen confesor y de un guía, no debemos trabajar menos en nuestra santificación, utilizando para esto el excelente auxilio de los libros. San Francisco de Sales, privado de director mucho tiempo durante su juventud, adelantó en el trabajo interior, siguiendo las indicaciones del "Combate espiritual" de Scupoli. Muchos otros santos han buscado una dirección en los buenos libros.



Al hablar del trabajo espiritual, no puede pasarse en silencio uno de sus más eficaces recursos: los ejercicios. Es inútil ocuparse extensamente de ellos, porque existen acerca de esta materia muchos y excelentes libros. Además, la dirección de unos ejercicios no corresponde á la persona que los hace, sino al sacerdote que los da, y que si tiene el conocimiento necesario de este asunto, sabe de donde ha de sacar las instrucciones convenientes. Por lo tanto, para la práctica de los ejercicios hay que dirigirse solamente á un sacerdote que posea las cualidades requeridas.

Los ejercicios tienen por objeto exponer en compendio, en cierto número de meditaciones y durante determinados días, toda la enseñanza de Jesucristo. San Ignacio dice que se debe entrar en ellos "todo entero", es decir, con todas las fuerzas del espíritu; permanecer en la soledad, ó lo que es lo mismo, aislarse de todas las preocupaciones,

de los quehaceres y de las amistades; y por último, salir mejorados, ó lo que es igual, con un conocimiento mayor de nuestras obligaciones en este mundo, y con mayor voluntad y más firme propósito de cumplir este deber.

Es muy provechoso para el trabajo interior hacer ejercicios todos, ó cada dos años, y siempre que se han de tomar graves resoluciones, porque ayudan á conocer la vocación, á encontrar la luz en el momento y circunstancias en que se necesita, y contribuyen á la enmienda de la vida, á confirmarnos en la virtud y á santificar nuestra alma.

El viajero que recorre un largo trayecto se llena de polvo, estropea sus vestidos, agota sus fuerzas, y se detendría, sin haber llegado al término de su viaje, si, de cuando en cuando, no tomara aliento y restaurase las fuerzas. Así el cristiano, aniquilado por la lucha de la vida, cae en la disipación y la fiebre, ó en la negligencia y desaliento, y tiene á menudo necesidad de recobrar sus fuerzas, de renovarse espiritualmente, de dirigirse con mejor acierto. Procediendo de otra manera, todos sus afanes serían inútiles, porque al sucumbir bajo el peso de la fatiga dejaría de recoger los apetecidos frutos.

Aquel que, viviendo en esta fiebre ó en esta indolencia, quiera consagrar cierto tiempo á los ejercicios, sacará muchas veces gran provecho. Debemos ser templos del Espíritu Santo, según palabras

de la Sagrada Escritura. San Ignacio, al darnos una serie completa de meditaciones en el orden que deben seguirse, nos enseña cómo hay que construir este templo, desde los cimientos hasta la techumbre.

Aparte de los ejercicios llevados á cabo con todo detenimiento y amplitud, es conveniente consagrar un día cada mes á la renovación de las resoluciones tomadas en aquellos, haciendo un examen de conciencia particular aplicado á este extremo. Los ejercicios mensuales no exigen que se aise uno todo el día; bastan dos horas de recogimiento completo.

La Iglesia, para ayudar á nuestra santificación, nos ofrece, además de aquel, muchos otros medios más ó menos relacionados con el trabajo interior. En primer término encontramos la asistencia á la misa, obligatoria el domingo y días festivos, y voluntaria los demás. Este es, sin duda alguna, el eje de la vida cristiana, y no se inducirá nunca bastante á las personas piadosas á que estudien en los libros todas las partes y ceremonias de la misa, á fin de comprenderlas bien. De esta manera, participando verdaderamente en el sacrificio, al que nos unimos con el deseo y la oración, evitaremos cometer esa especie de sacrilegio, que consiste en asistir á la misa por una piadosa rutina, ó por pasar tranquilamente el tiempo.

De las prácticas de piedad voluntarias, como son las cofradías, asociaciones, peregrinaciones,



etc. no puede decirse más que una cosa: que es imposible tomar parte en todas, y que por lo tanto se deben escoger entre ellas las que conducen más directamente al fin, dadas las circunstancias de cada uno, procurando limitarse á las obligaciones que se pueden atender sin sobrecargar el tiempo y las fuerzas, y sin perjuicio para los deberes de estado. La abstención de estas prácticas no constituye pecado, mientras que es molesto aceptar deberes que por falta de tiempo y de fuerzas se ven desatendidos. Muchas veces estos pretendidos deberes, impuestos muy á la ligera y que se desempeñan febrilmente, perjudican á los verdaderos y faltan completamente á su objeto.



Sea nuestro trabajo manual, intelectual ó espiritual, nada en él debe dejarse al capricho, á la fantasía del momento, á las inclinaciones pasajeras. Mientras más sometamos nuestros actos al yugo de un orden previamente establecido, mayor será el mérito, y mayores también la perfección en la ejecución, la economía de fuerzas y de tiempo, y el equilibrio entre la inteligencia y el alma.

Sabemos que Dios lo ha hecho todo con orden, peso y medida; de la misma manera nuestro Señor Jesucristo no dejó ningún acto de su vida abandonado á circunstancias imprevistas. A ejemplo suyo sujetémonos á los lugares, á las horas y medios adecuados al cumplimiento de cada cosa. Esto nos

ayudará á vencer nuestra natural molicie y apatía, y nos formará en la obediencia y disciplina tan necesarias á todo trabajo. "El hombre obediente será victorioso en sus palabras." (1)

Nada contribuye con tanta eficacia al progreso del trabajo interior, como reglamentar cuerda-mente el tiempo y las ocupaciones, y ser fiel á este reglamento. "Guardadlo y él os guardará", decía el P. Mariote.

Esta distribución del tiempo, en la que habrá de pensarse con previsión nacida de la experiencia, deberá ser la verdadera regla de vida, apoyada en los principios generales del catecismo, y conforme á las circunstancias y deberes del estado de cada uno. No debe nadie apartarse á la ligera de esta regla por cualquier impedimento imprevisto, pues se puede asegurar que, aquel que se acostumbra á observarla con cuidado, conservará en las enfermedades, en los viajes y hasta en un caso de incendio ó de inundación, cierto orden provechoso, el orden que asegura la calma, el dominio sobre sí mismo, la presencia de espíritu, la inteligencia necesaria para la elección de las determinaciones que se han de tomar, economizando á la vez el tiempo, el dinero y las fuerzas físicas.

Dada la importancia de esta regla y el deber de ajustarse á ella, es necesario fijarla con gran atención, rogando al Espíritu Santo se digne ins-

(1) Proverbios, XXI-28.

pirárnosla él mismo. Se ha de tener en cuenta entonces la necesidad de las tres clases de trabajo, y si ordinariamente no se puede consagrar á cada una de ellas el mismo número de horas, destinarles un tiempo bien determinado; no imponerse nunca deberes que no se está seguro de poder cumplir, distinguiendo las cosas que se pueden hacer á horas reguladas, como el lavarse, acostarse, ponerse á la mesa, etc. de aquellas que son imposibles de realizar en un momento preciso; esforzarse en obtener la mayor exactitud posible en aquello que se puede prevenir y fijar, tomándose, no entera, pero sí cierta libertad, en las ocupaciones que nos conciernen exclusivamente á nosotros, y en las cuales el aplazamiento no perjudica á nadie, para lo cual basta determinar con exactitud las horas que se consagrarán al arreglo de la casa, al despacho de la correspondencia, al repaso de cuentas, á leer, á meditar, á los ejercicios de piedad, etc.; y, por último, se debe decidir por qué cosa se ha de empezar, lo que se hará por la mañana, por la tarde y así sucesivamente, dirigiéndose con prudencia, y buscando la medida y el equilibrio, sin los cuales el trabajo supera á las fuerzas, y en lugar de ser provechoso resulta perjudicial.

La prudencia debe enseñarnos á contar con los propios recursos y aptitudes, á fin de someter á ellos nuestros deseos, y de que, trabajando según las fuerzas, se atienda á éstas con inteligencia, y



se las desarrolle por medio del alimento apropiado, del descanso suficiente y de las condiciones necesarias á un trabajo durable. El labrador inteligente no prodiga caricias á su buey ni á su caballo de labranza, pero respeta sus fuerzas para aprovecharlas mejor. El hombre prudente obra de esta manera respecto á sus fuerzas físicas, intelectuales y morales.

Conviene observar que un cambio frecuente de trabajo es saludable en algunas personas, y que, sobre todo para los jóvenes, constituye una especie de descanso, pero en las personas de edad sucede lo contrario. Hay que recordar esto y distribuir las ocupaciones por días, mejor que por horas, consagrando, por ejemplo, un día ó una mañana á escribir cartas, otro á las cuentas y á los negocios, otro al trabajo manual, á las visitas, etc., pero teniendo presente que si no se puede atender á cada uno de estos deberes en un solo día, hay que hacer la distribución del tiempo extensiva á toda una semana ó á todo el mes, con tal de que cada cosa tenga su tiempo apropiado y se desempeñe á su hora.

Antes de acordar definitivamente el reglamento, conviene experimentarlo durante quince días, y ver si lo que hemos resuelto puede ponerse en práctica, á fin de permanecer después fieles á las resoluciones tomadas.

La Sagrada Escritura dice que "hay un tiempo para hablar y otro para callar". Por lo tanto es

importante y provechoso para el trabajo interior, tener un tiempo para la soledad y otro para la vida en común, en familia, en el mundo ó en la sociedad en general. Esto no es siempre posible, ni en igual medida para todos, pero, sea como fuere, hay que procurar ponerse en condiciones de conseguirlo.

Puede decirse que la soledad y la vida en común son, para la vida del alma, lo que el día y la noche, el trabajo y el descanso son para la vida del cuerpo. La vida física cesaría si se interrumpiera el sueño ó la vigilia, pues cada vez que se rompe el equilibrio entre estos dos estados se pierde la salud; así las facultades de la inteligencia y del alma se desvían ó se pierden, cuando en la vida espiritual cesa el equilibrio entre el recogimiento de sus fuerzas en la soledad y su acción en la vida común. Del silencio sacamos la luz y las fuerzas necesarias para vivir en medio del mundo; y en la vida en común encontramos la aplicación de los principios que hemos buscado en la soledad.

Aquel que no quiere ó no logra encontrar tiempo para recogerse, cae en el estado del buey y del caballo de labor, siempre y á todas horas aguijoneados; perderá sus fuerzas, no se desarrollará espiritualmente, no se elevará, no dará de sí lo que debería haber dado, y se le podrán aplicar las palabras de San Juan: "puesto sobre la balanza, hallósele demasiado ligero."

El hombre cuerdo debe tener momentos consagrados á la soledad para acrecentar su provisión intelectual y espiritual, y para librarse del peligro de herir de esterilidad su inteligencia y de agostar su alma; pero por otra parte, hay que tener muy presente que si la soledad rebasa los justos límites, engendra la utopía sin aplicación posible, la ideología sin objeto é infantil porque es inexperta, el egoísmo y el orgullo, la confianza excesiva en las propias fuerzas, y muchas veces una ignorante presunción.

Orar, meditar, instruirse, trabajar intelectualmente son cosas muy buenas y santas, pero Nuestro Señor nos ha ordenado que tomemos los unos la carga de los otros y llevemos nuestra cruz en pos de El. Es, pues, necesario bajar del Parnaso, y hasta del Tabor, á este valle de lágrimas, para llevar su cruz en beneficio del prójimo, y darle el fruto de las oraciones, de los pensamientos y del trabajo solitarios.

Pero no es esto solo. El hombre que vive casi siempre en la soledad no puede conocerse á sí mismo. Si comparamos de nuevo el trabajo interior con el arte del escultor y del pintor, ¿qué artista comenzará á realizar sus concepciones, sin saber las propiedades de la materia que emplea?

“Quien no ha sido tentado no sabe nada“, dice San Pablo. ¿Se pueden conocer las tentaciones de la codicia, de la envidia, del orgullo y de muchas otras pasiones, viviendo en una completa soledad?



¿puede uno darse cuenta de su debilidad frente á estas tentaciones? Se necesita vivir entre los hombres para saber qué sentimientos hacen penetrar en el corazón los diferentes encuentros con ellos, y para combatir inclinaciones que, sin esto, no sospecharíamos siquiera que existiesen.

¿Pueden conocerse "los talentos", según expresión del Evangelio, puestos por Dios en la inteligencia y en el alma para provecho del prójimo, pueden apreciarse los deberes que se desprenden de ellos, si no se nos presenta la ocasión de utilizarlos? Las personas que viven retraídas, pierden muchas veces la noción justa de la vida, de los hombres y de ellas mismas, y concluyen por formarse un carácter triste y extravagante.

Tomás de Kempis, en la *Imitación de Jesucristo*, dice á los religiosos, para aconsejarles que amen su celda, que muchas veces pierden en una hora pasada en medio de los hombres, lo que habían adquirido durante largos años de soledad. ¿No podría decirse de igual manera, que en esta sola hora pasada en medio de los hombres, se han convencido sencillamente de lo poco que adquirieron en la soledad, y del camino que deberían seguir?

El trabajo en la soledad es más efectivo, cuando la permanencia entre los hombres nos ha mostrado lo que le falta; y el trabajo entre los hombres es tanto más fructuoso, cuanto más la soledad le ha dado su verdadera dirección. Siendo la vida solitaria y recogida, para la existencia en

común, lo que un principio es á su aplicación, resulta insuficiente por sí sola, y no obra más que á medias; mientras que unidas la una á la otra, hácese más suaves, más provechosas, y se completan recíprocamente.

La vida en común tiene además una utilidad que no se aprecia bastante y que se mira como un inconveniente, y es que el elogio ó la crítica del prójimo, su escándalo ó su edificación, su severidad ó su benevolencia, su simpatía ó su antipatía, se convierten en una reprimenda ó un acicate, en un freno para las malas inclinaciones y en un estímulo para el progreso en el bien.

Desgraciadamente, muchas veces, el recuerdo de la presencia de Dios y de su juicio no pueden impedir el mal y vencer la tentación. A la mirada del prójimo es á lo que se debe el detenernos en más de una caída. Jesucristo, al ordenarnos que orásemos por nuestros enemigos, pensaba no solamente en la misericordia y en el perdón de las ofensas, sino en el agradecimiento que se debe en particular á aquellos que nos juzgan más severamente y con menos simpatía, á los que mejor observan y critican nuestros yerros, y también á quienes, sin saberlo, nos ayudan muy eficazmente, por medio de sus propios defectos, á corregir los nuestros.

¿Quién nos curará mejor de la ira que un hombre encolerizado, cuya brusquedad nos ofende? ¿Quién nos corregirá de la charlatanería, sino aquel cuya mala lengua repite todo lo que oye?

¿Quién nos salvará del egoísmo, sino el que exige mucho para sí, y busca su conveniencia siempre?  
¿Quién nos librará del amor á la vana alabanza, sino el burlón, el murmurador, el calumniador?  
¿Quién nos mostrará la cumbre de la perfección deseada, sino el adulador que, para ganarse nuestro afecto, exagera nuestras cualidades?

De la misma manera, pueden aprovecharse los defectos y cualidades del prójimo para adelantar en la virtud, si se busca en ellos una enseñanza, una ayuda, la ocasión de conocerse á sí mismo y de adquirir méritos.

Una amistad verdaderamente cristiana puede sernos muy útil para el trabajo interior, así como también frecuentar el trato de personas que, siguiendo un mismo camino, aspirando al mismo fin, se incitan recíprocamente á la esperanza, al valor, y comparten los consejos, las observaciones y los resultados de su propia experiencia. Se ha observado muchas veces que los santos no aparecen aisladamente en ciertas épocas y en ciertos países, sino que cuando brilla uno, están otros muy próximos á iluminar el mundo con sus virtudes. Según las palabras del Apocalipsis, "apoyándose recíprocamente en las alas de la oración se elevan hacia el cielo". Esta ayuda espiritual recíproca, ha sido sin duda una de las causas de la fundación de las Ordenes religiosas. Santa Teresa dice que los esfuerzos comunes son muy útiles á la santificación, y Jesucristo nos ha afirmado que estaría



presente en todo lugar dónde se reunieren, aunque no fueren más que dos, en su nombre.

Los procesos incoados por la Iglesia para la canonización de los santos, demuestran que la gracia de hacer milagros, que ejerce en nosotros un atractivo tan deslumbrador, es muchas veces prueba de santidad, pero no es una condición. La santidad descansa sobre virtudes accesibles á todos, y para alcanzarla es necesario tan sólo el deseo de obrar bien, una voluntad fiel, viril, paciente, humilde y perseverante.

Nos son necesarios la fe, la esperanza y el amor: la fe en Dios y en todo lo que la Iglesia nos manda creer; la fe en nuestro engrandecimiento personal y nacional, y por consiguiente en la eficacia de nuestro trabajo acerca de este extremo; la fe en la gracia de Dios, indispensable para conseguir el triunfo en toda lucha emprendida en su nombre; la fe viva y activa que penetre de su influencia nuestra existencia entera y todos nuestros actos, y nos ponga á cubierto del reproche del poeta (1) "estáis faltos de corazón y de alma".

Es necesaria la esperanza, tan difícil para nosotros, los pobres, los vencidos, los perseguidos. "Os será dado según vuestra esperanza", ha dicho la Sagrada Escritura. Por lo tanto, sea que se trate de nuestra santificación ó de nuestro engrandecimiento nacional, repitamos con Job: "Aunque Dios me matare, no cesaría de esperar en El."

(1) Mickiewicz, *Oda á la juventud*.

Es necesario el amor, que dimana siempre de la verdadera esperanza y de la verdadera fe, que facilita la lucha, endulza la fatiga, que no se cansa jamás, ni se deja vencer.

Son necesarias también la justicia, la prudencia, la templanza y la fortaleza:

La justicia, para dar á cada uno lo que le pertenece, y de esta manera servir á Dios cumpliendo su voluntad, servir á su patria extendiendo el reinado de Dios, servirse á sí mismo haciéndose mejor y santificándose;

La prudencia, para encaminarse hacia el fin necesario por los medios precisos;

La templanza, para usar de todas las cosas solamente en cuanto nos ayudan á alcanzar el fin;

La fortaleza, porque "Dios ama á aquel que da con alegría" y promete el triunfo á aquel que lucha con valor.

Es necesaria, por último, la perseverancia; sin ella todos los trabajos no conducen á un fin práctico; pero no basta la perseverancia pasiva, que es para nosotros una cualidad natural y constituye la fuerza indestructible de nuestra nación, es preciso que nos esforcemos en tener una perseverancia activa, perseverancia en el trabajo, en el estudio, en la oración.

"Aquel que perseverare hasta el fin, se salvará." (1)

(1) San Mateo, xxiv, 13.

# VARIAS OBSERVACIONES

CONCERNIENTES Á NUESTRAS ALUMNAS

---

No sabríamos dar término á estas reflexiones acerca del trabajo, sus categorías, su modo y su fin, sin añadir algunas palabras dirigidas especialmente á nuestras alumnas, á las que, tanto como á nosotras, interesa comprender la importancia que tiene el trabajo para esta vida y para la otra. En la medida de nuestras fuerzas, procuramos inculcar, de la mejor manera posible, estos conocimientos en el corazón y en la conciencia de las alumnas durante su estancia en nuestra escuela, pero la tarea es difícil, porque dicha estancia no es por lo regular bastante larga, para que las interesadas puedan aprender fielmente los principios que se les inculcan, y penetrarse sus almas de unas enseñanzas que no da la práctica sola, más propia á falsear la conciencia que á formarla. Además, estas alumnas, así educadas incompletamente, de regreso en sus casas, no sabiendo, aunque estén llenas de los mejores propósitos, adaptarse á circunstancias diferentes, se verán expuestas á penosas y desalentadoras desilusiones. Para



preservarlas de ellas quisiéramos convencerlas de la siguiente verdad: que si nadie tiene derecho á sustraerse al trabajo y al servicio de Dios, no se debe olvidar tampoco, que los modos de trabajo, es decir, las vías que conducen al fin, difieren tanto como las condiciones en que puede encontrarse el hombre, que en las circunstancias que es imposible cambiar, hay que ver un signo de la voluntad de Dios, y que debemos conformarnos con ellas pacientemente, sin murmurar.

No sólo el género de trabajo, pero ni siquiera el mismo trabajo, sea cual fuere, es el objeto de la vida, sino solamente un medio para conseguir el fin último; por lo tanto, lo mismo en el trabajo, que en el tiempo y medios de su desempeño, hay que conformarse á estas reglas tan sencillas: no empezar por donde se debería terminar; no diferir lo que no admite demora; no emprender un trabajo voluntario, sin haber concluído antes la tarea obligatoria; no dedicarse con precipitación á una labor remota, antes de haber satisfecho el deber inmediato; no arrojarse impremeditadamente al asalto de los obstáculos, en lugar de desempeñar en conciencia las obras urgentes y fáciles; no querer ser liberal á expensas de la justicia; no soñar en todo el bien que sea posible conseguir en las mejores condiciones existentes; no perder las energías en preocupaciones por lo venidero, sino aprovechar con cuidado el minuto presente, haciendo lo que ordenan el tiempo y las circuns-

tancias. Esto solamente es lo que requiere el orden de las cosas; "satisfacer las obligaciones de derecho natural antes de emplear su actividad en otra esfera".

Cuando un hombre, joven y rico, fué en busca de Nuestro Señor preguntándole lo que tenía que hacer para salvarse, el divino Maestro le dijo, que, en primer término, debía observar los mandamientos; y cuando el joven manifestó que era fiel á ellos desde su infancia, Jesucristo añadió: "Si queréis ser perfecto, renunciad á todo y seguidme."

Cuando advirtamos en nuestras alumnas un noble celo por el estudio, por el bien público, por las obras de caridad, demos gracias á Dios con alegría por semejante gracia, pero esforcémonos al propio tiempo en fijar la atención de aquellas acerca de este extremo: que deben comenzar antes que nada por lo que es un deber, una obligación estricta. La bondad, la ciencia, la prudencia, el celo, no pueden fundarse sobre las ruinas del orden divino, sino que deben apoyarse en su puntual observancia.

Nuestro Señor nos lo enseña, no solamente de palabra, sino también con el ejemplo. No sabemos más detalles de los treinta primeros años de su vida sino que "estuvo sumiso á sus padres y creció en sabiduría delante de Dios y de los hombres". Su venida al mundo no tenía más fin que la obra llevada á cabo durante los tres últimos años de su vida, y, no obstante, para predicarnos con el ejemplo,

se prepara á su misión, por espacio de treinta años, por medio de la obediencia y una vida ignorada.

En todo orden de cosas, el éxito de una obra resulta tanto mayor cuanto mejor preparada ha sido; y esto se observa más aún al tratar de prepararse, de cultivarse á sí mismo. Dedíquense á esto cuanto antes nuestras alumnas con el mayor ardor, y no deploren el tiempo y trabajo consagrados á su formación por el previo ejercicio de las virtudes que responden á su estado, y por el concienzudo cumplimiento de las obligaciones más inmediatas.■

Mientras las jóvenes habitan la casa paterna, deben, ante todo, dedicarse á sus padres. ¡De qué utilidad puede ser para éstos una joven instruída y laboriosa! ¿Quién más apta que una joven, ya crecida, para ayudar y sustituir á la madre de familia? A veces se quejan nuestras alumnas de que sus madres no se dejan reemplazar. ¿No consistirá esto en que dichas jóvenes, apenas han puesto manos en el trabajo, en lugar de ayudar, de reemplazar á su madre, quieren, con la inesperienza habitual á la juventud, dirigir en seguida con libertad, no soportando siquiera las observaciones maternas, y siendo causa, por falta de orden y de perseverancia, de trastornos tan grandes, que no tienen compensación en el servicio prestado? Nada extraño es entonces que las madres no deseen semejante ayuda y prescindan de sus hijas.



Una joven debe ser en casa de sus padres la confidente y la consejera de toda la familia. Con frecuencia se apenan las hermanas por los extravíos de sus hermanos. ¿Qué intentaron ellas para evitarlos? Cuando el mal está hecho, buscan remedio: trabajo inútil. En ocasiones, muy raras, pero en fin, algunas veces, una novia convierte á su novio y una mujer salva á su marido; una hermana no convierte á su hermano, si se apartó éste del camino recto; no lo salva, si ha perdido la fe; pero puede gozar cerca de su hermano una confianza de que no disfrutaban la esposa, la hija y la madre. Desde su primera infancia, y también más tarde, puede, debe ser para él una amiga enérgica, paciente, fiel y abnegada. Una hermana debe estar unida á sus hermanos hasta el punto de poder acudir, en la medida de lo posible, á todas sus necesidades, de ser la confidente de sus secretos, la mediadora entre ellos y sus padres; debe ser capaz de conocer, con las indicaciones necesarias, sus libros y cuadernos; debe coger gustosa la pluma ó el lápiz para escribir ó dibujar lo que á veces no son aquéllos capaces de hacer; su aguja debe estar siempre pronta á remendar lo que han roto; y debe en toda ocasión ingeniarse para confortar, sostener, consolar, distraer y animar á sus hermanos. De esta manera, sin recriminaciones, con su carácter bondadoso, ganará su amistad y su confianza; logrará, sin decirles una sola palabra, retenerlos en el hogar doméstico á la salida de la

escuela y del trabajo, y será su ángel custodio, preservándoles de numerosos é irreparables extravíos.

Recíprocamente, son los hermanos muchas veces para sus hermanas excelentes consejeros y verdaderos protectores, así en las cosas pequeñas como en las más trascendentales. Están dotados aquellos de una extraordinaria sagacidad para descubrir en sus hermanas toda falta de rectitud, ridicularizar sus pequeñas afectaciones, sus adornos rebuscados, comunicarles una energía varonil, alejarlas de las malas lecturas, de amistades y relaciones peligrosas.

Es preciso que no se disgusten las hermanas por la franqueza de sus hermanos, ni siquiera por su censura; que la reclamen más bien y se aprovechen de ella, viendo únicamente en la dureza de la crítica, la prueba de un sentimiento de solidaridad familiar.

Al hablar de los hermanos nos referimos á los hermanos propiamente dichos, y no á los primos (1); pues puede afirmarse sin vacilar, que toda la severidad que de ordinario muestran los hermanos ante todo lo que podría ser perjudicial á la reputación y á la dignidad de sus hermanas, falta por desgracia á los primos, quienes precisamente proceden en sentido contrario.

Las jóvenes que se figuran que en el matrimo-

(1) En Polonia se llama hermanos carnales á los primos hermanos.

nio, ó en una situación independiente, sabrían utilizar el tiempo, mostrándose buenas esposas, buenas madres y perfectas mujeres de sociedad, deben persuadirse de que, si no saben aprovecharlo en los años de la juventud, lo desperdiciarán en grande después de su matrimonio; si no son buenas hijas y buenas hermanas, no podrán cumplir más tarde los deberes que les incumban; si no saben ayudar á sus padres en el gobierno de la casa, carecerán de cordura para gobernar la suya propia. Quien pretenda armarse para las luchas futuras, debe en primer lugar aprender á responder en conciencia á las obligaciones del momento.

Además de los deberes hacia los padres, hermanos y hermanas, ¡cuán importante fuera para las jóvenes el emplear los años preciosos de la juventud en su propia educación! ¡Qué bien podrían instruirse en su casa, con su madre, si en lugar de perder el tiempo leyendo medianas ó repugnantes narraciones, quisieran aplicarse al estudio, completar los conocimientos adquiridos en el colegio, y ejercitarse en todo lo que puede servirles en el curso de la vida!

Una mujer casada tiene de ordinario el tiempo, las fuerzas, todas las facultades del espíritu, todos los resortes del alma tan absortos, que el estado de su alma permanece tal como era en el día de la boda, ó mejor dicho, en el día en que se prometió en matrimonio. Con el transcurso del tiempo, y por medio de lecturas serias, enriquece á veces sus



conocimientos, pero durante los primeros años de matrimonio, cuando un marido joven tiene mayor necesidad de confidente, de consejera, "de ayuda" según la palabra de Dios, de un sostén ilustrado, ve ante sí una mujer cariñosa, llena de abnegación, pero por completo limitada. Más tarde los hijos, en la época de sus estudios, tendrán una madre incapaz de guiarlos en su trabajo y hasta de comprender lo que constituye su objeto; y los maestros, institutrices y criados, advertidos de la ignorancia de aquella mujer, la apreciarán en la medida de su escaso valer personal.

La falta de cultura intelectual, la irreflexión, la ineptitud para apreciar seriamente sus actos, producen en la vida de la mujer otros tantos resultados negativos. Algunas, conscientes de su insuficiencia, se vuelven tan timoratas, tan poco confiadas en sí mismas, que nunca se atreven á decidir nada por su propia razón, aun en el caso en que su buen criterio las permite juzgar perfectamente. Otras caen en el extremo opuesto; poseyendo un horizonte intelectual sumamente limitado, no admiten que las miras de la inteligencia puedan alcanzar más allá de las futilidades que llenan su cabeza y absorben su tiempo. Tales mujeres son, por su locuacidad, un azote para los que las rodean.

¿Quién puede dedicarse en casa á un trabajo serio, cuando semejante habladora, falta de seso,

tiene siempre alguna cosa que charlar, que contar, que pedir, de que enterarse?

El único remedio á este azote es la cultura intelectual. Pero esta cultura es imposible sin estudio; el estudio imposible sin recogimiento, y por lo tanto sin silencio. Por esta razón procuramos con todas nuestras fuerzas enseñar á las alumnas la evidente y absoluta necesidad del silencio, al menos una hora ó dos al día. Quisiéramos convencerlas de que no podrán decir nada cuerdo y provechoso, si no se procuran nunca un momento para callar y ver qué pensamientos merecen ser expresados.

No se deduce de esto que, de regreso al hogar, deban imponerse ciertas horas de silencio, como está prescrito en nuestra casa durante las lecciones y el trabajo. Sólo es necesario que aprendan á decir con claridad, reposadamente, en el momento debido, de manera oportuna, lo que importa decir, á quien le convenga oírlo; y que se abstengan de decir sin reflexión, sin motivo y sin objeto, cualquier cosa á cualquiera persona, sin saber elegir ni el sujeto de la conversación, ni el momento oportuno para expresar lo que se les ocurre.

Además de la cultura intelectual, deben adquirir las jóvenes, bajo el techo paterno, la experiencia de la economía doméstica, que les evitará muchos sinsabores en el transcurso de la vida. Es digna de lástima la mujer que se ve obligada

á instruirse, delante de su marido y de sus criados, de lo que ya debería haber aprendido de soltera en su casa.

Hemos observado con frecuencia que nuestras alumnas, especialmente aquellas que han permanecido aquí poco tiempo, se aficionan con exageración á los diversos procedimientos de trabajo manual que usamos entre nosotras.

Siendo el fin de nuestra escuela la enseñanza del trabajo, elegimos, como es deber nuestro, los procedimientos que dan mejores resultados en toda dirección; tratándose de jóvenes sin hábitos adquiridos y sin prevenciones, no encontramos en ellas ningún obstáculo; de suerte que ponemos en práctica todos los nuevos métodos perfeccionados, de donde resulta una gran economía de tiempo, y, por consiguiente, de dinero.

Pero es claro que sucede lo contrario cuando se trata de cambiar las costumbres habituales de esas colaboradoras. En este caso conviene observar en todo cambio una gran mesura, tanto mayor cuanto que la innovación puede no convenir á condiciones diferentes. En primer término es necesario considerar bien lo que está ya establecido, examinar con atención todas las circunstancias, y empezar por el mejoramiento de las cosas existentes, antes de hacer innovaciones. A cada país sus costumbres. El que pretenda introducir cambios, debe contar con los usos locales. Además, comenzar una empresa por un ensayo in-



fructuoso, es hacer más difícil, y á veces imposible, todo empeño futuro.

Quisiéramos llamar la atención de nuestras alumnas acerca de la extremada reserva que deben observar de vuelta al lado de sus padres, en la expresión de su modo de sentir, relativo al gobierno de la casa y á los arreglos domésticos. Que no se lancen á ningún experimento, si no están seguras de poseer las condiciones necesarias y los conocimientos requeridos; que hagan la prueba, primero en pequeña escala y en mínima cantidad, y, si es posible, sin testigos, ó en presencia de personas muy indulgentes; que la repitan hasta obtener buen resultado. Uno, dos, tres éxitos sucesivos, les darán esa confianza que todo lo hace más fácil.

Nuestras alumnas aprenden á trabajar en condiciones favorables; puede ser que encuentren menos comodidades en sus casas. En este caso, que se acuerden de prevenir, combinar, preparar de antemano la ejecución del trabajo emprendido, ante el temor de que la irreflexión ocasione el fracaso, á consecuencia de la falta de tal ó cual cosa necesaria; que procuren disponer su labor de manera que no incomode á nadie, evitando toda molestia inútil á los criados, y todo gasto superfluo á los padres; que se dediquen á sus experimentos domésticos, sin ruido, como conviene á las novicias; “El ruido no hace bien, y el bien no hace ruido“, dice un proverbio francés.

Nos hemos impuesto, como una de nuestras principales tareas, la de persuadir á las alumnas, por medio de nuestros ejemplos y palabras, á que comprendan el provecho y la importancia de todo trabajo, así sea el más vulgar, como el más humilde. Quisiéramos inculcarles la convicción de que el trabajo manual, aceptado de buena gana, no solamente no perjudica á la cultura del espíritu y del alma, sino que no hay nada más propio para formar el carácter y desarrollar el sentimiento del deber, junto con estas dos cualidades tan preciosas en la vida: la habilidad y la iniciativa.

Con este fin las obligamos, entre otras cosas, á servirse á sí mismas. Esto no quiere decir que de vuelta al hogar doméstico deban, como algunas se figuran, limpiar la casa desde el granero á la bodega, con notorio y justificado disgusto de sus padres. En esto particularmente es en lo que se necesita muchísimo tacto.

La costumbre de servirse á sí mismas, que nuestras alumnas deben adquirir en nuestra casa, les será muy provechosa más tarde en cualquiera situación en que se encuentren, aunque no fuera más que para ponerlas en disposición de saber lo que pueden y deben exigir de sus sirvientes. Pero la aplicación de estos conocimientos depende en cada caso del estado de fortuna y de la posición doméstica.

En las casas donde no hay más que una ó dos criadas, y donde la madre de familia se ocupa

mucho personalmente de todos los detalles de la labor doméstica, las hijas deben primero servirse á sí mismas, después ayudar y suplir á su madre en cuanto les sea posible, y por último ayudar también á los criados, encargándose de una parte de sus obligaciones y vigilando su trabajo. En cambio, si la familia es opulenta y el servicio numeroso, resultará una tontería ocuparse del trabajo que incumbe á los criados; entonces conviene tener presente que todo servicio, todo auxiliar, como dicen en América, debe tan sólo permitirnos dirigir nuestras fuerzas en otra dirección, pero no fomentar la pereza.

Aunque se descansa en la labor de los criados, importa no imponerles inconsideradamente y por falta de método un trabajo superfluo, y para evitar esto, es preciso, según se ha dicho más arriba, tener en orden, por lo menos los objetos personales: libros, papeles, música, dibujos; arreglar de cuando en cuando las propias chucherías; en una palabra, ser una joven ordenada y de recursos, aunque no fuera más que para acostumbrarse á toda clase de trabajo, porque ¿quién puede prever lo que le espera en la vida?

La falta de discernimiento entre el fin y el medio, puede reproducirse en todas direcciones, hasta en la misma vida espiritual. Por lo tanto, también respecto de esto conviene disuadir á nuestras alumnas de que intenten establecer de vuelta á sus casas cuantas costumbres han hallado en la nues-



tra. Que se atengan á los principios inmutables, y no se aparten nunca de ellos; y en cuanto á su aplicación, que sean "suaves como palomas, y prudentes como serpientes, mujeres fuertes", pero afa- bles y sumisas, no tercas y quisquillosas.

Para explicar mejor esta idea, presentemos algunos ejemplos.

Sucede que, acostumbradas nuestras alumnas á oír la Santa Misa, aun los días ordinarios, quieren perseverar en esta práctica de devoción al verse de nuevo al lado de sus familias, y si la distancia considerable que las separa de la Iglesia, la imposibilidad de salir sin ser acompañadas, ó la voluntad de los padres ó tutores se oponen á su deseo, piensan que el camino de la piedad se les cierra. Olvidan que la piedad consiste en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y que si Nuestro Señor nos ordena orar incesantemente, ningún mandamiento de Dios ni de la Iglesia nos obliga á oír la Santa Misa todos los días. La Iglesia nos manda asistir los domingos y fiestas, y hasta nos dispensa de este deber por razón de cualquier grave obstáculo; mas un mandamiento de Dios, del cual nadie puede dispensarse, impone á los hijos el respeto á sus padres, y, como consecuencia, la sumisión á su voluntad.

Del propio modo, pudiendo las alumnas en nuestra casa acercarse á los sacramentos cada vez que lo desean, se afligen y se desaniman cuando en el seno de sus familias encuentran alguna di-

ficultad acerca esto. Y, sin embargo, la recepción de los sacramentos no es tampoco un fin hacia el cual se deba aspirar en contra de todo; no es más que un medio, y todo medio no es deseable sino en cuanto es eficaz, es decir, si conduce al fin, en lugar de apartar de él. Si las confesiones frecuentes, lejos de fortalecer el respeto debido á los padres, la sumisión, la deferencia y la paz doméstica, producen resultados opuestos, evidentemente es necesario renunciar en seguida á esta práctica, por mucho que lo sintamos.

Sabemos que en la imposibilidad de recibir el bautismo, el vivo deseo del Sacramento lo reemplaza eficazmente. Sabemos también que la condición principal de la confesión es la contrición; ninguna circunstancia puede impedir el tener contrición, aun la más perfecta. La confesión sin contrición, cuando menos imperfecta, no es válida; mas la contrición y el firme propósito, aun sin confesión, cuando ésta es imposible, bastan para obtener la misericordia de Dios y la remisión de los pecados. "No despreciaréis, ¡oh! Dios mío, un corazón contrito y humillado."

Hay jóvenes que de regreso á sus casas, no habitando un aposento particular y no teniendo nunca, según afirman, ni un solo instante de tranquilidad, se apenan al no poder hacer la meditación, cuyo hábito han adquirido en nuestra escuela, atribuyendo á esta causa la pereza espiritual que las domina. Aseguran que les es imposi-

ble hallar un momento de reposo para recogerse y orar.

Indudablemente, una vida demasiado agitada, en la que todo se cruza en desorden, sin interrupción, como en una encrucijada, es bajo todos conceptos más perjudicial de lo que pueda imaginarse, y debemos exhortar á nuestras alumnas á tener un rinconcito propio, ó por lo menos un instante disponible. Sin embargo, aun admitiendo las peores condiciones, no es verosímil que nadie se encuentre nunca en circunstancias tales que no pueda hacer su oración mañana y noche; y en cuanto á la meditación, parece también imposible que, con buena voluntad, no se logre encontrar un momento libre para leer algunos versículos de la Sagrada Escritura, de la Imitación ó de otro libro piadoso, y para reflexionar acerca de esta lectura.

Dicen que Daguesseau compuso una de sus obras en los momentos en que esperaba á su mujer para sentarse á la mesa ó para salir. Que aprendan nuestras alumnas á aprovechar estos ratos perdidos, en lugar de malgastarlos, y se aperibirán entonces de que son muchos, y de que dónde está la voluntad, se encuentra también el poder.

Se puede meditar cosiendo, trabajando, bien sea en el jardín ó en cualquiera ocupación; se puede meditar durante el paseo, en coche, esperando á alguien. Además no es indispensable bus-



car en un libro el sujeto de la meditación; todo lo que cae bajo la vista, puede servir, siempre que se quiera utilizarlo.

Algunas jóvenes se quejan, á veces, de que los padres exponen su salvación, obligándolas á frecuentar el mundo. Desgraciadamente puede haber en esto mucho, ó por lo menos algo, de verdad. Deseosos algunos padres "de asegurar el porvenir" de sus hijas, no son siempre lo bastante delicados en la elección de los medios que pueden conducir al fin. Es cierto que estas exhibiciones representan á veces en la vida de una joven un verdadero martirio, agostando en sus mejores años la salud, el espíritu, el corazón y el alma con miras de muy dudosas ventajas. Pero admitiendo una vez más las peores conjeturas, esas jóvenes, víctimas de estas relaciones mundanas, ¿no podrían aplicarse las palabras de San Pablo, y usar del mundo como si no usasen de él?

Es posible tener en el mundo relaciones fútiles y peligrosas, y sin embargo conducirnos piadosamente y por Dios, como es posible también asistir á las reuniones, haciendo el bien, "benefaciendo", como se dice de Nuestro Señor. ¡Hay en el mundo tantas personas desgraciadas y afligidas, á las que sólo con muestras de benevolencia, de estimación, de simpatía, con palabras y procedimientos afales, puede hacérselas continuamente objeto de obras de misericordia!

Además, es cierto que las relaciones mundanas

son ocasión de pecado, pero en sí no pueden ser calificadas de pecado. Las jóvenes están obligadas á obedecer á sus padres, mientras éstos no les ordenen nada contra su conciencia; la joven que frecuenta el mundo, no por su propio agrado, sino por mandato de sus padres, se conforma con la voluntad de Dios; por consiguiente es agradable á Dios, tanto más cuanto que no hace mal alguno con su presencia, y que el valor de su conducta estriba en los motivos que la inspiran. No existe ninguna situación, ninguna circunstancia en que no se pueda reflexionar, amar, sufrir, orar en conformidad con la voluntad de Dios.

Deben contarse entre las buenas obras que se pueden practicar en el mundo, y de las cuales no han de desentenderse las jóvenes, la obligación de dar á cada uno lo que le es debido; el respeto á quien merece el respeto, la amistad á quien es digno de ella, y viceversa; saludar de diferente manera á aquel que deja el arado con el cual se esfuerza en salvar su patrimonio, que al que acaba de perder en el juego ó en la ruleta su fortuna y su reputación á la vez; con otro afecto al que con el sudor de su rostro come un pan, fruto de ruda labor, que al que se embriaga cada día con alcohol ó morfina; de un modo distinto á quien consagra su vida al servicio de su país y de sus compatriotas, que al que por pueril fanfarronada juega en duelo su vida y la del prójimo.

No se deduce de esto que hayamos de empren-

der la reforma, la corrección del mundo entero, pero sí que deben rehusarse amistad, relaciones, toda clase de trato á quien ha perdido el derecho á la estimación de sus semejantes, y no ha hecho nada en prueba de que merezca recobrarla.

Este valor cívico forma la conciencia social, el juicio público tan excepcionalmente necesario para nosotros, tan provechoso á veces.

Quisiéramos llamar una vez más la atención de las jóvenes acerca de este extremo: que podrían librarse de muchos peligros y tropiezos en el mundo, si reinara perfecta inteligencia entre ellas y sus padres. Pero ¡ay! ¡cuántas veces un extraño obstáculo, una casi imposibilidad se opone á esta inteligencia! No nos incumbe discutir las razones en que se fundan aquellas dificultades por parte de los padres; pero celebraríamos de todo corazón que no surgiera ninguna de parte de las jóvenes.

Dios ha confiado á los padres, especialmente á las madres, el cuidado de sus hijas; los ha constituido en guardianes de sus hijos. Pero para que una madre pueda cumplir este deber, necesita absolutamente que el corazón de su hija le sea abierto de par en par. Si la joven no deja penetrar á su madre en los repliegues de su corazón, ¿podrá ésta guiarla á tientas? Dios no da gracia ni luz á quienes no saben apreciarlas. Conocemos la formidable sentencia de Nuestro Señor acerca de las perlas, que no conviene echar delante de



los puercos, porque las pisotearían; ¿qué tiene de extraño que Dios rehuse á los padres las luces necesarias para guiar á sus hijos, cuando éstos no les demuestran la confianza requerida?

Es cierto que cuando el impulso del corazón no facilita las confidencias, son éstas, á veces, difíciles, pero no imposibles; en todo caso, deben las jóvenes reiterar sus propósitos con perseverancia, y sin desanimarse, aunque no sean siempre inmediatamente comprendidas. Refieran cada día á las madres sus pensamientos, sus deseos, sus temores, lo que les ha sucedido, lo que han visto, oído, sufrido, y con el tiempo sacarán de estas expansiones singular consuelo y fortaleza. Sean las hijas verdaderas hijas, y las madres serán verdaderas madres; de esta manera las relaciones mutuas se suavizan, se santifican. Este consejo puede parecer ridículo, pues acaso se debería empezar por las madres, y, no obstante, la experiencia enseña que las cosas suceden según el orden que hemos indicado.

Insistamos otra vez en el asunto de las reuniones mundanas, para decir á las jóvenes que no hagan recaer en sus padres toda la responsabilidad de semejantes compromisos; que reconozcan que muchas veces tienen ellas mismas la culpa, sea por su aburrimiento ó por su ociosidad en la casa, ó porque, mostrándose á cada paso descontentas de su situación, obligan por este medio á sus padres á buscarles otras condiciones de existencia. Estas

jóvenes, agriadas y aburridas, á quienes sus padres, con justo motivo, quisieran casar cuanto antes para verse libres de sus impertinencias, se preparan la triste y humillante situación de "jóvenes casaderas", buscando y rebuscando un marido con más empeño que si buscasen un tesoro. Quisiéramos acudir en auxilio de estas jóvenes, para que no acepten nunca semejante situación.

Se dice comúnmente que los casamientos están escritos en el cielo. Si el cielo se ocupa de combinar estas uniones, seguramente se cuida también del momento oportuno; ¿por qué pues tanta prisa en ponerse bajo el yugo, antes de estar en disposición de llevar su carga?

Además, siendo el hombre quien busca á la mujer y procura captarse sus simpatías, no debe alterarse el orden de las cosas; un marido, ama, respeta, considera más á una esposa cuyo afecto ha conquistado, que á aquella que casi forzó su consentimiento. Las mujeres que se quejan de su inferioridad social, debieran empezar por no empequeñecerse ellas mismas en el asunto del matrimonio. ¡Esas pesquisas exageradas en busca de un marido quitan tanto atractivo á las jóvenes! ¡Ojalá se convenzan de ello y dejen este cuidado al cielo y á sus padres!

No se deduce de estos consejos que hayan de encerrarse, amurallarse, evitar toda relación con los hombres, entre los cuales se encuentra quizás aquel que el cielo les destina. Por el contrario,

que estén prontas á casarse cuando las circunstancias lo indiquen, cuando se presente un hombre verdaderamente digno de confianza, hacia el cual experimenten al menos alguna inclinación; cuando la salud, los medios materiales, el deseo de los padres justifiquen el cambio de estado; pero que no busquen, que no esperen toda la vida un partido que reúna las condiciones requeridas en las novelas; muy al contrario, deben organizar su existencia, proceder en todo como si no se hubiesen de casar nunca. ¡Cuántas penas evita esta manera de discurrir! ¡cuánto provecho se saca para sí y para los demás!

Aquí se nos ocurre una pregunta: ¿cómo organizar la vida de una joven, ocuparla con interés, en tanto se encuentre bajo la tutela de sus padres? Ordinariamente goza de tan poca libertad de acción, que se la podría comparar á un potro que relincha, espumajea, piafa, cuando está parado. Se consumen las jóvenes en ardor por la vida, están ansiosas de movimiento, de acción, y á cada paso se levanta un obstáculo ante sus deseos. Si el noble amor al trabajo se eleva en sus almas, fácilmente se concibe de qué modo las irritan los obstáculos que encuentran, hasta el extremo de que algunas, oyendo hablar mucho de la situación que corresponde á la mujer, de la igualdad de derechos entre ella y el hombre, de la necesidad para la mujer de inmiscuirse en los asuntos públicos, se hastían de las modestas ocupaciones com-



prendidas en la esfera de los deberes domésticos, de las cargas familiares, y quisieran transportar su acción á un campo más vasto, á una escena más extensa.

¡Dios nos libre de destruir en ellas el deseo de una actividad provechosa! Sólo quisiéramos indicarles las condiciones en las cuales esta actividad puede ser útil en vez de perjudicial, conseguir que tengan siempre muy presente que Dios ha creado á la mujer, así como al hombre, para servirle, y que con este fin los ha hecho aptos para el trabajo, pero que, no obstante, plugo á Dios imponer á la mujer una misión muy diferente á la del hombre. Las mujeres, aparte de las funciones educadoras, no han sido encargadas, en ningún momento, del apostolado de la palabra; “deben callarse en la iglesia“, y si San Pablo dice que una mujer fiel puede convertir al marido infiel, da á entender en seguida que logrará esto, no con sus palabras, sino con su conducta, porque, en otro pasaje, encarga al marido instruya á la mujer, y en ninguna parte encomienda á la esposa esta misión respecto del marido.

Evidentemente, nosotras las mujeres, deberíamos penetrarnos hasta el fondo del corazón de la evidencia de que nuestro apostolado no consiste en las palabras y enseñanzas orales, sino en la conducta y valor personal; no en lo que se dice, sino en lo que se sabe callar; no en una actividad estrepitosa, sino en el silencioso cumplimiento del

deber. Quizás algunas mujeres encontrarán que este programa las empequeñece. ¡Cómo quisiéramos sacarlas de tan funesto error!

Dios es infinitamente variado en sus obras, y, según dice la Sagrada Escritura, cuanto El ha hecho es excelente y produce óptimos frutos. Todo estriba en comprender y conformarse con esta verdad. Que la rana, como dice la fábula, no pretenda alcanzar la talla del buey; que el asno no intente imitar las gracias del perrito.

La misión de la mujer es también excelente, elevada, honrosa, capaz de satisfacer á las más celosas, con tal que se penetren de ella y la practiquen con entusiasmo.

La mujer es tan necesaria á la sociedad, que si no encuentra la situación que le corresponde es porque, olvidando sus deberes, pierde al mismo tiempo los derechos inherentes á su cumplimiento. Una mujer obtiene con facilidad el respeto, el afecto, la gratitud, hasta la veneración, y se ve considerada por todos, siempre que sea lo que debe ser y haga cuanto deba hacer con arreglo á su posición.

Un hombre puede prestar grandes servicios á la sociedad aunque su vida privada tenga algunos lunares. Tratándose de la mujer sucede de muy distinta manera; no hace ningún bien social sino en proporción á su conducta, que ha de ser, en todos conceptos, ejemplar é irreprochable, "excelente en su género".

Las mujeres que sueñan en la instrucción popular y en toda obra que tenga por objeto el bien público, han de comprender que todo trabajo, para que sea serio y provechoso, debe comenzar en uno mismo: corregirse, instruirse, formarse, perfeccionarse. Dlugosz (1) ha observado ya, que los poloneses se dan más prisa en convertir á los demás que á sí propios; hoy sabemos qué frutos produce el celo exclusivo por el bien del prójimo.

Este pueblo, para el cual deseamos trabajar, no es ciego; cuando ve cerca de sí á personas sabias y virtuosas, aprende la sabiduría y la virtud; mas ¡ay!, de la misma manera aprende el desprecio á las leyes divinas, y adquiere gran número de malas costumbres.

El poco éxito de nuestros esfuerzos, dirigidos á la instrucción y á la educación de los demás, es resultado de la falta de cultura individual. Una persona, no acostumbrada al trabajo, incapaz de ayudarse y de bastarse, sin hábitos de economía, no sabiendo negarse á nada, ni escuchar, ni callar, ni mandar, ni obedecer, ¿cómo podrá enseñar al pueblo, con algún éxito, la manera de transformar un trabajo hábil en industrioso, económico, sobrio y pacífico? ¿Y qué es lo que ha de aprender el pueblo sino esto precisamente? ¿De qué le sirve toda enseñanza que no descansa sobre aquella

(1) Dlugosz (Juan), arzobispo de Lemberg, diplomático y autor de una notable historia de Polonia. Nació en Brzezinka en 1415; murió en Cracovia en 1480.



base?; únicamente para desviarlo, hastiarlo de su condición y de sus deberes propios, sacarlo fuera de su centro, y para hacer que aumente el número, cada día mayor, de los proletarios, de los descontentos, de los rebeldes.

La mujer, la joven que se mantiene estrictamente en la esfera de sus deberes personales, que los desempeña con perfección, contribuye con eficacia al bien público; porque no hay en el mundo poder más beneficioso que el de la energía moral de quien, sin salir de su esfera, cumple su misión en el momento requerido y de manera conveniente.

Por este medio adquiere el hombre una influencia excepcional; ésta es la razón del éxito en la vida de familia, de la prosperidad de las instituciones, de las asambleas, de los pueblos. La frase de Dlugosz deplorando el empeño de sus compatriotas en corregir á los demás sin ocuparse de los propios defectos, concuerda con el juicio de San Pablo, que enseña que la caridad y el celo en procurar la salvación de las almas, deben comenzar por la de uno mismo. Según este axioma, la mujer debe dirigir toda su acción caritativa y social hacia lo que tiene más próximo, y no creer que lo que en sí parece mínimo, alcance sólo efectos mínimos. De la misma manera, después de haber satisfecho sus obligaciones familiares en el hogar doméstico, si el matrimonio se hace esperar, ó si no llega, las jóvenes, ya mayores, tienen

derecho, y harán bien, en consagrar sus fuerzas al servicio del prójimo, ó á cualquier trabajo útil fuera de casa.

Convengo en hacer aquí algunas excepciones. Así como hay jóvenes á quienes se les ha de recordar sus obligaciones de familia y precaver contra las sugerencias del egoísmo, hay otras que van demasiado lejos en el camino opuesto; no saben economizar, ni su tiempo ni sus fuerzas, y se dejan explotar sin defensa en nombre de pretendidos deberes de parentesco. Sucede muchas veces que los hermanos y hermanas casados, no sabiendo cumplir la misión de que se han hecho responsables, abruman á su hermana soltera, hacen de ella la niñera de sus hijos, el ama de llaves de la casa, dando por excusa que una joven no puede ocuparse en nada mejor.

De semejante estado de cosas, resulta ordinariamente más perjuicio que provecho. Salvo algunas circunstancias excepcionales, en las que toda hermana debe á su hermano ó á su hermana una ayuda momentánea en las ocupaciones domésticas, no aconsejamos á las jóvenes que acepten esta situación como objeto de la vida.

La mujer no ha de olvidar los deberes cívicos y sociales que pesan sobre ella. Si hemos insistido tanto en la necesidad que se le impone de llenar su misión doméstica en el limitado círculo de la familia, es porque la exacta inteligencia, el cumplimiento concienzudo de esta obligación, ejerce una

influencia capital sobre las relaciones sociales y sobre el país.

Después de haber satisfecho plenamente los deberes de la vida de familia, si quedan todavía tiempo, fuerzas, y quizás también dinero disponible, una mujer puede y debe aspirar á hacer uso de sus facultades en un teatro más vasto. Sólo es cuestión de adquirir con cordura la competencia requerida por la misión que uno se impone, y de asegurar, como ya hemos dicho, las condiciones de éxito.

El que quiera trabajar encontrará siempre vasto campo de acción, pero téngase en cuenta que las ocupaciones de la ciudad difieren de las del campo. En la ciudad, lo mejor es valerse de las reuniones y asociaciones existentes que tienen por fin el trabajo en común, y prestarles su concurso, bien sea para la enseñanza de niños, para el cuidado de enfermos, la vigilancia de escuelas, ó para la creación de centros de lectura ó de trabajo, etc.

El cuidado de los enfermos ofrece la gran ventaja de que, prestando asistencia corporal á la persona que padece, se puede disponer su espíritu y su corazón á recibir exhortaciones que aseguran la salvación del alma en caso de muerte, y que, muchas veces, producen buenos frutos, aunque el enfermo sane.

En el campo, la joven que tenga posición social debería ocuparse, en primer término, de lo que, por decirlo así, se presenta por sí solo, y solicita en



cierto modo su concurso; ó sea de sus propios criados, de las familias de éstos, y de los niños. ¡Cuán útil puede hacerse una joven que interviene en el gobierno de la casa, tomando sucesivamente á su servicio las hijas del pueblo, enseñándoles á hacer, regularmente y con orden, todo aquello que entra en el dominio de los trabajos femeninos! Una joven que conozca la jardinería, logrará extender esta afición á todo un pueblo y sus alrededores; otro tanto puede decirse de la agricultura, y de otros mil conocimientos muy útiles en el campo.

Si es aficionada á la música puede formar orfeones; si conoce la aritmética podrá enseñar la contabilidad, explicando las grandes ventajas que pueden sacarse de ella; le sería muy meritorio enseñar la historia sagrada y el catecismo, ayudándose de la historia, según el consejo de San Agustín, para hacerse comprender, procedimiento que despierta mucho la inteligencia, en los espíritus incultos; puede enseñar también todo lo relativo á su país, la lengua, la historia, ateniéndose á los buenos libros, y propagando su lectura.

No han de figurarse las personas ricas que sus deberes hacia el prójimo se limitan á hacer limosnas. En tal caso, las personas menos afortunadas, al carecer del espíritu de la caridad, podrían creerse libres de toda obligación social, y los pobres, faltos también de aquella virtud, caerían en la desesperación, pensando que, por falta de di-

nero, son incapaces de hacer nada por el bien común. La experiencia, sacada de los males de la humanidad, prueba que la mayor parte de los progresos, sean de orden material ó moral, han sido realizados, no por las mayores fortunas, sino por los corazones más ardientes, las voluntades más enérgicas y las cabezas mejor organizadas. Cuanta menos apariencia de limosna, de favor, tenga el acto caritativo, tanto más provechoso será al bien social, despertando las iniciativas de los demás. Es menester dirigir todas las fuerzas al desarrollo de esas iniciativas en nosotros mismos y á nuestro alrededor. Un trabajo personal, hecho con perfección, no sólo mejora á aquel que lo ejecuta, sino que es un beneficio para todos. El que desarrolla sus propias facultades, sus propios recursos, duplica los medios de éxito, acrecienta las probabilidades de ser útil á los demás, y desarrolla mucho la vitalidad del país y su derecho á la existencia.

Pocos padres se oponen al trabajo de la hija, dispuesto y ejecutado con inteligencia. Su oposición proviene las más de las veces de que no comprenden bien de lo que se trata, porque aquella no les ha informado suficientemente de sus proyectos, ó porque no creen en su perseverancia, por no haberse convencido de ésta, merced al exacto cumplimiento de las más pequeñas obligaciones por parte de la hija. Recupere la joven, con su franqueza y conducta, la confianza de los padres,

y entonces, cuando esté en edad y sea tiempo oportuno, según los consejos de aquellos y con su bendición, trabajará animosamente y con feliz resultado.

Se presenta en la vida de las jóvenes otro asunto muy importante, acerca del cual conviene llamar la atención. Hay algunas que disputan con su madre, hasta el extremo de violentarse, por cuestión de bagatelas, por la hechura y color de un vestido, por el peinado, por un abrigo, por unas botas, olvidando estas terribles palabras: "maldita sea la hija que irrita á su madre"; mas si se trata de decidir su vocación y su porvenir, parece que han perdido el pensamiento y la voluntad. Y sin embargo, deben recordar que cada uno dará cuenta á Dios por sí mismo acerca de este extremo, y que, á pesar de todo el respeto, de toda la sumisión debida á los padres, cuando se trata de decidir la vocación, debe buscarse ante todo la voluntad de Dios.

Los padres tienen el derecho y la obligación de prohibir un matrimonio que no juzguen conveniente; en este caso puede una joven exponer su deseo, renovarlo durante varios años, pero al fin debe casi siempre someterse. Sucede lo contrario cuando los padres impulsan á sus hijas al matrimonio contra su gusto y contra su vocación; entonces los padres traspasan el límite de sus derechos, y la hija que se casa obligada por su familia, llevando la mentira en el corazón y en los la-



bios, comete un acto indigno, y voluntariamente se expone á perder la bendición de Dios. Lo mismo acontece en las demás cosas de la vida. Los padres tienen derecho á impedir á sus hijas la entrada en la vida religiosa antes de suficiente reflexión, como también á que se dediquen á todo trabajo absorbente, cuyo resultado, según aquéllos, no responde al esfuerzo empleado. Una joven debe atender las observaciones de sus padres y no decidir nada precipitadamente por sí misma, acordándose, no obstante, de que al final, en el tribunal de Dios, ella sola tendrá que dar cuenta del uso que ha hecho de los dones divinos, y de la manera como ha correspondido á su vocación, á su misión en el mundo. Entonces será inútil alegar las oposiciones hechas por la familia, porque, según palabras del Evangelio, "vendrá un tiempo en que cada uno tendrá que responder por sí mismo".

Sin embargo, como casi siempre el deseo de los padres estriba, por encima de todo, en la felicidad de sus hijos, es muy raro que tarde ó temprano no den su consentimiento, cuando comprueban en estos que se trata, no de un impulso pasajero, sino de un deseo serio y persistente.

A. M. D. G.

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Prólogo . . . . .	5
Introducción. . . . .	13
I El trabajo en general . . . . .	33
II El trabajo manual. . . . .	43
III El trabajo intelectual. . . . .	77
IV El trabajo espiritual. . . . .	125
Varias observaciones concernientes á nuestras alumnas.	173

---

---

# OBRAS

DEL

ILMO. SR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

OBISPO DE JACA

---

	<u>Ptas.</u>
La exposición continua del Santísimo (1892). . . . .	1'50
Las aras de la catedral de Lugo (1892). . . . .	1
El darwinismo y la ciencia (1893). . . . .	1'50
El Pontificado (1893). . . . .	6
Historia del culto eucarístico en Lugo (1894). . . . .	1
El monasterio de Samos (1894). . . . .	2'50
Historia de la enseñanza en Lugo (1894), obra premiada .	2
El gran gallego (1894). . . . .	3
Los benedictinos de Monforte (1895), obra premiada . .	2'50
De la región gallega (1897). . . . .	1
El señorío temporal de los obispos de Lugo (1897, dos volúmenes), obra premiada. . . . .	5
Las poesías de Feijoó (1899). . . . .	4
Los escritos de Sarmiento (1902). . . . .	3
Argos divina (1902), obra premiada. . . . .	2
El derecho español en sus relaciones con la Iglesia (1902), obra premiada. . . . .	2'50
El obispo S. Capitón (1903), obra premiada . . . . .	1
La Censura de libros por la Iglesia (1904) obra premiada.	2

---

---



**El Libro de los afligidos, Consuelos para el dolor,** por el autor de los "*Avisos espirituales*".

**El Evangelio explicado en las Dominicas, Breves discursos sobre las principales fiestas del año y Ejercicios espirituales,** por el sacerdote RAFAEL FRASSINETTI.

**Dios en la Escuela, El Colegio Cristiano, Conferencias dominicales,** por MONSEÑOR BAUNARD.

**La Censura Eclesiástica,** por el ILMO. SR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ, *Obispo de Jaca*.

**El Crucifijo,** por el ABATE CHAFFANJÓN.

**Los peligros de la Fe en los actuales tiempos, Conferencias,** por el RDO. P. RAMÓN RUIZ AMADO, *de la Compañía de Jesús*.

**Las Virtudes del Religioso,** por el RDO. P. BENITO VALUY, *de la Compañía de Jesús*.

**Las Hijas de María, su conducta en el mundo, Conferencias.**

**Mes de María,** por el RDO. P. DIONISIO FIERRO GASCA, *Escolapio*.

**Conveniencia de definir como dogma de fe la Asunción de la Virgen,** por el RDO. P. FR. EUSEBIO DE LA ASUNCIÓN, *Carmelita*.

**Abejas místicas de San Francisco de Sales ó la Vida devota bajo el emblema de las abejas.**

**Yo ¿para qué nací? Para salvarme. A las jóvenes cristianas. Recuerdo que para consolidar el fruto de los Santos Ejercicios les dedica el P. PEDRO AGUILERA,** *de la Compañía de Jesús*.

**Ministerio de Angeles, método de ayudar á Misa,** arreglado por un *Padre de la Compañía de Jesús*.

**¿Qué es canto gregoriano? Su naturaleza é historia,** por un PADRE BENEDICTINO DEL MONASTERIO DE SILOS (*Burgos*).

**Arte de Cuidar á los enfermos, Manual teórico-práctico para uso de las familias en general y**

*de las religiosas enfermeras en particular*, por L. GRENET, *Canónigo*.

*La leyenda del Estado enseñante, Apuntes histórico críticos*, por el RDO. P. RAMÓN RUIZ AMADO, *de la Compañía de Jesús*.

*Los niños mal educados, Estudio psicológico, anecdótico y práctico*, por FERNANDO NICOLAY.

*El niño*, por MONSEÑOR DUPANLOUP, *Obispo de Orleans*.

*A los jóvenes. Consejos del P. Olivaint, recogidos por el P. CH. CLAIR, de la Compañía de Jesús*.

*La Educación de las Jóvenes*, por FENELÓN.

*La Educación musical*, por ALBERTO LAVIGNAC.

*Enseñanza gráfica. Lecciones de cosas en 650 grabados*, por G. COLOMB.

*Principios y problemas de Geometría*, por el Dr. E. FONTSERÉ.

*Nuevo Diccionario Enciclopédico ilustrado de la Lengua castellana*, por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ.

*La Cueva de Hércules, Leyenda histórica del siglo VIII*, por el RDO. P. ESTEBAN MORÉU, *de la Compañía de Jesús*.

*Química popular*, por el DR. CASIMIRO BRUGUÉS.

*Manual práctico del Montador electricista.— Guía para el montaje y dirección de toda clase de instalaciones eléctricas. Curso de electricidad industrial práctica*, por J. LAFFARGUE.

*La electricidad al alcance de todos*, por JORGE CLAUDE.

*El Libro de las Tierras vírgenes*, por RUDYARD KIPLING.

### **Obras del R. P. Fr. Samuel Elján, O. F. M.**

*Despertador Antoniano, Devocionario completo de los Asociados de la Pia Unión de San Antonio de Padua*.

*Vida Popular de San Antonio de Padua y medios para propagar su culto entre los fieles*.

*El Lirio entre espinas ó el Apóstol de María Inmaculada Ven. P. Juan Duns Scoto*.







BIBLIOTEKA KÓRNICKA

111977

DO KORZYSTANIA W CZYTELNI